Un misterio de Tarot y Hojas de Té

Muerte en el Teatro Real

UNA SERIE COSY MYSTERY IN EPOCA VITTORIANA
– BAND 5 –



ZIA BELLAMY

Muerte en el Teatro Real

UN MISTERIO VICTORIANO ACOGEDOR: UN FANTASMA Y UN GATO MUY PERCEPTIVO

MISTERIOS DE TAROT Y HOJAS DE TÉ - SPAIN

LIBRO CINCO

ZIA BELLAMY

Copyright © 2026 by Zia Bellamy

All rights reserved.

No part of this book may be reproduced in any form or by any electronic or mechanical means, including information storage and retrieval systems, without written permission from the author, except for the use of brief quotations in a book review.

Un caso privado para los lectores

UN CASO PRIVADO PARA LOS LECTORES

Un misterio de Clara Wetherly que puedes comprar en las tiendas…
—o conseguir GRATIS hoy mismo.

Léelo gratis

Índice

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Los remedios de Clara
Nota histórica de la autora
Un caso exclusivo para Clara Wetherly
Contenidos
21. Prólogo

Prólogo

OBSERVACIONES PRELIMINARES DE MARMALADE

En el que llega una nota, una presencia no invitada se entromete y mi cena no se prepara sola.

La señora Penfield llevaba once minutos hablando de la crema de limón de su vecina.

Yo los había contado. No por interés. Por deber.

Alguien tiene que supervisar.

En la tienda hacía calor. La luz de la tarde tenía el color de un té flojo. Clara tenía esa expresión; esa en la que su boca emite sonidos de asentimiento mientras su mente está tres palmos por detrás de quienquiera que esté hablando. Lo encuentro eficiente. La señora Penfield nunca se ha dado cuenta. Esto también es eficiente.

—... y, por supuesto, Millicent *insiste* en que solo usa naranjas de Sevilla, pero tengo de muy buena tinta, por la señora Croft, que...

Sonó la campana.

No era un cliente. Demasiado tarde para eso, y el paso no era el adecuado: era ligero, rápido, uno de los chicos de Timothy. Entró con la gorra en la mano y una nota extendida.

Clara la cogió. La leyó.

Luego la leyó de nuevo.

Sus mejillas se tornaron rosadas. La leyó por tercera vez.

Humanos.

—¿Va todo bien, querida? —La señora Penfield había dejado de hablar de la crema de limón. La nota lo había conseguido en menos de cuatro segundos. Tomé nota de la técnica para usos futuros.

—Perfectamente. —Clara la dobló. La desdobló.— Parece que voy a asistir a la ópera esta noche.

—¿*Esta noche*? —La voz de la señora Penfield subió varios registros—. Pero si ya pasan de las cuatro, y... ¿qué te vas a poner? Clara, ¿esa es la letra del inspector Redgrave?

Clara abrió la boca.

La señora Penfield ya se había dirigido al chico de Timothy. Una moneda apareció de algún lugar de su persona.— Ve a buscar a la señora Winters. Dile que es una emergencia y que traiga sus alfileres.

—De verdad que no hay necesidad de molestar...

El chico se había ido.

Clara terminó la frase ante el umbral vacío.

La mujer de los alfileres llegó enseguida.

Examinó la escena —Clara en mitad de la tienda aún sosteniendo la nota, la señora Penfield vibrando de determinación, yo mismo observando desde el mostrador— y solo hizo una pregunta.

—¿Ha muerto alguien?

—Todavía no —dijo la señora Penfield—. Necesitamos encontrarle algo que ponerse.

La mujer de los alfileres evaluó a Clara con la rápida eficacia de la larga práctica. Sus dedos ya se estaban moviendo. Siempre se están moviendo: cosiendo costuras invisibles, midiendo dobladillos invisibles. Incluso estando quieta, la mujer de los alfileres trabaja.

—¿Qué tienes? —preguntó.

—Ese —dijo la señora Penfield— es precisamente el problema.

Las tres se miraron. Entonces, directamente sobre sus cabezas, llegó un sonido.

Un sonido considerable. Algo grande y de madera, desplazándose deliberadamente por los tablones del suelo del salón de Clara. Una vez. Luego otra, con más énfasis.

Miraron al techo.

La señora Penfield ladeó la cabeza.— Creo —dijo— que se nos requiere arriba.

Yo fui primero.

El salón estaba inalterado excepto por una cosa. El baúl de cedro —el baúl de Genevieve, el que vivía pegado a la pared del fondo, bajo la ventana— estaba en mitad de la habitación.

No estaba allí esta mañana.

Me senté a su lado, me rodeé las patas con la cola y esperé.

El humano-fantasma. Por supuesto.

El olor a lavanda era inconfundible. No venía de ningún saquito. Simplemente estaba allí, de la forma en que ocurre cuando ella decide entrometerse. Podría haberles dicho que esto iba a pasar. Podría decirles muchas cosas. No preguntan.

Las humanas llegaron a la escalera. La señora Penfield primero, sin sorpresa. La mujer de los alfileres detrás de ella, con los ojos ya fijos en el baúl. Clara la última, de pie en el umbral, mirando el cofre de cedro en mitad de su propio suelo.

—Yo no... —empezó.

—No —dijo la señora Penfield—. No has sido tú.

Clara miró el baúl. Luego al techo. Luego a nada en particular... o mejor dicho, a algo que solo nosotros dos podíamos ver, de pie justo más allá de la luz de la ventana, observando con considerable satisfacción.

—Supongo que lo apruebas —dijo Clara en voz baja.

El aroma a lavanda se atenuó.

La mujer de los alfileres ya estaba de rodillas, levantando la tapa. Seda verde. De buena calidad, del color del pleno verano, doblada cuidadosamente entre el cedro y los recuerdos.

—El corte es anticuado —dijo la mujer de los alfileres—. Podemos ponerle remedio.

—Tenemos dos horas —dijo la señora Penfield.

—He trabajado con menos.

Tiré una bobina de hilo del alféizar de la ventana y me retiré al umbral.

La cena de alguien no iba a prepararse sola.

La nota decía:

Lleva un vestido de gala. Encuéntrame en el Her Majesty's Theatre. A las siete. —R.

Cuatro lecturas. Le dedicó cuatro lecturas.

Humanos.

Capítulo Uno

Había llegado demasiado pronto.

Por supuesto que sí. Había estado lista una hora antes de lo necesario para salir y había pasado el tiempo restante fingiendo que catalogaba el inventario, mientras Marmalade la observaba desde el mostrador con una expresión que solo podía describirse como de complicidad. Cuando por fin había abandonado el fingimiento y había echado mano de su chal, él había bostezado. Deliberadamente.

El vestíbulo de Her Majesty's Theatre no estaba diseñado para mujeres que pasaban las tardes catalogando hierbas secas. Estaba diseñado para la multitud de seda y luz de gas que fluía a su alrededor en ese momento: mujeres cuyos vestidos no habían sido rescatados y arreglados de un baúl de cedro hacía dos horas, hombres que llevaban el traje de etiqueta con la misma naturalidad con la que Clara vestía su delantal de la tienda. El techo dorado se elevaba por encima de las cabezas. La gran lámpara de araña resplandecía. Todo olía a perfume caro y a cera caliente, y Clara estaba bastante segura de que ella aún olía levemente a toronjil.

La seda verde ayudaba. Dorothea había obrado un milagro silencioso a base de alfileres y determinación, y el vestido le quedaba como si hubiera sido hecho para ella y no para quienquiera que fuera su abuela cuando era joven. Clara se había mirado al

espejo antes de salir y no se había reconocido del todo: más alta, de algún modo. Casi como alguien que perteneciera a aquel lugar.

Casi.

La nota decía a las siete en punto. Eran las siete en punto. No había ni rastro de Graham Redgrave, y a Clara se le acababan las formas de permanecer de pie cerca de un pilar de mármol sin que pareciera que estaba esperando a alguien.

Estaba esperando a alguien. Sencillamente prefería no pregonarlo.

Se colocó un rizo tras la oreja, se contuvo, se alisó el guante y se preguntó —no por primera vez esa noche— qué estaba haciendo allí exactamente. La nota decía: *Ponte un vestido de gala. Reunámonos en Her Majesty's Theatre. A las siete. —R.* No explicaba por qué. No aclaraba si aquello era profesional o personal o algo para lo que Graham Redgrave tuviera una tercera categoría, algo a medio camino entre una investigación y una invitación que le permitiera evitar comprometerse con ninguna de las dos.

Iba a preguntárselo. En cuanto apareciera, le diría:—¿De qué se trata esto, Graham? —y él le daría una respuesta directa, y ella no se dejaría distraer por...

—Señorita Wetherly.

Ella se dio la vuelta.

Él estaba a un par de metros de distancia, y no llevaba su abrigo de botones plateados.

Vestía de etiqueta.

Vaya. Eso no ayudaba.

Clara había visto a Graham Redgrave con su abrigo de inspector, en mangas de camisa en su cocina a medianoche, entre los restos de veinte horas de trabajo sin descanso. No lo había visto así. Chaqueta oscura, chaleco blanco. Estaba de pie como siempre —erguido, comedido—, pero había una soltura en él esta noche que no había presenciado antes. Como si el traje de etiqueta hubiera abierto una puerta que solía mantener cerrada con cerrojo.

Tercer hijo de un conde. Por supuesto que sabía cómo llevarlo. Por supuesto que parecía que la estancia hubiera sido construida para acomodarlo a él.

Él sonrió. No era la sonrisa profesional y cuidadosa que utilizaba en Scotland Yard. Era menos cautelosa, y considerablemente más peligrosa para la concentración de Clara.

—Estás— comenzó él, y luego se detuvo. Carraspeó. —El vestido es—

—Era de mi abuela —dijo Clara, porque la alternativa era quedarse allí plantada mientras Graham Redgrave fracasaba en su intento de completar una frase, y no estaba segura de que ninguno de los dos fuera a sobrevivir a aquello.

—Te sienta muy bien. —Sencillamente. Sin matices. Luego le ofreció el brazo. —¿Entramos?

Ella lo aceptó. Su brazo se sentía sólido bajo su mano, el paño de su chaqueta cálido.

—Graham.

—Dime.

—¿Qué estoy haciendo aquí?

—Asistir a la ópera.

—Eso ya lo he deducido por el vestido. ¿Por qué voy a asistir a la ópera?

—Porque te lo he pedido. —Hizo una pausa. —Te lo explicaré cuando estemos sentados. Lo prometo.

—Eso no es una respuesta.

—No —convino él—. No lo es.

Él la guio a través de la multitud, y la gente se apartaba a su paso; no de forma dramática, sino con el ligero desplazamiento de cuerpos ante alguien a quien reconocían sin saber muy bien por qué. Clara todavía estaba intentando formular una pregunta de seguimiento lo suficientemente punzante cuando una voz resonó en todo el vestíbulo.

—Graham Redgrave. No me lo puedo creer.

El brazo de Graham se puso rígido bajo la mano de ella.

La mujer que se dirigía hacia ellos tendría unos sesenta años, era apuesta y vestía de azul oscuro con zafiros a la garganta. Se abalanzó sobre Graham con la fuerza de un desastre natural vestido para la ópera, y sus ojos se posaron de inmediato en Clara. La mirada fue breve y exhaustiva —guantes, vestido, la mano apoyada

en el brazo de Graham— y Clara tuvo la clara impresión de estar siendo evaluada, pesada y archivada para futuras consultas en lo que dura un latido.

—Señora Harcastle. —La voz de Graham había adquirido esa particular monotonía que adoptaba cuando era educado contra su voluntad. —Qué buen aspecto tiene esta noche.

—¡Y usted, dejándose ver en sociedad! Su madre se pondrá muy contenta. —Las palabras eran cálidas. El tono era una promesa. O posiblemente una amenaza. —¿Y quién es su encantadora acompañante?

—Señora Harcastle, permítame presentarle a la señorita Wetherly.

—Encantada —dijo Clara.

—Un placer. —La señora Harcastle sonrió mostrando todos los dientes. —¿De qué conoce a nuestro Graham?

Nuestro Graham. Clara lo miró de reojo. Su mandíbula parecía tallada en mármol.

—La señorita Wetherly es una colega —dijo Graham, y su mano buscó la parte baja de la espalda de Clara, instándola ya a avanzar —. Dele mis saludos a Sir William. No debemos perdernos el inicio.

Escaparon. Clara podía sentir la mirada de la mujer en su espalda como un punto suelto que tendría que recoger más tarde.

—Una colega —dijo Clara.

—Era la descripción más eficaz disponible.

—Ciertamente era la menos informativa.

—¿Habría preferido que le dijera que has resuelto tú más casos míos de los que a la Brigada de Investigación le gustaría admitir?

—Habría preferido que me dijera qué hago en la ópera antes de que esa mujer termine de memorizar mis guantes. —Hizo una pausa. —Ha dicho que su madre se alegrará. Se lo va a contar, ¿verdad?

—Casi con toda seguridad.

—A la señora Penfield le caería estupendamente. Tienen los mismos instintos.

Fueron interceptados de nuevo antes de que Clara pudiera insistir en el tema. Una pareja venía hacia ellos entre la multitud. El hombre

era alto, de pelo cano, y se movía por el vestíbulo como si fuera el dueño. Posiblemente lo era.

—¡Redgrave! Es un placer ver que las viejas familias todavía patrocinan las artes. —Estrechó la mano de Graham con las suyas. —Ha pasado demasiado tiempo. Debe venir a cenar. Eleanor, te acuerdas del joven Redgrave.

—Por supuesto. —La mujer que lo acompañaba tendría unos cincuenta años, era compuesta y vestía perlas y seda gris paloma. Inclinó la cabeza ante Graham con una calidez ensayada.

—Lord Beaumont, Lady Beaumont —dijo Graham—, permítanme presentarles a la señorita Wetherly.

—Señorita Wetherly. —Lord Beaumont la saludó con una inclinación de cabeza breve y correcta, de esas que son perfectamente educadas y duran exactamente lo que exigen los modales antes de volverse de nuevo hacia Graham. —Dígame, Redgrave, debe decirme qué le parece la soprano de esta temporada. Dicen que es la mejor desde...

Él seguía hablando. Clara ya no escuchaba. Lady Beaumont la había mirado —brevemente, con una mirada que Clara no pudo descifrar— y luego había apartado la vista. Eso fue todo. Pero la sensación persistió.

Graham respondió a Lord Beaumont en los momentos adecuados con las palabras justas, y luego los dejaron atrás, dirigiéndose hacia la escalera.

Clara miró atrás una vez. Lady Beaumont seguía de pie donde la habían dejado. Seguía mirando. Pero no a Graham.

Entonces alguien le habló y ella se dio la vuelta.

—La gente se queda mirando —dijo Clara en voz baja, mientras llegaban a la escalera.

—Están decidiendo qué contarle a mi madre.

Un hombre con librea del teatro apareció junto al codo de Graham. —Por aquí, señor Redgrave.

Graham no cambió su expresión, pero sus hombros se tensaron. No dijo nada. Lo siguió.

Su palco estaba en el tercer nivel, a la izquierda del escenario. El empleado del teatro apartó la cortina y Graham le dio las gracias con

una cortesía que tenía un deje de aspereza.

—Tu familia tiene un palco en la ópera —dijo Clara, una vez que estuvieron solos.

—Así es.

—No parece muy satisfecho de estar sentado en él.

—No lo estoy.

Ella se sentó. Él ocupó el asiento a su lado. Bajo ellos, la sala resplandecía, con los niveles elevándose en tres de sus lados y la gran lámpara de araña ardiendo en lo alto. La orquesta estaba afinando. Un oboe sostuvo una nota y las cuerdas ascendieron hacia ella, y el sonido se adelgazó y se congregó como algo vivo. La sala seguía llenándose: gente encontrando sus palcos, acomodándose, mientras el murmullo de las conversaciones surgía de la platea. Disponían de unos minutos.

Clara se volvió hacia él. —Ya estamos sentados. Me diste tu palabra.

Graham miró hacia la cortina que tenían detrás, comprobando que nadie los oyera. —Ha habido robos. Joyería. Pequeñas piezas que han ido desapareciendo de los palcos durante las últimas semanas.

—¿De los palcos? ¿Mientras la gente está sentada en ellos?

—Mientras no lo están. Durante el intermedio, principalmente. La gente sale a tomar un refresco y deja sus pertenencias atrás. Un bolso sobre la silla. Un chal con un broche prendido. Cuando regresan, la pieza ha desaparecido.

—Y nadie ve nada porque los pasillos están llenos durante el intermedio. Todo el mundo se mueve. Una persona más pasando por delante de una cortina no llamaría la atención.

—Exactamente.

—¿Cuántos?

—Tres que sepamos. Todos de los niveles superiores. Un broche de granate, una pulsera de plata, un par de pendientes de perlas.

Clara contempló la sala. Los palcos estaban abiertos por delante y cerrados con pesadas cortinas por detrás; las que acababan de cruzar. Nada más que un retazo de terciopelo entre el pasillo y

cualquier cosa que alguien dejara en su silla. —No hay nada que asegure los palcos, ¿verdad? Solo la cortina.

—Solo la cortina.

—Así que cualquiera que esté en el pasillo podría entrar, coger lo que se haya dejado en una silla y volver al pasillo en segundos.

—Eso es lo que creo.

—Eso explica por qué estás tú aquí —dijo Clara—. No explica por qué estoy yo.

Graham guardó silencio por un momento.

—Necesitaba un acompañante —dijo ella—. Alguien que pudiera estar en un palco sin suscitar preguntas. Alguien que no pareciera un oficial de policía.

—Necesitaba compañía. —Hizo una pausa. —Podría haberle pedido el favor a un agente.

—Podría haberlo hecho.

—No lo hice.

—No. Me envió una nota cuatro horas antes de la función diciéndome que me pusiera un vestido de gala. —Clara lo miró. —¿Cuándo decidió venir esta noche?

—Hace tres días. El caso llegó a mi mesa. Mi superintendente lo considera indigno de la Brigada de Investigación, pero el gerente del teatro escribió al Comisionado, quien a su vez escribió a mi superintendente, que me lo entregó con la instrucción de ocuparme de ello discretamente.

—Tres días —dijo Clara—. Ha tenido tres días y ha esperado hasta cuatro horas antes de la función.

Él tensó la mandíbula. —No dejaba de encontrar razones para no pedírselo.

—Durante tres días.

—Durante tres días.

—¿Qué ha cambiado?

Él dio vueltas al programa entre sus manos. —Se me acabaron las razones.

La sala zumbaba bajo ellos. El oboe seguía sosteniendo su nota. Clara podría haber presionado más. Quería hacerlo. Pero él acababa de decir más en tres frases de lo que había logrado en tres meses de

té en la mesa de su cocina, y ella tenía el juicio suficiente para dejarlo estar allí mismo.

—Bien, entonces —dijo ella—. Dime qué debo buscar.

Un silencio. Él aceptó el cambio de tema con lo que ella sospechó que era alivio. —Los pasillos del piso superior durante el intermedio. Cualquiera que se dirija hacia los palcos en lugar de a las mesas de refrigerio. Cualquiera que merodee cuando debería estar en otra parte.

—¿Y los acomodadores?

Graham se quedó inmóvil.

—Trabajan aquí, Graham. Saben qué palco pertenece a quién. Conocen los horarios de los intermedios. Tienen todos los motivos para estar en los pasillos cuando los demás están en las mesas de refrigerio. —Clara hizo una pausa—. Si yo estuviera robando joyas en los palcos de un teatro, sería acomodadora.

—No los he descartado.

—¿Pero?

—El gerente del teatro se muestra firme. Su personal lleva con él años.

—Por supuesto que lo está. Es mucho menos vergonzoso culpar a un cliente. —Clara se reclinó en su silla—. Así que vigilaré los pasillos durante el intermedio. ¿Y durante la función?

—Durante la función, puedes simplemente disfrutar.

—Qué generoso.

La comisura de los labios de él se contrajo. Intentaba no sonreír y estaba perdiendo la batalla.

Ella se giró hacia el auditorio; sonreía y no se molestó en ocultarlo. Estaba sentada en un palco del Her Majesty's Theatre con el vestido de seda verde de su abuela, Graham Redgrave le había dado un trabajo y se lo estaba pasando mucho mejor de lo que cualquier mujer en una misión de robo de joyas tenía derecho a pasárselo.

Debajo de ellos, el patio de butacas estaba casi lleno. Clara dejó que su mirada recorriera el piso superior sistemáticamente, de la misma forma en que repasaría los estantes de su almacén. El acomodador más cercano a la escalera permanecía con las manos

entrelazadas a la espalda, observando a los asistentes que llegaban con una atención que podría ser orgullo profesional o interés profesional. Tomó nota de él. En el palco contiguo al suyo, una pareja de ancianos había dejado un abrigo forrado de piel doblado sobre la silla vacía que los separaba, con un broche brillando en el cuello. Fácil. Quince segundos pasando entre las cortinas y de vuelta.

En un palco al otro lado del teatro, el segundo empezando por el final, Lady Beaumont estaba sentada junto a su marido, con sus perlas captando la luz del gas. Lord Beaumont se inclinaba hacia delante, con la atención puesta ya en el escenario. Unos pocos palcos más allá, la señora Harcastle departía con un acompañante, y Clara apartó la vista antes de que la mujer pudiera cruzar su mirada con la suya y empezara a redactar otra carta.

Un hombre en el patio de butacas se había quedado dormido antes de que sonara la primera nota. Su acompañante fingía no darse cuenta.

Podría hacer esto toda la noche.

Las luces de la sala se atenuaron. El nombre de la soprano era Giuliana Rossetti —Clara lo encontró en el programa que Graham le entregó sin comentarios— y, cuando la mujer salió al escenario, la sala se quedó inmóvil. Un suspiro contenido. Un silencio tan absoluto que Clara podía oír el siseo del gas en las lámparas de arriba.

Era extraordinaria. Pequeña y morena, y poseedora de una voz para la que Clara no tenía palabras. Le oprimía el pecho. Le anudaba la garganta. Hacía que la luz del gas brillara con más intensidad, o eso parecía; no sabría decirlo y, por una vez, no le importaba la diferencia.

Clara intentó mantener un ojo puesto en el pasillo. Aguantó dos arias antes de rendirse y limitarse a escuchar.

—Es asombrosa —dijo Clara en voz baja, durante una pausa entre movimientos.

—Sí —la voz de Graham era profunda—. Lo es.

Abajo, los ramos de flores se apilaban al borde del foso de la orquesta. Rosas y lirios de invernadero, extravagantes y fuera de temporada; de los que costaban más que el libro de registro

semanal de remedios de Clara. Su mirada se desviaba hacia ellos constantemente. Las flores eran más fáciles de asimilar que la otra cosa de la que intentaba no percatarse: Graham Redgrave sentado a su lado en la oscuridad, tan cerca que el calor de su brazo le llegaba a través de la manga. Se suponía que debía estar vigilando para atrapar a un ladrón de joyas. En cambio, era agudamente consciente de que el palco era muy pequeño, la oscuridad muy cálida y Graham Redgrave estaba justo allí.

La primera parte terminó. Las luces se encendieron. Clara parpadeó y regresó a sí misma desde el lugar al que Giuliana Rossetti la había transportado.

—Yo vigilaré el pasillo superior —dijo—. Tú encárgate de la sala de refrigerios.

—Iba a traerte algo de beber.

—Luego. Tenemos quince minutos.

Se dirigió a la cortina de la parte trasera de su palco y se colocó donde pudiera ver el pasillo en ambas direcciones. La mayoría de la gente fluía hacia las mesas de refrigerio: parejas, grupos, un flujo constante que se dirigía hacia la izquierda. Vigiló si alguien iba hacia la derecha, hacia los palcos.

El acomodador de antes recorría el pasillo. Lentamente. No comprobaba cómo estaban los clientes; comprobaba los palcos. Deteniéndose en cada cortina. Escuchando o mirando.

—Graham.

Él se puso a su lado. Ella ladeó la cabeza hacia el acomodador.

Graham lo observó un momento. —Está haciendo su ronda.

—Se detiene en los que están vacíos.

—Eso podría ser parte de sus obligaciones.

—Podría.

Observaron. El acomodador siguió adelante, dobló la esquina y desapareció.

—Hablaré con el gerente del teatro sobre él —dijo Graham—. Discretamente.

Clara se permitió una pequeña satisfacción.

Graham consiguió dos copas y se situaron en el extremo más tranquilo del pasillo. Clara examinó a la multitud mientras bebía un

sorbo: champán, pensó, o algo muy parecido.

—La pareja de al lado ha dejado un abrigo en la silla con un broche prendido —dijo—. Cualquiera podría haberlo cogido mientras estaban fuera. —Hizo una pausa—. El hombre del patio de butacas que se ha quedado dormido durante la obertura... no creo que sea tu ladrón, pero me ha parecido que debías saberlo. Por principios.

—Anotado.

—Además, hay una mujer en el segundo nivel, a la derecha del escenario, que lleva toda la noche peleándose con el cierre de su collar. Si se lo quita durante la segunda parte y lo deja por ahí, se merece que le roben.

Graham guardó silencio. Tenía la misma expresión que se le ponía en la mesa de la cocina de ella cuando ella había leído tres pasos por delante de él.

—¿Qué? —preguntó ella.

—Nada.

—Me estás mirando fijamente.

—Estoy reconsiderando mis elecciones de personal.

—Más vale. —Clara bebió un sorbo de su copa—. Has tenido agentes. Podrías haberme tenido a mí desde el principio.

Sonó el timbre para la segunda parte. Clara dejó su copa y se giró hacia el auditorio. —¿Volvemos al trabajo?

—Volvemos al trabajo.

Comenzó la segunda parte y Clara observó.

Mantuvo su posición al borde del palco, donde podía ver el pasillo a través del hueco de la cortina. El pasaje permaneció vacío durante la mayor parte del acto. Una vez pasó un acomodador; no era el que ella había señalado, sino un hombre diferente que se movía rápido y sin detenerse. Lo observó hasta que desapareció.

En algún momento durante la segunda aria, el hombro de Graham se apoyó contra el de ella. Ninguno de los dos se apartó. Ninguno de los dos lo mencionó.

Giuliana recorrió su aria final con una intensidad que parecía casi privada, como si la música fuera una conversación y el público

hubiera tropezado con ella a mitad de camino. El aria terminó. Silencio. Luego, los aplausos surgieron de todas partes a la vez, elevándose desde el patio de butacas y las galerías, de esa clase que hacía temblar las lámparas y cobraba fuerza por momentos. Clara se unió a ellos de corazón. A su lado, Graham aplaudía con ritmo constante, sin prisas; su versión del entusiasmo.

Dejó que su mirada recorriera el nivel opuesto una última vez. Lord Beaumont estaba de pie, todavía aplaudiendo. El asiento a su lado estaba vacío. En el palco de al lado, la mujer con el problemático cierre del collar se estaba abrochando el abrigo.

Se levantaron con la multitud. Clara seguía vigilando; el hábito se había instalado en ella, tan natural como la respiración.

La gente detenía a Graham. Un flujo constante de ellos y, cada vez, su espalda se enderezaba, su voz se volvía cálida y se convertía en alguien a quien Clara nunca había conocido. Una mujer de negro lo detuvo con la mano en el brazo. Él se inclinó para escuchar, preguntó por su hija por su nombre, recordó una enfermedad de meses atrás. Un caballero de pelo cano le estrechó la mano y Graham le preguntó por el despacho de su hijo: ¿cuándo había partido el regimiento y estarían estacionados cerca de Lucknow?

Se movía entre aquella gente como Clara se movía por su tienda. Sabiendo dónde estaba cada cosa. Qué necesitaba cada cual. Sin pensarlo.

Había dado la espalda a todo aquello. Lo había cambiado por una placa y un alojamiento encima de una librería en Bloomsbury. Pero la soltura no lo había abandonado, y ella no estaba segura de si eso hacía que lo admirara más o que lo comprendiera menos.

Graham fue interceptado por una mujer de pelo blanco que le cogió la mano con ambas suyas y no mostró intención alguna de soltarla. Clara dejó que su mirada se desplazara hacia el final del pasillo —el estrecho pasaje hacia la entrada de bastidores— y lo vio.

Un hombre, moreno, empujando contra el flujo de la multitud. Todos los demás se movían hacia las salidas. Él iba en sentido contrario, hacia los bastidores, con una concentración que no tenía

nada de social. No corría. No llamaba la atención. Pero iba con urgencia, con determinación.

Clara no pensó. Se movió.

Había pasado de largo a una pareja que discutía sobre su carruaje y a un acomodador antes de darse cuenta de que había dejado atrás a Graham. El hombre había llegado al recodo del pasillo y desaparecido tras él. Clara lo siguió.

El pasaje se estrechó. La luz del gas era aquí más tenue, las paredes eran de yeso desnudo en lugar de estar empapeladas y el aire olía a pintura, polvo y sebo: las entrañas de trabajo del teatro, despojadas de toda su pretensión dorada. Podía oír pasos por delante de ella, alejándose rápido.

—Perdone.

Se detuvo. Un hombre joven venía de la otra dirección: inglés, de veintitantos años, rubio, con el aspecto ligeramente desaliñado de alguien que llevaba tiempo entre bastidores. No estaba alarmado. Se mostró educado, un poco sorprendido.

—Esta zona no está abierta al público. ¿Puedo ayudarla a encontrar el camino de vuelta?

La mente de Clara alcanzó a sus pies. Estaba parada en un pasillo de bastidores, habiendo seguido a un extraño lejos de la multitud, y no tenía una explicación plausible para nada de aquello.

—Parece que me he equivocado de camino —dijo ella—. Estaba buscando los tocadores.

—Ah, un error fácil. El pasillo se divide justo ahí atrás. —Señaló tras ella—. A la izquierda se vuelve al vestíbulo. A la derecha se llega aquí. Pasa constantemente.

—Gracias —dijo Clara—. Siento haberle molestado.

—No ha sido molestia ninguna. —Él asintió levemente y volvió hacia el pasillo de bastidores, alcanzando ya una puerta en la que ella no se había fijado.

Clara emprendió el regreso al pasillo principal.

Graham se había librado de la mujer de pelo blanco y escudriñaba a la multitud. Encontró a Clara dos segundos después de que ella lo encontrara a él.

—¿Adónde has ido?

—Había un hombre. Moreno, de mediana edad, empujando hacia los bastidores contra la multitud. Lo he seguido pero lo he perdido en el pasillo trasero.

Graham guardó silencio un momento. Luego preguntó: —¿Has visto su cara?

—No muy bien. Sabía por dónde iba.

Se quedaron un momento, ambos escudriñando el pasillo. El hombre se había ido. La multitud se estaba raleando: los últimos grupos se movían hacia las salidas, se pedían carruajes.

Graham le ofreció el brazo. Clara lo tomó y caminaron hacia las puertas abiertas. El templado aire de abril les llegó primero, fresco tras el calor del teatro.

Los coches de alquiler se alineaban en Haymarket. La velada casi había terminado y Clara no estaba preparada para que acabase. Estaba intentando encontrar las palabras para decírselo —o decidiendo si decirlas siquiera— cuando un hombre con el uniforme oscuro de la gerencia del teatro apareció al lado de Graham.

Estaba pálido.

—Inspector Redgrave. —La voz estaba controlada con un esfuerzo evidente—. Siento muchísimo interrumpirle. Ha habido... hemos encontrado... es decir...

—Respire —dijo Graham. Su voz había cambiado. Clara lo oyó suceder: la calidez había desaparecido, reemplazada por algo plano y preciso—. ¿Qué ha pasado?

El hombre tragó saliva. —La señorita Rossetti, señor. La soprano. La han encontrado en su camerino. Está muerta.

Graham se volvió hacia Clara. —Quédate aquí. Haré que alguien te busque un coche.

—De ninguna manera.

—Esto es un asunto policial.

—Y yo estoy en el pasillo de un teatro a las diez y media de la noche. Si crees que voy a subir a un coche a solas mientras tú desapareces por las entrañas de este edificio, has juzgado profundamente mal la situación.

La exasperación cruzó el rostro de él, o lo más parecido a ella que se permitiría mostrar.

—Podría ordenarte que te quedaras.
—Podrías intentarlo.
Él la miró un segundo. Luego se dio la vuelta y siguió caminando. Clara se recogió las faldas con ambas manos y lo siguió.

Capítulo Dos

Los pasillos de los camerinos del Her Majesty's Theatre no olían en absoluto como la zona del público. Nada de perfume ni de cera caliente. Aquí olía a polvo, a pintura y al rastro grasiento del sebo de las lámparas de servicio. Las paredes eran de yeso desnudo, la luz del gas era más tenue y, de repente, la seda verde de Clara resultaba del todo inapropiada para el entorno.

No le importaba. Graham le sacaba tres zancadas de ventaja y se movía rápido; ella no pensaba perderlo en aquel laberinto de pasadizos estrechos y puertas sin marcar.

Ya había gente congregada ante el camerino. Un tramoyista apoyado contra la pared con la gorra entre las manos. Una mujer con vestido de criada, llorando en silencio sobre su delantal. El director del teatro —el mismo hombre pálido que los había encontrado en el pasillo— se apresuraba para seguir el ritmo de Graham. Alguien había dejado la puerta abierta.

Graham entró. Clara entró tras él.

Lo primero que percibió fue el olor. Un dulzor espeso, casi físico, que le oprimía el fondo de la garganta. Flores. La habitación estaba llena de ellas. Había arreglos en cada superficie, abarrotando el tocador, el alféizar de la ventana, el suelo bajo el espejo. Rosas, lirios de invernadero y orquídeas.

Giuliana Rossetti estaba en el suelo.

Yacía junto al tocador con su vestido de escena, la seda oscura extendida a su alrededor. Un pañuelo de seda —blanco, fino, italiano — rodeaba su cuello de forma holgada, con un extremo cayendo sobre su hombro. Tenía las manos abiertas a los costados. Tenía los ojos cerrados.

Hacía menos de una hora, esa voz había oprimido el pecho de Clara, le había hecho nudo en la garganta y había logrado que el gas brillara con más intensidad. Hacía menos de una hora, esta mujer era la persona más llena de vida de todo el edificio.

A Clara le temblaban las manos. Las apretó contra sus faldas y se obligó a quedarse quieta.

Graham se puso de cuclillas junto al cuerpo. Colocó dos dedos en su cuello. Los mantuvo allí durante mucho tiempo. Luego retiró la mano.

Se puso en pie. Su rostro había cambiado. Se dirigió al director del teatro.

—Que nadie más entre en esta habitación. Necesito que envíen a alguien a Scotland Yard de inmediato; dígales que el inspector Redgrave requiere agentes y un forense en el Her Majesty's Theatre. Cierren la puerta del escenario. Nadie sale de esta zona de camerinos.

El director del teatro asintió.

—Inspector, los abonados... hubo visitas entre bastidores después de la representación. Admiradores, amigos de la compañía. Puede que algunos ya se hayan marchado.

—Entonces necesito cada nombre que pueda darme. —Se volvió hacia la habitación—. ¿Estaba la puerta cerrada con llave cuando la encontró la ayudante?

—No, señor. Lucia —la señorita Conti, la ayudante— ha dicho que estaba entornada.

—¿Se cierran los camerinos con llave?

—Hay una llave. La señorita Rossetti tenía una. Pero rara vez la usaba. Los artistas no suelen molestarse.

—Bien. Vaya, mande aviso a Scotland Yard. Cierre la puerta del escenario. Y luego vuelva. Tendré más preguntas.

El director del teatro se marchó. Graham asintió hacia Clara, y ambos miraron.

Ella se arrodilló en el suelo junto al cadáver. Las manos de Giuliana estaban abiertas, relajadas. No tenía las uñas rotas. No había arañazos en sus muñecas. No había hematomas que Clara pudiera ver en sus dedos. No había luchado.

El pañuelo estaba suelto ahora, con un extremo sobre el hombro de Giuliana y el otro amontonado en el suelo junto a ella. Clara observó la garganta de Giuliana. Una tenue banda de decoloración recorría la piel; ancha, ligeramente irregular donde la seda se había fruncido y retorcido. No eran los hematomas ovalados e individuales que dejarían unos dedos, sino una única marca de presión continua. De bordes suaves. Casi de aspecto delicado, para lo que era.

—Graham. —Mantuvo la voz firme—. Mire su garganta.

Él se acercó a su lado y se puso de cuclillas. Miró. Apretó los labios en una línea fina.

—El pañuelo —dijo Clara—. Creo que estamos ante el arma del crimen.

Él no respondió de inmediato. Observó el pañuelo: seda blanca, de un tejido demasiado fino y un brillo demasiado rico para ser de fabricación inglesa. Luego se levantó.

Clara miró el tocador. Tarjetas, media docena, metidas en el marco del espejo. Un vaso con un par de centímetros de algo todavía dentro. Un broche de granate sobre un trozo de terciopelo. Un tarro de colorete, un cepillo para el pelo, un frasco pequeño de perfume con el tapón al lado, no puesto. Giuliana había estado sentada a esa mesa. Se había estado quitando el maquillaje de escena. Había abierto su perfume.

Y entonces se había detenido.

Una carta doblada yacía en el tocador, medio oculta bajo el cepillo. Graham la cogió. Clara lo observó leerla; una vez, y otra. Su rostro no revelaba nada.

—¿Qué es?

Él la sostuvo para que ella pudiera verla. El papel era de buena calidad: pesado, de color crema. La caligrafía era segura e inclinada.

Querida mía: todo está dispuesto. Nos marchamos la semana que viene. He alquilado habitaciones en París. Estate lista. No puedo esperar a empezar.

Sin firma. Sin nombre.

—Alguien planeaba llevársela a París —dijo Clara.

—Alguien —convino Graham. Dejó la carta y se dirigió a los cajones. El primero contenía cintas, horquillas, una lata de pastillas de violeta. El segundo estaba cerrado con llave.

Clara miró el tocador. La polvera se había desplazado ligeramente; se veía un tenue anillo en el polvo donde solía estar asentada. La levantó. Había una pequeña llave de latón.

Graham la cogió y abrió el cajón.

Cartas. Un fajo de ellas, atadas con una cinta, metidas hacia el fondo. Él las desató y miró la primera. La segunda. La caligrafía no se parecía en nada a la de la carta de París; era apretada, urgente, cubriendo cada rincón de la página.

—¿Cuántas hay? —preguntó Clara.

—Al menos una docena. —Pasó una página—. Exigentes. Obsesivas. Acusaciones.

—Alguien a quien temía —dijo Clara—. Pero las guardó.

Graham miró el cajón cerrado y luego las cartas. No dijo nada. Clara tampoco.

Su vestuario del acto anterior colgaba en el biombo de la esquina, a medio desclavar. Una silla estaba apartada del tocador en ángulo.

Nada en la habitación estaba revuelto. Nada estaba roto. El vaso del tocador no se había volcado.

Clara se puso en pie y observó la estancia. Las flores. Tantas flores. En una mesita junto a la puerta, medio oculto tras un enorme arreglo de rosas, un modesto ramo de flores silvestres reposaba en un sencillo tarro de cristal. Flores del campo y lo que parecían ser macetillas, atadas con una cuerda basta. Sin tarjeta.

—Señorita Wetherly. —La voz de Graham había cambiado: seguía siendo baja, pero profesional. Lanzó una mirada al pasillo, donde el llanto se volvía más fuerte—. Tengo que hablar con el director del teatro, y luego tendré que interrogar a todos los que están ahí fuera.

Pero acaban de recibir un golpe, y la mayoría no querrá hablar con Scotland Yard.

No terminó el pensamiento. No hacía falta.

—Quiere que hable yo con ellos —dijo Clara.

—Quiero que veas qué puedes averiguar. Se te da mejor que a mí.

Jamás lo habría dicho delante de nadie. Clara mantuvo una expresión neutra.

—Manténlos tranquilos. Ten a todos en el pasillo. Y si alguien te dice algo...

—Lo recordaré.

Salió, pero no lejos. A sus espaldas, la voz de Graham llegaba desde el camerino, calmada y constante.

—¿Cuánto tiempo llevaba la señorita Rossetti con la compañía?

—Dos temporadas, señor. Se unió a nosotros el otoño pasado.

—Y en ese tiempo, ¿ha habido problemas? ¿Discusiones, amenazas, dificultades con alguien? ¿Hay alguien que pudiera haber querido hacer daño a la señorita Rossetti?

Una pausa. Clara dejó de caminar.

—Inspector. —La voz del director del teatro había cambiado; era más pesada, resignada—. Quizá sea mejor que se siente. Voy a necesitar una pluma y algo de papel.

—¿Por qué?

—Es una lista bastante larga.

El pasillo estaba peor de lo que Clara esperaba.

Había llegado más gente: tramoyistas, artistas, alguien de la taquilla que había oído los gritos. La criada seguía en el suelo, llorando tan fuerte que apenas podía respirar. Dos mujeres del coro se aferraban la una a la otra un poco más allá en el pasillo. Nadie las ayudaba.

Clara se acercó primero a la criada. Se arrodilló a su lado, con cuidado de no dañar la seda verde, y le puso una mano en el hombro.

—¿Cómo te llamas?

La chica levantó la vista, sobresaltada. —Annie, señorita.

—Annie, ¿hay algún sitio donde puedas sentarte en condiciones? ¿Una habitación con puerta?

—El salón de descanso, señorita. Doblando la esquina.

—Ve y siéntate allí. Bebe un poco de agua. No tienes por qué estar en este pasillo.

Annie asintió, se limpió la cara con el delantal y se marchó.

Clara se dirigió a las mujeres del coro. Una de ellas temblaba violentamente, ese tipo de temblor que surge de permanecer demasiado quieta durante demasiado tiempo. Clara le tocó el brazo.

—¿Estabais actuando esta noche?

—Sí, señorita. —La voz de la mujer vibraba—. No supimos que pasaba algo malo hasta que empezaron los gritos.

—Lo siento —dijo Clara—. Qué cosa tan terrible. —Esperó. Atosigar a la gente nunca ayudaba. La respiración de la mujer se estabilizó un poco.

Clara se volvió hacia la otra. —Las flores del camerino de la señorita Rossetti... el ramito en el tarro de cristal, sobre la mesa junto a la puerta. ¿Sabes quién las trajo?

La mujer parpadeó. —Oh... esas. Las trae el señor Hale. Es compositor, escribe música para ella. No tiene dinero para flores de invernadero. —Esbozó una pequeña y llorosa sonrisa—. Pero ella siempre las ponía en agua. Siempre las guardaba.

—Es un detalle amable —dijo Clara—. ¿Eran íntimos?

La corista miró a su compañera. —Él pensaba que sí —dijo con cautela.

Clara dejó que el silencio se prolongara. Pero ninguna de las dos añadió nada más.

Hubo un alboroto al otro extremo del pasillo. La voz de un hombre; no gritaba, pero resonaba, el tipo de voz acostumbrada a ser obedecida.

Lord Beaumont se abría paso entre los tramoyistas. De pelo canoso e impecable, estaba totalmente transformado respecto al hombre jovial que le había estrechado la mano a Graham en el vestíbulo. Tenía el rostro blanco.

—¿Dónde está ella? Déjenme pasar. Exijo ver...

Graham apareció en el umbral del camerino. —Lord Beaumont. Debo pedirle que espere.

—No esperaré. Me han dicho... alguien ha dicho... ¿es cierto? ¿Está ella...?

—Me temo que no puedo permitir que nadie entre en el camerino. Es un asunto policial.

—Un asunto policial. —A Beaumont se le quebró la voz—. Dígame que no es...

Graham salió al pasillo y bajó la voz. Sus palabras no se oyeron. No hacía falta. Ella observó el rostro de Beaumont y vio el momento exacto en que comprendió la noticia. Apoyó una mano contra la pared.

Nadie acudió a su lado. Los tramoyistas desviaron la mirada. El director del teatro rondaba por allí, pero no se acercó.

Clara fue. Lo tomó del brazo —con firmeza y sentido práctico— y lo guio hasta una silla. Él se sentó pesadamente.

—¿Puedo traerle un vaso de agua, lord Beaumont?

Él la miró sin verla. Luego, un reconocimiento tenue y distante. —Usted estaba... en el vestíbulo. Con Redgrave.

—Sí.

—Ha estado magnífica esta noche. —Las palabras salieron rotas —. Siempre estaba magnífica.

Algo en la forma en que lo dijo —*siempre*— hizo que las manos de Clara se quedaran quietas sobre el brazo del hombre. El director del teatro había dicho *mecenas*. Pero un mecenas no sonaba de aquella manera.

El director del teatro apareció junto al hombro de Clara. —Lord Beaumont ha sido un mecenas de lo más generoso. Un gran defensor del trabajo de la señorita Rossetti.

Clara soltó el brazo de Beaumont y se incorporó.

Una mujer apareció por la otra dirección: alta, de unos treinta y pocos años, con el pelo medio deshecho. Caminó hacia el pasillo con los brazos cruzados sobre el pecho y se detuvo.

—¿Es verdad? —dijo—. ¿Lo de Giuliana?

La corista que quedaba allí asintió.

La mujer alta guardó silencio un momento. Descruzó los brazos. Volvió a cruzarlos.

—Qué espanto —dijo—. ¿Quién ha hablado con la dirección sobre la función de mañana?

La corista la miró como si le hubieran dado una bofetada. La mujer alta le devolvió la mirada sin inmutarse.

Clara la estudió. Acababan de encontrar muerta a una compañera tres puertas más allá, y el primer pensamiento de esta mujer era la programación. O no tenía corazón en absoluto, o le sobraba sangre fría para tres.

Botas en la escalera: dos jóvenes agentes, algo sofocados, y tras ellos un forense con un maletín negro y ningún interés por nadie que no estuviera ya muerto. Graham salió a su encuentro en la puerta del camerino, habló en un tono de voz demasiado bajo como para que se le oyera y envió a los agentes a tomar posiciones en ambos extremos del pasillo.

Seguidamente, Graham empezó a meter a la gente en el camerino de uno en uno. Primero al tramoyista, el joven que sostenía la gorra entre las manos. La puerta se cerró tras ellos.

El ambiente en el pasillo cambió. Sin la presencia de Graham, la gente respiraba de otra manera. Las mujeres del coro se apoyaron contra la pared. La mujer alta —Edith, la había llamado alguien— permaneció exactamente donde estaba, con los brazos aún cruzados, observando la puerta cerrada.

Clara se acercó a la ayudante de camerino.

Lucia Conti estaba sentada en una silla contra la pared con el abrigo de un tramoyista sobre los hombros. Era menuda y de pelo oscuro, no mucho mayor que Clara. Tenía el rostro hinchado de llorar y las manos entrelazadas en el regazo. Una tos áspera la sacudió; esa clase de tos que provocan el aire frío y el llanto excesivo.

Clara acercó una silla y se sentó a su lado.

—¿Hay algo que pueda traerte? ¿Agua, o...?—

Lucia negó con la cabeza.

—Tú la encontraste —dijo Clara en voz baja. No era una pregunta. Ya lo sabía.

—La puerta estaba abierta. —La voz de Lucia era apenas un susurro—. Solo un poco. La empujé y yo... —Se detuvo—. Creo que grité. No lo recuerdo.—

—¿Cuánto tiempo después de caer el telón?—

—Quince minutos. Quizás más. Yo estaba... —Se detuvo de nuevo—. No estaba lejos. Debería haber llegado antes.—

Había algo en la forma en que lo dijo —*debería haber llegado antes*— que sonaba menos a dolor y más a culpa. Clara esperó.

—Ella era todo lo que yo tenía en esta ciudad —dijo Lucia. Sus dedos se apretaron unos contra otros—. Fue buena conmigo. Siempre lo fue.—

—Lo siento —dijo Clara. Y lo decía de corazón.

Lucia la miró; la miró de verdad, por primera vez. —Tú no estás con la policía.—

—No. Soy... amiga del inspector. Mi nombre es Clara Wetherly. Tengo una tienda en Bloomsbury. Remedios, tés, tónicos. —Metió la mano en su retículo y extrajo una de sus tarjetas; pequeña, sencilla, con el nombre y la dirección del establecimiento. Hawthorne & Wetherly, Bloomsbury. Se la puso a Lucia en la mano. Si necesitas cualquier cosa, lo que sea, por favor, no dudes en decírmelo. Incluso si solo necesitas hablar. La puerta siempre está abierta.—

Lucia miró la tarjeta. Luego a Clara. Sus dedos se cerraron sobre ella.

—Gracias, señorita Wetherly.—

Un hombre joven apareció al fondo del pasillo; de pelo rubio, cerca de los treinta, algo desaliñado. Tenía los ojos rojos. Clara lo reconoció: el hombre educado del pasillo de los entresijos, el que la había desviado cuando ella seguía al desconocido de pelo oscuro.

Se detuvo al verla.

—Usted —dijo él—. Estaba entre bastidores. Después de caer el telón.—

—Sí.—

—La envié al vestíbulo. Dijo que buscaba los aseos. —Sus ojos se entrecerraron—. No era cierto, ¿verdad?—

—No —dijo Clara—. Seguía a alguien. Un hombre que había visto dirigirse hacia los bastidores; pelo oscuro, mediana edad. Lo perdí en el pasillo trasero.—

El joven se quedó muy quieto. —Ese era Valenti. Marco Valenti. —Bajó la voz—. Le dije que se marchara. No debía estar entre bastidores. Ha estado... era... —Se interrumpió—. ¿Ha sido él quien ha hecho esto?—

—No lo sé —dijo Clara—. ¿Cómo se llama usted?—

—William Hale. Soy compositor. Escribí... estaba escribiendo algo para ella. —Se le quebró la voz al decir la última palabra.

La puerta del camerino se abrió. Graham salió con su cuaderno y miró pasillo abajo.

—¿Señor Hale? Me gustaría hablar con usted, por favor.—

William se irguió y entró. La puerta se cerró.

Clara se sentó junto a Lucia en el silencioso pasillo y no dijo nada. Desde el otro extremo, Edith Carr las observaba a ambas.

El pasillo se fue vaciando poco a poco. Graham los llamó uno por uno: el gerente del teatro, Edith, Beaumont el último. Cada persona que salía parecía más pequeña que cuando había entrado. Llamaron a Lucia y regresó con los brazos cruzados sobre el pecho. Se sentó en su silla y no volvió a hablar.

Era casi medianoche cuando Graham fue a buscarla.

—He mandado llamar a un coche. —La miró; debidamente, por primera vez desde lo del camerino—. Pareces tener frío.—

—No tengo frío.—

—Estás tiritando.—

—Ha sido una velada larga, Graham. No tengo frío.—

Él le sostuvo la puerta de salida de actores. El aire de la noche la golpeó como agua fría: punzante, limpio, nada que ver con los pasillos que dejaban atrás. El coche esperaba junto al bordillo.

Clara subió antes de que él pudiera ofrecerle la mano. Él subió tras ella.

Durante un minuto, ninguno de los dos habló. El coche dio un sacudón hacia delante y el teatro quedó atrás. Graham estiró las piernas todo lo que permitía el angosto espacio y abrió su cuaderno sobre la rodilla. El inspector estaba de vuelta.

—¿Qué has averiguado? —preguntó.

Clara lo miró. Tenía el cuaderno abierto, pero no lo miraba a él. La miraba a ella.

—Las flores de jardín del camerino, el ramo pequeño en el frasco de vidrio sencillo. Una mujer del coro me ha dicho que son de un compositor llamado William Hale. Las trae con regularidad. No puede permitirse flores de invernadero.—

—Hale —dijo Graham—. Rubio. Cerca de los treinta. Me ha dicho que estaba en la sala de actores durante el segundo acto. Dice que salió al pasillo trasero para tomar el aire y que regresaba cuando oyó los gritos.—

—Me encontró en el pasillo —dijo Clara—. Me reconoció de cuando estuve entre bastidores. Me dijo que el hombre al que yo seguía era Marco Valenti; dijo que le había ordenado a Valenti que se marchara.—

Graham anotó algo. —El tramoyista, Pete Marsh, vio a un hombre moreno en la puerta del camerino unos cinco minutos después de caer el telón. Con aspecto de extranjero, italiano quizá. El gerente del teatro lo ha identificado como Marco Valenti. Un profesor de canto de Milán. Lleva meses rondando el teatro: asiste a las representaciones, envía notas, incomoda a la gente.—

—Y nadie sabe dónde se hospeda —dijo Clara.

—Nadie sabe dónde se hospeda. —Graham pasó de página—. ¿Qué más?—

—Lord Beaumont. —Clara midió sus palabras—. El gerente del teatro lo ha llamado mecenas. Eso no es lo que yo he visto en el pasillo.—

Graham tensó la mandíbula. No levantó la vista de su cuaderno. —No —dijo—. No lo es.—

No dijo nada más sobre Beaumont. Clara dejó estar el tema.

—Y está esa soprano, Edith Carr. Dice que durante el segundo acto estaba en su camerino, a tres puertas del de Giuliana. Leyendo. No oyó nada.—

—Eso es lo que me ha dicho a mí también.—

—Graham, han matado a una mujer a tres puertas de la suya, y lo primero que ha dicho al llegar al pasillo ha sido: *«¿Quién ha*

hablado con la gerencia sobre la función de mañana?». No ha preguntado cómo ha muerto Giuliana. No ha preguntado quién ha podido hacerlo. Ha preguntado por el programa.—

Él guardó silencio un momento. Luego añadió: —Cada uno reacciona de forma distinta a la impresión.—

—Es cierto. Pero aquello no era impresión.—

Él no discutió. Anotó algo.

—La ayudante —dijo Clara—. Lucia Conti.—

—Me ha dicho que estaba esperando en el pasillo cerca de la sala de actores. Quince minutos, quizá más. Sola. Encontró el cadáver cuando fue al camerino; la puerta estaba entreabierta.—

—A mí me ha dicho que debería haber llegado antes —dijo Clara —. Y cuando ha dicho que estaba sola... ha apretado las manos. Ha sido un detalle nimio. Pero estaba ahí.—

Graham permaneció en silencio. El coche traqueteó sobre un tramo irregular de la calzada y el cuaderno se deslizó hacia delante.

—Hale ha dicho que estaba en la sala de actores —dijo él—. La ayudante ha dicho que estaba esperando en el pasillo cerca de la sala de actores. Ninguno ha mencionado al otro.—

Clara lo miró.

—Puede que no signifique nada —dijo él—. Pero el relato de alguien no encaja.—

El coche se balanceó al tomar una curva. El hombro de Clara rozó el brazo de Graham y ella se enderezó.

—Así que —dijo ella—, Marco Valenti. ¿Empezaréis a buscarlo mañana por el barrio italiano, por las casas de huéspedes?—

—A primera hora.—

—¿Y qué quieres que haga yo?—

Lo dijo como siempre lo decía: con pragmatismo, dispuesta a ser útil. De la misma forma en que lo había dicho en cada caso en el que habían trabajado juntos. Graham tiraría de un hilo, Clara tiraría de otro, y se encontrarían en el medio.

Graham cerró su cuaderno.

—Vete a casa —dijo—. Duerme un poco.—

Ella esperó al resto. No llegó.

—¿Eso es todo?—

—Eso es todo.—

—Ya veo. ¿Y mañana? ¿Debo ordenar mi almacén? ¿Quizá reorganizar las tinturas?—

—Clara.—

—He encontrado la llave del cajón cerrado. He identificado el pañuelo como el arma del crimen. Me he fijado en que la puerta estaba entreabierta, la habitación en orden y en que no había indicios de que ella se resistiera. He conseguido que tres personas en ese pasillo me cuenten cosas que no te habrían contado a ti en un interrogatorio formal. Lo sabes. Lo sabes porque me *pediste* que lo hiciera.—

Él casi sonrió. Casi. —Eso no es lo que yo...—

—Es exactamente lo que querías decir. Me pediste que hablara con ellos porque sabías que no hablarían contigo. Y ahora me dices que me detenga.—

—Te estoy diciendo que un hombre que puede haber matado a una mujer esta noche anda suelto por Londres y nadie sabe dónde está. El gerente del teatro dice que lleva meses merodeando por allí, incomodando a la gente. Cinco minutos después de caer el telón estaba en la puerta del camerino y huyó por la puerta de actores antes de que nadie pudiera detenerlo. —Hizo una pausa—. No voy a permitir que vayas llamando a las puertas buscando a un hombre así.—

—He llamado a puertas peores.—

—Lo sé. Ese es el problema.—

—Entonces llamaré a puertas mejores. Hablaré con la gente del teatro: las mujeres del coro, las ayudantes. Las mujeres hablan con las mujeres, Graham. Lo sabes.—

—Esto no es...—

—¿No es qué? ¿No es como los otros? Una mujer ha muerto, Graham. Es exactamente como los otros.—

Él se giró para mirarla. La luz de gas de la calle barrió su rostro, y cualquier argumento que hubiera estado elaborando murió en algún punto entre su cerebro y su boca. Parecía cansado. No era el cansancio profesional de una larga investigación; era algo más profundo.

—Te he llevado allí esta noche —dijo—. Te he llevado a la ópera y han asesinado a alguien y tú has seguido a un extraño por un pasillo de los entresijos y yo no sabía dónde estabas. —Su voz era áspera —. No sabía dónde estabas, Clara.—

—Sé cuidarme sola.—

—Sé que sabes.—

—Entonces...—

—Yo no puedo. —Dos palabras. Apenas audibles sobre el traqueteo del coche. Se aclaró la garganta—. No puedo hacer este trabajo y preguntarme si estás a salvo. No lo haré. Ya no.—

El coche siguió traqueteando. Clara sintió una punzada en el pecho. Ninguno de los dos habló durante todo el trayecto de una calle.

—No iré buscando a Valenti —dijo ella.

Él soltó un suspiro de alivio.

—Pero no me voy a mantener al margen por completo. No puedes pedirme que deje de haber oído lo que he oído esta noche, o de haber visto lo que he visto. Tengo ojos, Graham. Tengo oídos. Y si me entero de algo, te lo diré. Pero no voy a fingir que no lo sé.—

Él la miró durante un largo momento. Algo cambió tras su mirada; no era rendición, exactamente. Era el reconocimiento, tal vez, de que esos eran los mejores términos que iba a conseguir.

—Me dices lo que averigües. Inmediatamente.—

—Trato hecho.—

—Hablo en serio.—

—Lo sé.—

El coche aminoró la marcha. Clara alcanzó a ver la forma familiar de Bloomsbury a través de la ventana: la plaza, los plátanos de sombra, la lámpara frente a la casa de la señora Penfield aún encendida.

Abrió la puerta antes de que él pudiera estirar el brazo. Bajó a la acera. Se dio la vuelta.

—Gracias por la ópera —dijo—. La primera parte ha sido encantadora.—

Cerró la puerta y caminó hacia su tienda sin mirar atrás.

La llave estaba fría en su mano. La tienda estaba a oscuras. Desde algún rincón del interior, Marmalade anunció su disgusto por la hora con un único y punzante maullido.

Clara se quedó en el umbral y no encendió la lámpara.

Cartas amenazantes guardadas bajo llave en un cajón. Un amante que planeaba ir a París. Un hombre en la puerta del camerino que huyó antes de que nadie pudiera detenerlo. Una soprano a tres puertas de distancia que no oyó nada. Una ayudante cuyas respuestas llegaban con un segundo de retraso. Y un conde que la había llamado *magnífica* como si esa palabra fuera lo único que lo mantuviera en pie.

Le había prometido a Graham que no iría a buscar a Marco Valenti.

No había prometido dejar de pensar.

No había prometido dejar de escuchar.

Y le había dado su tarjeta a una mujer que esta noche no le había contado todo a la policía.

La cuestión era si Lucia Conti llegaría a usarla.

Capítulo Tres

LAS OBSERVACIONES DE MARMALADE

En el que mi humana regresa de la ópera en un estado totalmente inadecuado.

Hace seis horas salió de esta tienda con las mejillas sonrosadas y oliendo a cedro y alfileres. La seda verde. Los preparativos. La señora Penfield vibrando de emoción. El humano-fantasma moviendo muebles.

Ha regresado oliendo a sebo y a flores ajenas.

Sin lámpara. Sin tarareos. Se quedó de pie en la tienda a oscuras durante más tiempo del que cualquier criatura razonable debería permanecer en un sitio sin comer, y luego subió las escaleras, se sentó a la mesa de la cocina e hizo un té que no se bebió.

Me senté al lado de la taza fría y esperé. Es lo que hago cuando mi humana vuelve a casa mal. Lo he hecho ya demasiadas veces. Prefiero la expresión con la que se marchó: esa de las mejillas rosadas y los retoques en el pelo. Esa expresión implica al portador de pescado y, por extensión, arenques ahumados.

Esta expresión no implica arenques. Esta expresión implica quedarse mirando a las paredes y hablarle a los gatos.

—Alguien ha muerto esta noche, Marmalade.

Ah.

Eso explicaba el sebo. Las flores. El quedarse de pie en la oscuridad.

—Graham me dijo que me mantuviera al margen.

Ella me miró. Yo la miré.

—Le prometí que lo haría.

Ambos comprendimos cuánto valía esa promesa.

El humano-fantasma estaba presente. Lavanda, tenue. En algún lugar bajo nosotros, una página pasó en un libro que nadie había abierto.

Clara se fue a la cama sin ofrecerme una segunda cena. Había comido, técnicamente. Pero también había esperado seis horas a oscuras a una humana que volvió a casa oliendo a desastre, y eso merece una compensación. No llegó.

La seguí y ocupé mi posición a los pies de la cama.

Alguien debe montar guardia. Especialmente en noches como esta. Especialmente cuando mi humana hace promesas que no tiene intención de cumplir.

Clara estaba en la mesa de la cocina cuando empezaron a llamar a la puerta.

Llevaba allí desde el amanecer. La seda verde estaba extendida sobre una silla en el piso de arriba y aún no era capaz de mirarla. Se había vestido con su gris habitual, había preparado té y se había quedado sentada con las manos rodeando la taza mientras la luz entraba por los escaparates de la tienda y los sucesos de la noche se ordenaban y desordenaban tras sus ojos.

Quien llamaba era la señora Penfield. Clara lo supo como sabía casi todo sobre la señora Penfield: por el volumen y la persistencia.

Bajó las escaleras y abrió la puerta.

—Buenos días, señora Penfield.

—Buenos días, dice ella. Buenos días —la señora Penfield dejó un periódico sobre el mostrador con la gravedad de una mujer que entrega un parte de guerra—. ¿Ha visto usted esto?

Clara no lo había visto. No había salido. Apenas había dormido. Cogió el periódico.

El titular no era sutil. *SOPRANO DE LA ÓPERA HALLADA MUERTA EN EL TEATRO DE SU MAJESTAD. SE SOSPECHA DE ASESINATO.*

—Me lo ha contado la señora Alcott, que lo oyó de su marido, que estuvo en el teatro anoche —dijo la señora Penfield—. La soprano italiana. Asesinada en su camerino después de la función. Y usted estaba allí. Usted y el inspector estaban allí.

La señora Penfield se quitó los guantes. —Cuéntemelo todo. Desde el principio. ¿Por qué la invitó él? ¿FUE... Clara, fue una cita? ¿Una cita formal?

—Fue un robo de joyas.

La expresión de la señora Penfield decayó de tal forma que Clara casi se sintió culpable.

—Un robo de joyas. La invitó a la ópera —el vestido, el teatro, la velada— para un robo de joyas.

—Estaban desapareciendo piezas pequeñas de los palcos. Necesitaba una acompañante que no pareciera un oficial de policía.

—Una acompañante —la señora Penfield pronunció la palabra como si la hubiera ofendido personalmente—. ¿Y el vestido? ¿La nota? ¿Aviso de cuatro horas y *póngase un vestido de gala*? Si necesitaba una acompañante, podría haberle preguntado hace días.

—Eso mismo le dije yo.

—¿Y qué dijo él a eso?

—Dijo que no dejaba de encontrar razones para no pedírmelo.

La señora Penfield se quedó muy quieta. —¿Dijo eso?

—Dijo eso.

—¿Y qué llevaba puesto? ¿Cuando lo dijo?

—Traje de etiqueta.

—Traje de etiqueta —la señora Penfield se llevó la mano al pecho —. Nuestro inspector Redgrave. En traje de etiqueta. En la ópera. Con usted con la seda verde —cerró los ojos un instante, como si saboreara un postre especialmente exquisito—. Dígame que estaba guapo. Debía de estar muy guapo.

—Estaba... —Clara se detuvo. No iba a describirle a la señora Penfield exactamente cómo se veía Graham Redgrave de etiqueta. No iba a mencionar su soltura, ni su sonrisa, ni la forma en que la sala parecía hecha a su medida—. Estaba adecuado para la ocasión.

—Adecuado para la ocasión —la señora Penfield le lanzó una mirada que habría podido arrancar el papel pintado—. Clara

Wetherly, es usted la mujer más exasperante de Bloomsbury. Bueno. Algo es algo. Un hombre que no deja de encontrar razones para no invitar a una mujer a la ópera es un hombre que lleva tiempo pensando en invitárselo. Definitivamente, algo es algo —hizo una pausa—. ¿Y después?

—Y después asesinaron a alguien.

—Claro que sí —la señora Penfield volvió a cerrar los ojos, esta vez con resignación en lugar de placer—. Cómo no. Clara Wetherly, no puede usted tener una noche, ni una sola noche, sin que aparezca un cadáver. Es una maldición. Ahora, cuénteme lo del asesinato.

La campana de la tienda volvió a sonar antes de que Clara pudiera responder. Dorothea Winters entró por la puerta con su cesta de costura en un brazo y el hijo de su sobrino Timothy siguiéndola de cerca.

—He mandado llamarla —dijo la señora Penfield, sin disculparse.

—Por supuesto.

Dorothea observó la escena: Clara en el mostrador, la señora Penfield instalada detrás de él, el periódico.

—Señor, ten piedad. ¿Y vio usted...? ¿Estuvo entre bastidores?

—Estuve en el camerino. La vi.

De nuevo la campana de la tienda. Harriet Collins, ligeramente sin aliento, con su maletín de manuscritos al hombro. Se detuvo en el umbral y las miró a todas.

—Me he enterado. ¿Es verdad? ¿Un asesinato en la ópera?

—Es verdad —dijo Clara.

—Bien —Harriet entró y cerró la puerta tras de sí—. Cuéntenoslo todo.

Clara las miró a las tres: Penfield tras el mostrador, Dorothea junto a la ventana, Harriet en la puerta con los ojos brillantes y sujetando su maletín como un arma. Aquellas mujeres habían ayudado a Clara a prepararse para la velada. Habían prendido el vestido con alfileres, habían movido el baúl y habían enviado al chico a por la costurera. Habían deseado que la noche fuera maravillosa, y lo había sido, y luego dejó de serlo, y ahora estaban allí.

Se lo contó.

No todo. No les habló del viaje en coche de caballos, ni de lo que había dicho Graham, ni de la promesa que le había hecho. Pero les habló del camerino: las flores, el pañuelo, el aspecto de Giuliana en el suelo. La puerta que estaba entornada. La habitación que no había sido revuelta. Las cartas en el cajón cerrado con llave y la carta de París sobre la mesa, y las flores de jardín en el sencillo jarrón de cristal.

Les habló del pasillo: la doncella, las mujeres del coro, el conde que había llamado a la soprano *magnífica* como si la palabra le costara algo, la soprano cuya primera pregunta fue sobre el horario de mañana, el italiano al que nadie localizaba, el compositor que había visto a Valenti entre bastidores y le había dicho que se fuera, y la ayudante de cámara que se había quedado muy callada cuando le preguntaron si estaba sola.

—Madre mía —dijo la señora Penfield, cuando Clara terminó—. Santo cielo.

—El conde que estaba montando una escena en el pasillo —dijo Harriet, levantando la vista de su cuaderno—. Lord Beaumont. Ha dicho que estaba muy afligido.

—El director del teatro lo llamó mecenas. Un gran admirador del trabajo de la señorita Rossetti.

—Pero usted no cree que fuera solo eso.

—No sé qué era. Sé lo que vi.

La señora Penfield se quedó callada un momento. —La señora Croft mencionó algo en la iglesia. Hace semanas. Que a esa soprano italiana la mantenía alguien muy importante. No quiso decir quién. Solo «alguien muy importante» —hizo una pausa—. No le di importancia entonces. Se oyen tantas cosas.

—Su esposa estaba en la ópera —dijo Clara—. Lady Beaumont. Estuvo sentada a su lado toda la noche.

—¿Llevó a su esposa para ver cantar a su amante?

—No sabemos que fuera su amante.

—Clara. «Alguien muy importante». Un conde llorando en un pasillo por una soprano muerta. Podemos atar cabos.

—Podemos especular —dijo Clara—. Eso es diferente.

Harriet tenía su cuaderno abierto. —¿El italiano, Valenti? ¿Es el antiguo profesor? ¿Y lleva meses yendo al teatro?

—Eso es lo que dijo el director.

—Y las cartas en el cajón cerrado: obsesivas, exigentes. Eso suena a un hombre que cree que se le debe algo.

—Podría ser —dijo Clara con cautela—. No sabemos quién las escribió.

—Pero el director dijo que ese Valenti ha estado enviando notas y esperando en la puerta de artistas. Y hay cartas obsesivas guardadas bajo llave en su cajón —Harriet golpeó el cuaderno con su pluma—. En un folletín, ese sería el asesino en el primer acto.

—Razón de más para que probablemente no lo sea —dijo Clara —. El sospechoso obvio nunca lo es.

—En los folletines —dijo Harriet—. En la vida real, el sospechoso obvio lo es porque lo hizo.

—Señoras —Clara levantó la mano—. Yo no voy a investigar esto.

Tres rostros la miraron.

—Graham me ha pedido que me mantenga al margen de esto. No quiere que me involucre.

—¿Desde cuándo eso la detiene? —dijo Harriet.

—Desde... —Clara se detuvo. Desde que la miró en un coche de caballos y dijo que no podía hacer este trabajo y preguntarse si ella estaba a salvo. Desde que su voz se volvió ronca y dijo *ya no* y algo en su pecho se rompió.

—Desde que me lo pidió —dijo Clara—. Y yo acepté.

La señora Penfield emitió un sonido que comunicaba, en una sola sílaba, su completo desprecio por tal acuerdo.

—Sin embargo —añadió Clara.

Tres pares de ojos se aguzaron.

—Acepté no ir a buscar a Marco Valenti. No acepté dejar de pensar. Y tampoco acepté dejar de escuchar.

—Bueno, naturalmente —dijo la señora Penfield—. Taparse los oídos sería poco práctico. Y de mala educación.

—Si da la casualidad de que escucho cosas —en la tienda, en el barrio, en una conversación—, difícilmente se puede esperar que las ignore.

—Imposible —asintió Dorothea—. Una oye lo que oye.

—Y si alguna de vosotras llegara a oír algo —en la iglesia, en las pruebas de ropa, en el mercado—...

—Por supuesto que lo compartiríamos —dijo la señora Penfield—. Como hacen las amigas. Con un té de por medio. No habría nada de investigativo en ello.

Clara las miró. Ellas la miraron. La comprensión que pasó entre ellas no requería palabras y habría horrorizado a Graham Redgrave.

—Té —dijo Clara—. Pondré el hervidor.

—Ya que está en ello —dijo la señora Penfield, acomodándose más firmemente tras el mostrador—, debería mencionar que el marido de la señora Alcott estaba en el teatro anoche. Vio a Lady Beaumont marcharse sola; subiendo a su carruaje sin el conde —enderezó un tarro en el mostrador que no necesitaba ser enderezado—. Al parecer, siempre se marcha sola. Él se queda para... bueno. Para visitar a la soprano. Todo el mundo en ese círculo lo sabe. La esposa aguanta la función y luego se marcha antes de la humillación de ver a su marido ir entre bastidores —hizo una pausa—. Así que ese rumor sobre «alguien muy importante» parece cada vez menos un rumor.

Los dedos de Dorothea se detuvieron en su costura. —Las mujeres hablan durante las pruebas. Si alguna de mis clientas conoce la casa de los Beaumont —y algunas se mueven en esos ambientes—, me enteraré pronto.

—Harriet —dijo Clara—. Los periódicos. Quiero ver cualquier cosa que publiquen sobre esto.

—Ya está planeado —Harriet palmeó su maletín—. Conozco a todos los reporteros de la prensa sensacionalista en Bloomsbury. Si hay una noticia, la tendré antes de que la tinta se haya secado.

Clara sirvió el té. Cuatro tazas. La luz de la mañana entraba ya por los ventanales de la tienda, iluminando los tarros de hierbas secas en los estantes, los manojos de lavanda que colgaban del techo y el bulto naranja de Marmalade en el mostrador, observándolo todo con profundo desinterés.

No estaba investigando. Estaba tomando el té con sus amigas. Si sus amigas resultaban tener acceso a los cotilleos de la sociedad,

redes de sirvientes, confidencias de probadores y la prensa barata, era simplemente el tipo de amigas que tenía.

Graham lo entendería. Con el tiempo.

Pero no fueron los chismes de las señoras lo que se quedó con Clara después de recoger las tazas y que la tienda volviera a quedar en silencio. Fue Lucia Conti. Las manos nudosas. Las frases interrumpidas. *Debería haber llegado antes.* La forma en que había vuelto del interrogatorio con Graham, abrazándose a sí misma, y no había vuelto a hablar.

Lucia no le había contado todo a la policía. Clara estaba segura.

Le había prometido a Graham que no iría a buscar a Marco Valenti. No había prometido dejar de escuchar. Y no podía dejar de pensar en una mujer que estaba sola en una ciudad extranjera sin nadie que la protegiera, que había estado demasiado asustada para decir la verdad en un pasillo lleno de extraños.

El teatro no era un lugar peligroso. Era un edificio público lleno de tramoyistas, artistas y directores. Volver para ver cómo estaba la ayudante de Giuliana no era investigar. Era decencia.

La tienda estaba en silencio. Clara miró los estantes: los remedios, las tinturas, las mezclas que preparaba cada día para la gente que llegaba a su puerta asustada o enferma. Tenía un remedio para la tos en el segundo estante —tomillo y miel— para una mujer que había estado sentada en un pasillo frío media noche. El tipo de cosas que Genevieve habría preparado.

Podría ir y volver en unas horas. Necesitaría a alguien que cuidara la tienda.

Pero la señora Penfield ya había pensado en eso. Se había detenido en la puerta al salir, con los guantes a medio poner, y había mirado a Clara con la expresión de una mujer que sabía perfectamente lo que iba a pasar.

—Estaré en la puerta de al lado si necesita que le cuide la tienda esta tarde —había dicho—. Supongo que así será.

Clara cogió el frasco marrón del segundo estante y empezó a preparar su cesta.

Capítulo Cuatro

La puerta de artistas del Her Majesty's Theatre no se parecía en nada a la entrada grandiosa por la que Clara había pasado la noche anterior. Era estrecha, la pintura se desconchaba y estaba escondida en un callejón junto a Haymarket que olía a caballo y a lluvia vieja. Un agente de policía montaba guardia junto a ella, con aspecto de estar pasando frío y aburrimiento.

Clara se ajustó la cesta en el brazo: el remedio para la tos en un frasco marrón, una cajita de metal con pastillas de miel y tomillo, y un paquete de manzanilla envuelto en papel porque no había podido evitarlo. No estaba investigando. Solo le entregaba remedios a una mujer que los necesitaba.

El agente la miró.

—Vengo a ver a la señorita Conti —dijo Clara—. Lucia Conti. La ayudante de la señorita Rossetti.

—No se permiten visitas. Órdenes del inspector.

—No soy una visita. Soy boticaria. La señorita Conti no se encontraba bien anoche y le he traído un remedio.

El agente sopesó la situación. Era joven. Miró la cesta, miró a Clara y pareció decidir que una mujer con un frasco de jarabe para la tos no era la amenaza que preocupaba al inspector Redgrave.

—Espere aquí —dijo él, y entró.

Clara esperó. El callejón estaba en silencio. Un gato, una criatura gris y desaliñada con una oreja desgarrada, la observaba desde el

alféizar de una ventana enfrente. La luz de abril era tenue y acuosa, nada que ver con el esplendor de las lámparas de gas de la noche anterior.

El agente regresó. —Está en el ambigú de actores. La acompañaré.

Los pasillos de detrás del escenario eran diferentes a la luz del día. Más sucios. Se había desvanecido el glamur; las paredes de yeso desnudo mostraban sus grietas, y los candiles de gas estaban apagados, sustituidos por la luz grisácea que entraba por los ventanales altos. Había marcas de rozaduras en el suelo, accesorios amontonados contra las paredes, y cuerdas y poleas colgando entre cajas como el aparejo de un barco.

El ambigú era pequeño y frío. Lucia estaba sentada en una silla junto a la ventana, envuelta en el mismo abrigo de tramoyista que llevaba la noche anterior. Parecía que no se hubiera movido. Tenía la cara hinchada, los ojos enrojecidos y una tos áspera y húmeda la sacudía cada pocos segundos. Sus ojos se dirigieron a Clara, luego pasaron de largo hacia el pasillo y volvieron a ella. Sus manos se retorcían en su regazo.

—Señorita Conti. —Clara dejó la cesta en el suelo y se puso en cuclillas a su lado—. Le he traído algo para esa tos.

Lucia la miró. Por un momento no pareció reconocerla. Luego dijo: —Señorita Wetherly. La tienda de Bloomsbury.

—¿Ha comido algo hoy? —preguntó Clara.

Lucia negó con la cabeza.

—¿Alguien le ha traído algo? ¿Té, pan, cualquier cosa?

Otro gesto de negación.

—¿Le dijeron que volviera esta mañana?

—El inspector ha dicho que todos debemos estar localizables. Para más preguntas. —La voz de Lucia era pura lija—. No tengo otro sitio donde estar. Ella era... esto era mi vida. Venir aquí. Cuidar de ella. No sé qué se supone que debo hacer ahora.

Su rostro se descompuso. —Es culpa mía.

—Señorita Conti...

—Es culpa mía, señorita Wetherly. Si yo hubiera... si tan solo... —Se le quebró la voz. Se tapó la cara con las manos.

—¿A qué se refiere?

Lucia bajó las manos. Abrió la boca para hablar.

La puerta se abrió detrás de ellas.

—Señorita Wetherly.

La voz. El tono. Clara se tomó su tiempo para darse la vuelta.

Graham estaba en el umbral. No vestía de etiqueta. Llevaba su abrigo de inspector con los botones de plata, la libreta en la mano, y su rostro ponía esa expresión que adoptaba cuando Clara hacía algo que él le había pedido específicamente que no hiciera.

—Inspector Redgrave —dijo ella con amabilidad—. Buenas tardes.

—Quiero hablar con usted. En el pasillo.

—Estoy terminando de explicar una dosis.

—Al pasillo. Ahora.

Clara terminó de indicarle a Lucia cuánto remedio debía tomar y cuándo, dejó el frasco, las pastillas y la manzanilla en la mesa junto a ella, y siguió a Graham al pasillo.

Él se alejó diez pasos de la puerta del ambigú antes de encararse con ella.

—¿Qué hace aquí?

—Entregar un remedio para la tos. La señorita Conti no se encontraba bien anoche. Tiene una tos persistente y nadie parece haberse preocupado por ella desde que se marchó usted.

—Le dije que se mantuviera al margen de esto.

—Me dijo que no buscara a Marco Valenti. No estoy buscando a Marco Valenti. Le traigo medicinas a una mujer con tos.

—Está usted en la escena de mi crimen.

—Estoy en un ambigú. Con un frasco de tomillo y miel. Si eso supone una amenaza para su investigación, Graham, creo que está exagerando.

—Me lo prometió.

—Prometí no buscar a Valenti. Prometí que le avisaría si me enteraba de algo. He cumplido ambas promesas. No he ido al barrio italiano. No he llamado a ninguna puerta. He traído un remedio a una mujer asustada que lleva sentada en su ambigú toda la mañana porque la policía le ordenó estar localizable y a nadie en su

investigación se le ha ocurrido ver cómo estaba. Eso no es investigar. Es decencia humana básica.

Graham la miró. Ella le sostuvo la mirada.

—No debería estar aquí —dijo él, ahora más bajo.

—Y aun así, aquí estoy.

—Clara...

—¿Ha hablado con lord Beaumont esta mañana?

El cambio de tema lo pilló desprevenido. Ella pudo verlo: ese ligero desconcierto. —Eso es un asunto policial.

—¿Le ha confirmado que Giuliana era su amante?

Graham se quedó muy quieto. —¿Cómo sabe eso?

—La red de cotilleos de la señora Penfield ya lo sabía antes del desayuno. La señora Croft se enteró en la iglesia hace semanas; decían que la mantenía alguien muy importante. El marido de la señora Alcott vio a lady Beaumont salir sola del teatro anoche, lo cual parece ser su costumbre porque el conde siempre se queda para visitar a la soprano. —Clara hizo una pausa—. De verdad, Graham, debería escuchar las habladurías de las mujeres. Le ahorrarían mucho tiempo.

Él se quedó mirándola.

—Las Damas de Bloomsbury —dijo él.

—Las Damas de Bloomsbury.

—Les ha hablado del caso.

—Les he contado a mis amigas lo que hice anoche. Ellas me han contado lo que sabían. Eso no es lo mismo que investigar, y creo que lo sabe.

—Váyase a casa, Clara.

—Me voy. —Se dio la vuelta. Dio dos pasos. Regresó—. Graham. Está asustada.

—Encontró a su jefa muerta en el suelo anoche. Lo lógico es que esté asustada.

—No de eso. De alguien. No deja de vigilar la puerta. Se sobresalta con los pasos. Eso no es pena. Es una mujer que tiene miedo de una persona en concreto.

Graham guardó silencio un momento. —Lo investigaré.

Clara quiso decir: *se equivoca con ella*. Pero no lo sabía con certeza. No sabía nada de Lucia Conti, salvo que estaba sola y asustada, y que tenía una tos que requería tratamiento.

—El remedio para la tos está en la mesa del ambigú. Asegúrese de que se lo toma. Y, por el amor de Dios, Graham, dele algo de comer a esa mujer.

Regresó por los pasillos internos, salió por la puerta de artistas y pasó junto al agente, que fingía no haber oído nada.

Desde algún lugar del teatro, distante y amortiguada por paredes y cortinas, se oía a una mujer cantar. Clara se detuvo. La melodía era inconfundible. Anoche, en la oscuridad, con el hombro de Graham apoyado en el suyo. El aria final de Giuliana.

No era la voz de Giuliana.

Era competente, controlada y carecía por completo de esa cualidad que hacía que la original pareciera una conversación íntima en la que el público se hubiera entrometido. Clara se quedó en el callejón escuchando y, al cabo de un momento, identificó la voz. Edith Carr. La soprano que había estado a tres puertas de distancia y no había oído nada. La que había preguntado por la actuación de mañana antes de que a nadie se le ocurriera guardar luto.

Ya estaba ensayando.

Clara salió a Haymarket.

Estaba a mitad de camino de la parada de coches de alquiler antes de atreverse a respirar con normalidad. Le temblaban las manos, no de miedo ni por la discusión, sino por el absoluto e irritante desperdicio de la situación. Ella tenía información que Graham necesitaba. Tenía acceso a personas a las que Graham no podía llegar. Tenía una red de mujeres capaz de reunir información más rápido que el Departamento de Investigación de Scotland Yard, y tenía a una ayudante asustada que estaba a punto de decirle algo importante antes de que Graham entrara por la puerta.

Es culpa mía. Si yo hubiera... si tan solo...

¿Qué es lo que Lucia había estado a punto de decir?

La parada de coches estaba vacía. Clara echó a andar. Bloomsbury no estaba lejos.

La campana de la tienda sonó cuando Clara abrió la puerta, lo cual era extraño. Nunca ponía la campana cuando estaba fuera: sonaba cuando entraban clientes, no cuando ella volvía a casa. La señora Penfield la había puesto.

La señora Penfield, de hecho, había hecho bastante más que vigilar la tienda.

El mostrador estaba ordenado. Los botes del estante delantero habían sido girados para que las etiquetas quedaran hacia fuera; no era como Clara los organizaba, pero tampoco estaba mal. Una tetera recién hecha descansaba sobre el mostrador junto a un plato de galletas de mantequilla. Y Marmalade —Marmalade, que se esforzaba por evitar a la señora Penfield porque ella lo reorganizaba todo y hablaba con un volumen que él consideraba ofensivo— estaba sentado a sus pies.

Y no solo estaba sentado. Ronroneaba.

—Ha sobornado a mi gato —dijo Clara.

—Le he traído un trozo de pescado ahumado —dijo la señora Penfield, sin levantar la vista del libro de contabilidad que parecía estar revisando—. Me pareció lo justo. Ha sido muy paciente. —Cerró el libro—. Ha estado fuera tres horas. Siéntese. Tome un poco de té. La señora Aldridge vino a por sus polvos para el dolor de cabeza; los encontré en el tercer estante y le cobré lo de siempre. Y el joven señor Baines quería algo para las articulaciones de su madre. Le dije que volviera mañana, cuando estuviera usted.

—Gracias, señora Penfield.

—De nada. Ahora siéntese y cuénteme qué ha pasado.

Clara se sentó. Rodeó la taza de té con las manos y le contó todo a la señora Penfield: el ambigú, Lucia con el mismo abrigo de la noche anterior, la tos, su aspecto de abandono. *Es culpa mía. Si yo hubiera... si tan solo...* Y luego Graham en la puerta antes de que Lucia pudiera terminar.

—La ha mandado a casa —dijo la señora Penfield. No era una pregunta.

—Me ha mandado a casa.

—Otra vez.

—Otra vez.

La señora Penfield sirvió más té. Su boca hacía un gesto complicado.

—Hay algo más —dijo Clara—. Cuando me iba, por la puerta de artistas, he oído a alguien cantar. Dentro del teatro. El aria de Giuliana. La de anoche.

La señora Penfield levantó la vista.

—Era Edith Carr. La del pasillo, la que preguntó por el horario.

—Está estudiando el papel —dijo la señora Penfield despacio—. Ya mismo.

—La tarde después del asesinato.

La señora Penfield dejó la taza de té. —La mujer que preguntó por el horario antes de que el cadáver se enfriara ya está aprendiéndose el papel de la muerta. Al día siguiente por la tarde. —Hizo una pausa—. Clara. Eso no es pena. Ni siquiera es indiferencia. Es una mujer que vio una oportunidad y se lanzó directamente a por ella.

—Puede que simplemente esté haciendo lo que el teatro le ha pedido. Era la sustituta.

—O puede que no. —La señora Penfield entrelazó las manos—. ¿Qué sabe de ella? Aparte de lo del pasillo.

—Muy poco. Le dijo a Graham que estaba en su camerino leyendo durante el segundo acto. A tres puertas de Giuliana. No oyó nada.

—A tres puertas. Y no oyó nada. —La señora Penfield enarcó las cejas—. Me gustaría mucho saber qué estaba haciendo en realidad la señorita Carr en ese camerino. Si es que estaba allí.

Clara la miró. La señora Penfield le devolvió la mirada con la expresión de una mujer que había criado a cuatro hijos y era capaz de detectar una mentira desde el otro extremo de un banco de iglesia.

—No puedo investigar esto —dijo Clara—. Graham lo ha dejado muy claro.

—Por supuesto que no. Pero si el nombre de la señorita Carr sale a relucir en una conversación —en las pruebas de vestuario, en la iglesia, en el mercado—, difícilmente se le puede pedir a una que se tape los oídos.

A sus pies, Marmalade había terminado su pescado y se estaba lavando la cara. «Soborno», anotó Clara, «pero no lealtad». Mañana volvería a ignorar a la señora Penfield.

Clara se quedó sentada con su té pensando en Lucia Conti.

Lucia tenía su tarjeta. El remedio para la tos estaba en la mesa del ambigú. A veces lo único que se podía hacer por alguien asustado era dejar una puerta abierta y esperar.

Pero no fue la puerta lo que mantuvo a Clara despierta esa noche. Fue la frase que Lucia nunca terminó.

Es culpa mía. Si yo hubiera... si tan solo...

¿Si tan solo hubiera *qué*?

Capítulo Cinco

Tres días. Ni una palabra de Graham. Ni una nota, ni una visita, ni arenques para Marmalade. La campana de la tienda sonó para anunciar a los clientes: el viejo señor Fenton en busca de su linimento para el pecho, el chico de los Baines de nuevo por las articulaciones de su madre, una mujer que Clara no reconoció que quería algo para una tos persistente y se marchó con un frasco de tomillo y miel que hizo que Clara pensara en Lucia Conti y luego dejara de pensar por completo, porque pensar no conducía a nada útil.

Barrió el suelo. Repuso los estantes. Etiquetó tres docenas de frascos de tónico de flor de saúco, limpió las balanzas dos veces y reorganizó el cajón de las hierbas secas de una manera que habría horrorizado a la señora Penfield, quien lo había dejado todo en lo que ella consideraba un orden perfecto.

Al segundo día, Harriet se pasó con un periódico. La noticia había pasado de la primera página a la tercera. *SOPRANO ITALIANA — CONTINÚA LA INVESTIGACIÓN. SCOTLAND YARD SIGUE VARIAS PISTAS.* Sin detalles. Sin nombres. Clara lo leyó y no dijo nada, y Harriet, que tenía el sentido común de saber cuándo Clara estaba de un humor difícil, dejó el periódico y se fue.

Al tercer día, la campana sonó a las dos y media.

Clara estaba tras el mostrador, moliendo raíz de valeriana. Levantó la vista.

Lucia Conti estaba en el umbral.

Estaba más delgada que cuando se vieron en el teatro. El abrigo de tramoyista había desaparecido, sustituido por un chal que no abrigaba lo suficiente para un mes de abril, y llevaba el pelo recogido con tanta tirantez que su rostro parecía afilado. La tos era peor; aquel mismo sonido áspero y húmedo del camerino, ahora más profundo, audible desde la puerta.

Pero no fue la tos lo que detuvo a Clara. Fueron los ojos de Lucia. Recorrieron la tienda —el mostrador, los estantes, la calle a sus espaldas— antes de que ella entrara.

—Señorita Conti. —Clara dejó el mortero—. Pase. Por favor.

Lucia entró. No cerró la puerta. Clara rodeó el mostrador, la cerró y echó la llave.

—Siéntese. Prepararé té.

—No debería estar aquí.

—Ya está aquí. Siéntese.

Lucia se sentó. Se posó en el borde de la silla, con los dedos entrelazados con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos. Sus ojos se dirigieron a la ventana. Luego a la puerta cerrada. Después volvieron a Clara.

Clara puso el hervidor al fuego. Sacó del estante un frasco nuevo del remedio para la tos y lo puso al lado de Lucia sin hacer comentarios.

—¿Ha comido hoy?

Lucia negó con la cabeza.

Clara cortó pan y queso —algo sencillo y práctico— y puso el plato junto al té. Volvió detrás del mostrador y continuó moliendo la raíz de valeriana.

Lucia comió. Despacio al principio, luego con la atención concentrada de alguien que no había tenido una comida decente en días. Se bebió el té. Tosió —con fuerza, encorvándose, con todo el cuerpo estremecido por el esfuerzo— y Clara vertió una dosis del remedio en una taza y se la entregó.

—Dos veces al día —dijo Clara—. Por la mañana y por la noche. Llévese el frasco cuando se vaya.

Lucia sostuvo la taza con ambas manos y miró a Clara por encima del borde.

—¿Qué la ha traído hoy aquí, señorita Conti?

Lucia abrió la boca. La cerró. Miró la taza.

Clara no insistió. Limpió el mostrador. Enderezó una fila de frascos que no necesitaban ser enderezados. La tienda estaba en silencio; solo se oía el siseo decreciente del hervidor y los sonidos de la calle a través del cristal.

Lucia dejó la taza.

—Un hombre fue a mi alojamiento —dijo.

—¿Qué hombre?

—Marco Valenti. Fue el maestro de Giuliana. En Milán. Hace años. —La voz de Lucia bajó de volumen—. Fue hace dos días. Llamó a mi puerta. Se mostró amable. Siempre es amable cuando quiere algo. —Sus dedos se apretaron contra la taza—. Me preguntó cómo estaba. Me preguntó por la policía: qué habían querido, qué les había dicho. Me preguntó por la mujer que fue al teatro con el remedio para la tos.

Marco Valenti. El nombre del pasillo del teatro. El hombre de pelo oscuro al que Clara había seguido entre bastidores. El hombre que Pete Marsh había visto en la puerta del camerino; Graham se lo había contado en el coche, y era la prueba de Graham, no le correspondía a ella compartirla.

—Preguntó por mí —dijo Clara, con voz firme.

—Quería saber quién era usted. Si estaba con la policía. Le dije que era... la mujer que prepara los remedios. Una mujer bondadosa. —Los ojos de Lucia se desplazaron hacia la ventana—. Sonrió. Tiene una sonrisa que... no es una sonrisa. Es algo distinto que adopta la forma de una sonrisa.

—¿Por qué fue a verla, Lucia? ¿Qué es lo que quiere?

—Quiere saber qué he dicho. Qué diré. —Lucia bajó la voz—. Ya lo ha hecho antes. Después de que Giuliana intentara denunciarlo al director del teatro, vino a verme. Amable. Sonriente. Preguntando qué les había dicho Giuliana. Preguntando qué sabía yo.

—¿Por qué me cuenta esto a mí?

Lucia la miró. —Porque un hombre que hace esto, que persigue a una mujer a través de varios países, que envía cartas, que se queda en los umbrales y sonríe... un hombre que hace esto durante años... —Se detuvo—. Quizá también sea capaz de matar.

No lo dijo como una acusación. Lo dijo como la persona que confiesa algo que lleva días dándole vueltas a solas en una habitación a oscuras.

—La policía debería saber lo de ese hombre —dijo Lucia—. Lo que ha hecho. Lo que es. Alguien debería decírselo.

—¿Por qué no se lo dice usted misma?

—Se lo estoy diciendo a usted. —Las manos de Lucia se crisparon sobre la taza—. Y no deseo ser la siguiente, señorita Wetherly.

Clara dejó que aquella frase reposara. Lucia había acudido a ella, no a la policía.

—Háble me de él —dijo Clara—. Desde el principio.

Lucia envolvió la taza con las manos. —Era su profesor. En Milán. Ella tenía dieciséis años y cantaba en una iglesia. Él la oyó y dijo que la haría grande. —Su boca se torció—. Fueron amantes durante un tiempo. Él era... no era... ella era muy joven, señorita Wetherly. Y él no lo era.

Clara no dijo nada. Permitió que el silencio se mantuviera.

—Él creía que ella le pertenecía. Que todo lo que tenía, lo tenía gracias a él. Y cuando ella se fue de Milán, cuando vino a Londres, a la compañía... él la siguió. Aparecía en el teatro. Enviaba cartas. Docenas de ellas. Ella las guardaba bajo llave en su cajón porque... —Lucia se detuvo—. Porque eran una prueba. Por si pasaba algo.

Las cartas en el cajón cerrado. La caligrafía apretada y urgente. *Exigentes. Obsesivas. Acusaciones.* Las palabras de Graham tras estar en el camerino.

—Él también le daba cosas. Regalos. De su época en Milán. —La voz de Lucia era tenue—. El pañuelo de seda... el blanco, el que Giuliana siempre llevaba... era suyo. Le dijo que era la mejor seda de Milán. Le dijo que debería llevarlo siempre y pensar en él.

Las manos de Clara se quedaron quietas. El pañuelo de seda blanca. Flojo alrededor de la garganta de Giuliana. La tenue marca

de decoloración en su piel.

—¿La amenazó él?

—No en las cartas. Nunca nada tan directo. Siempre era un «Sé lo que me debes» y «No serías nada sin mí» y «Estoy esperando». —Lucia dejó la taza—. Las amenazas eran en persona. En su voz. En la forma en que se acercaba demasiado y sonreía.

—Y aun así ella llevaba el pañuelo —dijo Clara—. El que él le regaló.

Lucia la miró, ligeramente sorprendida. —Era una seda muy fina. Muy cara. Giuliana no era el tipo de mujer que tira una cosa hermosa por culpa del hombre que se la dio. —Hizo una pausa—. Era práctica en ese sentido.

Desde el alféizar de la ventana, Marmalade se movió. No fue el estiramiento perezoso de un gato ajustando su posición, sino un movimiento brusco y repentino; todo su cuerpo se puso rígido. Estaba de cara a la ventana, con las orejas gachas y el pelaje del lomo erizado. Un sonido grave salió de su garganta. No fue un maullido. Fue un gruñido.

La calle, afuera, se veía normal: un carro que pasaba, una mujer con una cesta, la farola de la esquina. Nada fuera de lugar.

El gruñido de Marmalade se hizo más profundo.

Clara se levantó. Caminó hasta la ventana. La calle estaba vacía ahora. El carro ya había pasado. La mujer de la cesta se había ido. El umbral de enfrente —donde a veces se ponía el vendedor de hollín— estaba en sombras.

Echó la cortina. Luego fue a la puerta de la tienda y echó la llave. El cerrojo encajó con un sonido que hizo que Lucia diera un respingo.

—Hemos cerrado por la tarde —dijo Clara—. ¿Más té?

Lucia miraba fijamente la puerta cerrada. Su respiración había cambiado: era superficial y rápida.

—Señorita Wetherly. ¿Hay alguien...?

—El gato se ha asustado. Suele pasar. —Clara sirvió el té. Sus manos estaban firmes. Su voz era estable. El resto de ella, no—. Está a salvo aquí, Lucia.

El uso del nombre de pila fue deliberado. Lucia lo notó.

Durante un largo rato ninguna de las dos habló. La respiración de Lucia se ralentizó. Miró la puerta cerrada. Miró la cortina echada. Miró a Clara, que estaba detrás del mostrador con la tetera en la mano como si nada en el mundo pudiera ir mal en una tienda que olía a manzanilla.

—Giuliana quería marcharse —dijo Lucia. En voz baja, como si la puerta cerrada le hubiera dado permiso para decirlo—. Todos en el teatro oyeron el rumor. Que se iba de Londres.

—¿Se iba a dónde?

—A París, decían algunos. Un contrato, una oferta. Nunca me contó los detalles. —Un destello cruzó el rostro de Lucia: rápido, amargo, fugaz—. Cada uno tenía una historia diferente. El director del teatro oyó que le habían ofrecido un puesto en la Ópera. Las chicas del coro pensaban que se iba a fugar. Edith Carr ya estaba tomando las medidas del camerino para las cortinas.

—Edith Carr. —Clara mantuvo el tono ligero—. ¿Se ha hecho ella con el papel?

—Al día siguiente. Ya estaba cantando el aria de Giuliana antes de que las flores del escenario se marchitaran. —La boca de Lucia se contrajo—. No se llevaban bien. Edith creía que Giuliana la había saboteado, que le había dicho a la dirección que estaba perdiendo la voz. No sé si era verdad. Sé que Edith se lo creía.

—¿Era verdad? ¿Se marchaba Giuliana?

—Algo había de verdad. Se la veía más feliz. Más ligera. Planeando algo que no quería compartir.

—¿Se lo preguntó usted?

—Una vez. Me dijo que todo saldría bien. —La voz de Lucia se volvió plana—. No es precisamente una respuesta.

—¿Iba usted a ir con ella?

El destello regresó, y esta vez fue inconfundible. No era dolor. Era amargura. Lucia apretó la boca y levantó la barbilla; por un momento de descuido, la servidora leal desapareció y algo más crudo ocupó su lugar.

—Por supuesto que no. —Las palabras salieron cortantes, duras —. No me había invitado. Eso era seguro. Tenía la intención de dejarlo todo atrás. —Su voz bajó—. Incluida yo.

Lucia se detuvo. Cerró la boca con fuerza, como si las palabras se hubieran escapado sin permiso.

—Pero no debe malinterpretarme —dijo, ahora más calmada—. Ella era amable conmigo. Siempre fue amable.

Clara sirvió más té.

—¿Quién se habría enfadado por el hecho de que se marchara? Ha dicho que Marco la siguió desde Milán. Si ella dejaba Londres...

—Se habría puesto furioso. —Sin vacilación—. Ya la siguió una vez. Lo habría hecho de nuevo. O habría... no lo sé. Es un hombre que cree que posee aquello que ha tocado.

—¿Y el mecenas? ¿Lord Beaumont?

Lucia la miró; sorprendida primero, luego resignada—. Todo el mundo lo sabía.

—¿Le habría sentado bien que ella se marchara?

—No lo... —Lucia frunció el ceño—. No. No lo creo. Pero Lord Beaumont no es... no es como Marco. Era generoso. Era tierno con ella.

Los hombres generosos podían ser hombres posesivos. Los hombres tiernos podían transformarse. Clara había visto suficiente de aquello.

Dejó pasar un momento. Luego, con cuidado:

—La noche del asesinato. Si Marco estaba en el teatro —y sabemos que lo estaba, lo vieron entre bastidores—, ¿lo vio usted allí? ¿Cerca del camerino?

Lucia se quedó muy quieta. Su taza se detuvo a mitad de camino hacia la boca. La depositó sobre la mesa. La franqueza se había esfumado; en su lugar había algo hermético y plano.

—Yo la encontré —dijo Lucia—. Empujé la puerta, la vi y grité. Eso es lo que pasó.

No era una respuesta a la pregunta que Clara había formulado. Ambas lo sabían.

Lucia ya estaba echándose mano al chal. —Debo irme. He estado aquí demasiado tiempo. —Se levantó, envolviéndose bien en el chal, con los ojos clavados en la puerta. Lo que sea que se había relajado con el calor de la tienda volvía a cerrarse por completo.

—Espere. —Clara envolvió el remedio para la tos en papel y añadió un paquete de manzanilla—. Lleve esto. Vuelva si necesita más. Vuelva aunque no lo necesite.

Lucia cogió el paquete. Miró a Clara; una mirada larga, de esas que cargan con el peso de lo que no se dice.

—Es usted muy amable, señorita Wetherly.

—Vuelva —dijo Clara—. Cuando lo necesite.

Clara abrió la puerta. Lucia se escabulló por ella. La campana sonó. Clara observó por el hueco de la cortina cómo Lucia subía por la calle: pequeña, encorvada contra el viento de abril, apretando la bolsa de papel contra el pecho. Dobló la esquina y desapareció.

Se sentó tras la mesa de trabajo. Le temblaban las manos, no de miedo ni de frío, sino por el esfuerzo de haberse mantenido inmóvil durante la última hora cuando cada instinto le decía que presionara.

¿Lo vio usted allí? ¿Cerca del camerino?

Lucia había respondido a todas las preguntas que Clara le había hecho hoy. Menos a esa.

Cerró la tienda temprano. No parecía tener sentido seguir abierta con las cortinas echadas y la mente en otra parte.

En el piso de arriba, Marmalade rodeaba su cuenco con la urgencia decidida de una criatura a la que no han alimentado en lo que él consideraba, claramente, un número de horas inadmisible. Clara le dio de comer. Engulló como si fuera su última comida sobre la tierra, que era como comía siempre.

Se acomodó en el sillón junto a la ventana con la manta de Genevieve sobre las rodillas y el mazo de tarot en las manos. Dio la vuelta a las cartas sin mirarlas: barajando, cortando, barajando de nuevo. El peso y el deslizamiento familiar de los naipes. No estaba leyendo el futuro. Estaba pensando.

Un hombre que hace esto... quizá también sea capaz de matar.

No deseo ser la siguiente, señorita Wetherly.

¿Lo vio usted allí? ¿Cerca del camerino?

Y la respuesta que no era una respuesta: *La encontré. Empujé la puerta, la vi y grité. Eso es lo que ocurrió.*

Las cartas daban vueltas en sus manos. Marmalade, tras terminar su cena, saltó a su regazo, dio dos vueltas y se acomodó contra la manta con un peso que sugería que no tenía planes de moverse antes de la mañana.

Llegó el olor a lavanda.

Tenue. No procedía de ningún saquito de los estantes. Simplemente estaba *ahí*; tal como ocurría a veces, cuando Genevieve decidía intervenir. Clara lo inhaló y miró hacia las escaleras. Desde la tienda de abajo llegó un sonido leve: porcelana sobre madera. Dejó a Marmalade a un lado (un proceso que requirió negociación) y bajó.

Dos tazas en el estante sobre el fogón. La azul desportillada —la de Graham— estaba junto a la suya. Clara no la había puesto allí.

Miró la tienda vacía. Miró las dos tazas. Miró el tenue e imposible aroma a lavanda.

—Lo sé —dijo a nadie en particular—. Lo sé.

Llamaron a la puerta diez minutos más tarde.

Graham estaba en el umbral, con el sombrero en la mano.

Algo en el pecho de Clara se elevó al verlo; algo rápido, traicionero y totalmente inoportuno. Tres días de silencio, ahora él estaba ante su puerta y ella se sentía *alegre*. Estaba furiosa consigo misma por sentirse alegre.

—Debería haber venido antes —dijo él.

—Tres días, Graham.

—Lo sé.

—Tres días. Ni una nota. Ni una palabra. Ni siquiera un arenque para el gato.

—Yo... —Se detuvo—. ¿Un arenque?

—Marmalade tiene sus estándares. Tú los has estado cumpliendo. Y luego desapareces tres días y él lo ha estado pagando conmigo. —Dio un paso atrás para dejarle paso—. Siéntate. Tienes un aspecto espantoso.

—Gracias, Clara. Es muy amable por tu parte.

—No pretendía ser amable. Pretendía que te sentaras y comieras algo. —Señaló la silla. Él se sentó. Ella puso pan y queso frente a él y sirvió el té; su taza ya estaba esperando.

—He tomado algo en el Yard.

—Eso no es comer. Eso es sobrevivir.

Él miró el pan. La miró a ella. La comisura de su boca se movió; no llegó a ser una sonrisa, sino el fantasma de una. Comió.

—¿Por qué estás aquí, Graham?

Él dejó el pan. —Porque la investigación no ha avanzado nada y te debo una disculpa. En ese orden, si soy sincero.

—No sueles ser sincero respecto al orden.

—Estoy probando algo nuevo. —Sacó su libreta del abrigo, la misma de cuero desgastado, con las páginas reblandecidas por los bordes—. He estado persiguiendo sombras. Pensé que debías saber lo que he encontrado. O mejor dicho, lo que no he encontrado.

Clara sirvió té en la taza de él y se sentó enfrente. —Continúa.

—Marco Valenti ha desaparecido. No tiene alojamiento fijo. Se mueve entre casas de huéspedes: Clerkenwell, Hatton Garden, donde sea que las habitaciones sean baratas y los caseros no hagan preguntas. He tenido agentes preguntando en cada una de ellas y nadie admite conocerlo. O bien se ha ido de Londres o es muy bueno evitando que lo encuentren.

—O ambas cosas.

—O ambas cosas. —Graham pasó una página—. Lord Beaumont. Fui a visitarlo.

—¿Y?

—Sus abogados me interceptaron antes de llegar a la puerta principal. Lord Beaumont se encuentra indispuesto y no recibe visitas. Pero me he enterado por un colega del Yard de que Beaumont se vio envuelto en un altercado en su club. Una discusión que llegó a las manos. Lanzó un vaso. Tuvo que ser retenido por otros dos miembros.

Clara dejó la tetera. —El amable mecenas.

—Exacto.

—¿De qué trataba la discusión?

—Mi colega no lo sabía. O no quiso decirlo. Pero un hombre que lanza cristalería en su club no es un hombre que tenga pleno control de su duelo.

Clara reflexionó sobre aquello. El hombre de cabello cano en el teatro: el quiebro en su voz, la mano apoyada contra la pared. Genuino, había pensado ella. Seguía pensándolo. Pero el sentimiento genuino y un temperamento violento no eran mutuamente excluyentes.

—Edith Carr —dijo Graham, pasando otra página—. Hablé con el gerente del teatro. Me dice que la señorita Carr ha estado muy ocupada desde el asesinato. Diciendo a todo el que quiera escucharla que Giuliana saboteó su carrera; que fue a la dirección y les dijo que la voz de Edith estaba fallando. Les dijo que no le dieran papeles principales.

—¿Es cierto?

—El gerente no quiso confirmarlo. Pero tampoco lo negó, lo cual me indica algo. —Graham dejó su pluma—. Edith guarda un rencor activo. No es un resentimiento silencioso; se ha estado asegurando de que cada persona en el teatro sepa lo que Giuliana le hizo.

—He oído lo mismo de boca de Lucia —dijo Clara—. Dijo que Edith creía que Giuliana la saboteó. Fuera cierto o no, Edith se lo creía.

Graham levantó la vista. —¿Cuándo has hablado con Lucia?

—Hoy. Ha venido a la tienda.

Él cerró la libreta. El inspector se retiró y algo más agudo ocupó su lugar. —¿Ha venido aquí?

—Ha venido aquí. Siéntate —no te has levantado, pero estás a punto de hacerlo— y escucha.

La comisura de su boca se movió. Se quedó en la silla.

—Marco Valenti ha estado en su alojamiento. Dos veces. Haciendo preguntas. —Clara mantuvo la voz serena—. Quería saber sobre la policía: qué habían preguntado, qué les había dicho ella. Y quería saber sobre mí. La mujer que fue al teatro con el remedio para la tos. Le preguntó a Lucia quién era yo y si estaba con la policía.

El rostro de Graham cambió. No fue ira; fue algo más frío y controlado que la ira. Su mano se aplanó sobre la libreta.

—Preguntó por ti.

—Lucia le dijo que yo preparo remedios. Nada más.

—Sabe quién eres. Sabe que estuviste en el teatro. Ha estado en el alojamiento de Lucia preguntando por ti, y ha desaparecido de todas las direcciones que mis agentes han comprobado. —La voz de Graham había bajado a un tono grave y gélido—. Esto es exactamente lo que yo... —Se detuvo. Tensó la mandíbula.

Su mirada sostuvo la de ella durante un largo momento. Luego abrió de nuevo la libreta. Sus hombros estaban tensos, pero su mano se mantenía firme al sostener la pluma.

—Cuéntame qué ha dicho ella.

—Te contaré lo que ha dicho. Y luego tú me contarás el resto, porque sé que esa libreta tiene más páginas que las de Marco, Beaumont y Edith Carr.

—Estás negociando.

—Me estoy asegurando de que esto sea recíproco.

Algo cambió tras los ojos de él; no era exactamente diversión, ni exactamente admiración, sino el punto donde ambas cosas se encontraban. Hizo un gesto con la pluma. —Las damas primero.

Clara se lo contó. Todo: Milán, la enseñanza, la obsesión que siguió a Giuliana a través de países y años. Lo expuso tal como expondría los ingredientes para una tintura complicada: por orden, sin desperdiciar nada.

—Las cartas en el cajón cerrado —dijo Graham—. Ese es Marco.

—Ese es Marco.

Graham escribió.

—Hay más —dijo Clara—. Los regalos. Él le regaló cosas a lo largo de los años; cosas posesivas, muestras de afecto. Y una de ellas... —Trató de serenarse—. El pañuelo de seda. El blanco. Lucia dice que Marco se lo regaló a Giuliana en Milán. Le dijo que era la seda más fina de Italia. Le dijo que lo llevara siempre y pensara en él.

Graham dejó de escribir.

—Él le entregó el arma del crimen —dijo Clara—. Años antes de usarla.

—Si es que la usó él.

—Si es que la usó él. —Dejó que aquello quedara ahí—. Hay algo más. El rumor de que se marchaba. Todo el mundo en el teatro

había oído que Giuliana planeaba algo: París, un contrato, una fuga. Cada uno tenía una versión distinta. Nadie tenía detalles.

—¿Qué dijo Lucia?

—Que algo estaba cambiando, pero que Giuliana no decía el qué. Lucia insistió una vez y no obtuvo nada útil.

Graham golpeó la pluma contra la página. —Si Marco sabía que se marchaba...

—Si oyó el rumor... un hombre que la siguió desde Milán hasta Londres no se lo habría tomado a la ligera.

—No, no lo habría hecho. —Graham guardó silencio un momento —. Tu sastra cree que fue él.

—No lo dijo directamente. Dijo: «Un hombre que hace esto, tal vez también asesine». Y luego dijo: «No deseo ser la siguiente, señorita Wetherly».

—Te está diciendo lo que quiere que oigas. —Sus ojos se clavaron en los de ella—. La sastra encontró el cuerpo. Llegó tarde y no ha explicado por qué. Dio respuestas vagas la noche del asesinato; ningún detalle sobre dónde estaba ni con quién. Y ahora, días después, entra en tu tienda con un relato completo de la culpabilidad de otro hombre.

—Está asustada, Graham. He estado sentada con ella una hora. No estaba fingiendo.

—No digo que lo hiciera. Digo que la gente hace esto a veces. Señalar a otro para que el foco no caiga sobre uno mismo. —Levantó una mano antes de que ella pudiera rebatir—. Utilizaré cada dato de lo que te ha contado. El acoso es real. Las cartas son reales. El pañuelo importa. Pero no voy a dejar de vigilar a la sastra simplemente porque resulte simpática.

Clara quiso insistir más. No lo hizo. Porque en algún lugar bajo su certeza de que Lucia estaba asustada y no era una asesina, había un pequeño y frío hecho que no cuadraba: «ella siempre era amable» no encajaba bien junto a «pretendía dejarlo todo atrás, incluida yo».

Sirvió más té. No le habló de la amargura. Todavía no. No hasta que comprendiera qué significaba.

—Tu turno —dijo ella—. William Hale.

Graham cogió su taza. —Cuando interrogué a Hale la noche del crimen, sabía exactamente dónde estaba cada cosa entre bastidores. Cada pasillo, cada giro. Me indicó cómo llegar a la puerta del escenario, al salón de descanso, al pasaje trasero... sin vacilar.

—Es un compositor que trabaja con la compañía. Es normal que conozca el edificio.

—Es un compositor que estaba escribiendo una pieza para una soprano. Eso no requiere memorizar la disposición de los bastidores del modo en que él lo ha hecho. Ha pasado muchísimo tiempo en el teatro. Más de lo que debería un hombre que trabaja en un solo encargo.

Clara pensó en el joven rubio del pasillo: los ojos rojos, la voz rota. *Estaba escribiendo algo para ella.* Las flores de jardín en el sencillo frasco de cristal, guardadas en agua porque ella era lo bastante amable para conservarlas a pesar de que no costaban nada.

—Crees que la estaba vigilando.

—Creo que estaba enamorado de ella. Si ella le correspondía o simplemente toleraba su presencia es algo que no he determinado. —Graham hizo girar la taza entre sus manos—. Le traía flores silvestres. Se aprendió cada pasillo entre la puerta del escenario y su camerino. Estaba en el salón de descanso durante el segundo acto; a cinco minutos de la puerta de ella.

—Eso es devoción, no asesinato.

—No están tan alejados como te gustaría que estuvieran.

Se quedaron sentados con esa idea. La luz de la tarde se desvanecía; las ventanas de la tienda pasaban del dorado al gris. Marmalade se había trasladado del alféizar al mostrador, encajado entre la tetera y el azucarero, ocupando el centro exacto del espacio disponible.

—Graham —dijo Clara—. Alguien estaba vigilando la tienda hoy. Mientras Lucia estaba aquí. Marmalade fue a la ventana, erizado, gruñendo. Miré. La calle estaba vacía. Pero el gato no gruñe a nada.

La taza de Graham se detuvo a medio camino de su boca.

—Corrí la cortina. Eché la llave. Lucia no vio nada. —Hizo una pausa—. Yo tampoco pude ver a nadie. Pero Marmalade vio algo ahí

fuera, y no he podido quitarme esa sensación de encima.

—Marco.

—No lo sé. Posiblemente.

—Echaste la llave.

—Eché la llave. —Clara lo miró—. No soy descuidada, Graham.

—Sé que no lo eres. —Su voz era ronca. Miraba la puerta de la tienda cerrada como si pudiera ver la calle a través de ella—. No quiero que corras riesgos.

—No estoy corriendo riesgos. Regento una tienda. La gente entra. No puedo controlar quién entra, y no voy a dejar de abrir mi puerta porque un hombre al que nunca he visto pueda estar parado al otro lado de la calle.

Él sostuvo su mirada. Ella sostuvo la suya. Ella tenía razón. Él también la tenía. Un hecho no anulaba el otro.

—Se me ha ocurrido algo hoy —dijo Clara—. Mientras Lucia hablaba. Sobre Giuliana.

Graham esperó.

—Giuliana llevaba el pañuelo de Marco. Mantuvo las flores baratas de William Hale en agua sobre su tocador. Aceptó el dinero de Lord Beaumont y su mecenazgo y cualquier otra cosa que él ofreciera. —Clara hizo girar su taza entre las manos—. Cada hombre le daba algo que ella necesitaba, y ella mantenía a cada uno de ellos creyendo que él importaba.

La pluma se había quedado quieta en la mano de él.

—Eso no significa que mereciera lo que le pasó.

—No. Significa que cada hombre tenía motivos para sentirse utilizado. Y un hombre que se siente utilizado por una mujer que cree que le pertenece...

—... es un hombre con un móvil. —Graham se reclinó—. No estás mirando a los sospechosos.

—Estoy mirando a la víctima. Alguien tiene que hacerlo.

Casi no quedaba luz. Su rostro estaba medio en sombras, la línea de su mandíbula marcada contra la ventana que se oscurecía tras él. Guardó silencio un largo momento. Luego cerró la libreta; no para guardarla, sino dejándola plana sobre la mesa entre ambos, como si

lo que ella había dicho requiriera un tipo de pensamiento distinto al que las notas podían contener.

Se levantó y echó mano de su sombrero.

—Necesito encontrar a Marco Valenti. Antes de que él te encuentre a ti.

—Antes de que encuentre a Lucia. Ella es la que está asustada.

—Antes de que encuentre a cualquiera de las dos. —Se puso el sombrero y se detuvo ante la puerta—. Echa la llave tras de mí. Y, Clara...

—¿Sí?

—El gato tiene buenos instintos. Confía en el gato.

—A Marmalade le encantará saberlo. Lo añadiré a su lista de virtudes.

—Buenas noches, Clara.

—Buenas noches, Graham.

Ella cerró la puerta con llave. Los pasos de él se desvanecieron calle abajo.

Lavó las tazas, limpió la mesa y guardó el pan. La silla seguía echada demasiado hacia atrás porque sus piernas nunca cabían. La tienda olía a lana y a té y a algo bajo ambos que era simplemente Graham.

Desde la silla donde Lucia se había sentado aquella tarde, Marmalade saltó, se estiró y cruzó el suelo de la tienda. Olfateó a fondo las patas de la silla; una investigación completa, metódica y sin prisas. Dio una vuelta alrededor de ella. Luego volvió a saltar arriba, dio dos vueltas y se acomodó en el asiento con la solemnidad de un veredicto dictado.

En el mostrador, junto al mortero que ella había dejado esa mañana, una carta del tarot yacía boca arriba. La Reina de Copas.

Hizo girar la carta entre sus dedos. Marmalade la observaba desde la silla de Lucia, firme y sin parpadear.

El duelo de otras personas. Los secretos de otras personas.

—Abuela —dijo Clara a la tienda vacía—. ¿Qué intentas decirme?

Capítulo Seis

La puerta de artistas del Her Majesty's Theatre estaba desatendida.

Sin agentes esta vez. El callejón olía a caballo y a ladrillo húmedo, pero la luz del sol de abril alcanzaba los adoquines allí donde no lo había hecho en su anterior visita. La crisis se había desplazado. Clara oía martillazos desde el interior y voces alzadas en ese tono que indicaba que le estaban diciendo a alguien dónde tenía que ponerse.

Se acomodó la cesta en el brazo. Un frasco nuevo del remedio para la tos, pastillas de miel y tomillo, manzanilla y un tarro de caldo que había preparado esa misma mañana. La tienda estaba en manos de la señora Penfield; lo llevaba estando dos días, y la señora Penfield se había instalado por completo. Un cojín de punto de cruz en el taburete. Caramelos de menta en un plato de porcelana. El libro de contabilidad reorganizado. Incluso se había ganado a Marmalade, aunque Clara sospechaba que se debía al pescado ahumado más que al encanto personal.

Un portero corpulento y de rostro rubicundo salió al callejón y miró la cesta de Clara con desconfianza.

—Busco a la señorita Conti —dijo Clara—. Lucia Conti. La ayudante de cámara de la señorita Rossetti.

—¿A qué viene?

—He estado tratando su tos. Me gustaría ver cómo sigue.

Él frunció el ceño. —Conti no ha venido.

—¿Hoy?

—En dos días. —Se encogió de hombros—. No es asunto mío. Aunque el regidor ha estado preguntando por ella. Tiene obligaciones; el vestuario no se remienda solo.

—¿Está disponible el regidor? Me gustaría dejarle un recado para ella.

Hizo un gesto con la cabeza hacia el pasillo. —Por ahí. Pregunte a cualquiera.

Los pasillos de los bastidores estaban más concurridos que en la última visita de Clara: tramoyistas cargando decorados, un muchacho con un cubo de clavos, dos mujeres clasificando un perchero de vestuario. Cualquier pesadumbre que hubiera flotado en el aire la mañana después del asesinato había sido barrida junto con el polvo del escenario. Había una función que preparar. Siempre había una función que preparar.

Estaba a mitad del pasillo cuando una voz la detuvo.

—¿Perdida?

Clara se dio la vuelta. Una mujer estaba en el umbral de un camerino; de unos treinta y tantos años, morena, más que guapa era atractiva, y vestía un traje de día verde con la postura erguida de quien está acostumbrada a ser observada. Sostenía una taza de té y examinaba a Clara por encima del borde.

Edith Carr.

—No, no estoy perdida. Busco a la señorita Conti.

—La ayudante. —La boca de Edith se curvó—. Y ha venido usted desde tan lejos hasta Haymarket para entregar un jarabe para la tos. Qué dedicación.

—Estaba bastante mal cuando la vi por última vez. Me preocupa esa tos.

—Mmm. —Edith se apoyó contra el marco de la puerta—. Pues no la encontrará aquí. No ha dado señales de vida en dos días, lo cual es un inconveniente porque el vestuario no se remienda solo y tengo una función el sábado. —Bebió de su té—. Pero es que todo el lugar se ha desmoronado. Todo el mundo de un lado para otro con

cara de pena, como si ninguno hubiera considerado jamás que Giuliana Rossetti no fuera a vivir para siempre.

—Usted no parece apenada.

—No voy a fingir, señorita Wetherly. La vida es demasiado corta, algo con lo que Giuliana ahora estaría de acuerdo. Tenía talento. Nadie lo discute. Pero no era la santa que todo el mundo dice ahora. Era calculadora, era despiadada y, si te interponías en su camino, te clavaba un cuchillo en la espalda con una sonrisa.

Clara emitió un sonido de simpatía y no dijo nada. Edith no necesitaba que la animaran.

—Debería saberlo yo. Dos años he estado cantando en el coro detrás de esa mujer, y cada vez que mi nombre surgía para un papel principal... nada. De algún modo la dirección siempre oía algo desalentador. De parte de alguien. —Hizo una pausa—. Y no deje que esa ayudante suya la engañe con ese numerito de sirvienta desconsolada. Esas dos estaban a la greña la mitad del tiempo. Gritándose en italiano... el día antes de morir se estaban peleando tan fuerte que el regidor casi las echa a las dos.

—¿Por qué se peleaban?

—Quién sabe. Era italiano, era ruidoso y era constante. —Edith se encogió de hombros—. Aquí todos piensan que fue ese tal Marco, el que la seguía a todas partes. Pero si me pregunta a mí, yo buscaría bastante más cerca de casa. —Tomó un sorbo de té—. Pero qué sé yo. Ni siquiera estaba aquí cuando ocurrió.

Clara no dijo nada. Había visto a Edith Carr en el pasillo la noche del asesinato. De pie al fondo. Con los brazos cruzados. Observando.

—¿Sabe dónde vive la señorita Conti? —preguntó Clara—. Me gustaría ir a ver cómo está.

—Ni la más remota idea. Pero Carmine lo sabrá. —Señaló con la cabeza hacia el escenario—. El tramoyista. Un chico moreno, siempre está entre cajas.

—¿Por qué lo sabría él?

Edith la miró por encima del borde de su taza. —Puede que no me fije en mucho, señorita Wetherly, pero tengo ojos. Pregúntele a Carmine.

Se retiró al camerino y cerró la puerta.

Clara encontró las alas del escenario. Los tramoyistas movían el decorado; grandes paneles pintados que cargaban con una coordinación experta. Un joven estaba enrollando cuerda cerca del pupitre del regidor; moreno, de unos veinte años, delgado de cargar contrapesos.

—¿Carmine?

Él levantó la vista. —¿Quién pregunta?

—He estado tratando la tos de la señorita Conti. —Levantó la cesta—. Me han dicho que no ha venido.

—Es usted la mujer de los remedios. —Sus manos se detuvieron un poco sobre la cuerda—. Ella me habló de usted.

—Terrible asunto lo de la señorita Rossetti. Todos deben de estar conmocionados.

—Ha sido duro. —Volvió a enrollar la cuerda—. Nadie sabe qué pensar.

—Me lo imagino. ¿Se sabe ya quién...? He oído decir que fue un italiano. ¿Marco?

—Eso es lo que todos piensan. Siempre estaba merodeando por aquí. —La cuerda pasaba por sus manos, vuelta tras vuelta—. Tiene sentido, ¿no?

—Qué espanto. ¿Lo vio usted esa noche? Me refiero en los bastidores; debía de haber muchísima gente.

Dejó de enrollar. El color le subió por el cuello. —No. Yo estaba en otra parte del teatro.

Clara dejó que el silencio se prolongara un instante y luego continuó.

—¿Ha visto a Lucia recientemente?

—Anteayer. —Sus manos se quedaron quietas sobre el cabo suelto—. Pasó por aquí después de... no sé dónde había estado. Parecía alterada.

El día que Lucia había ido a la tienda de Clara. El mismo día.

—¿Y desde entonces?

Él negó con la cabeza.

—¿Sabe dónde vive? Esa tos era mala cuando la vi por última vez y me gustaría ver cómo está.

Algo cambió en su rostro. La cautela desapareció y lo que quedó debajo fue preocupación: simple, aguda, sin protecciones.

—Drury Lane —dijo él—. La pensión de la señora Garetti. Tercer piso.

Lo dijo rápido, de la forma en que alguien da unas señas en las que no necesita pensar.

—Dígale... —Se detuvo. Tragó saliva—. Solo asegúrese de que se tome la medicina.

Clara volvió por los pasillos, pasó por delante del perchero del vestuario, del chico de los clavos y del corpulento portero, que apenas la miró. El sol de la tarde pegaba con fuerza en el callejón.

Dos días. Nadie la había visto. Nadie había sabido de ella.

No deseo ser la siguiente, señorita Wetherly.

Si Marco le había hecho algo a Lucia... si él había vuelto a ese alojamiento y Clara se había pasado dos días esperando sentada tras su mostrador...

Clara se dirigió hacia Drury Lane y se apresuró.

La pensión de la señora Garetti era un edificio estrecho encajado entre una cerería y una taberna, con la fachada de ladrillo oscurecida por el hollín y el escalón de la entrada frotado hasta quedar blanco. Un cartel pintado a mano en la ventana decía: *Habitaciones para damas respetables. No se admiten visitas después de las nueve.*

La puerta la abrió una mujer robusta con un vestido gris, un delantal atado bajo el pecho y una cara que sugería que había oído todas las excusas posibles, que no se creía ninguna y que estaba lista para la de Clara.

—¿La señora Garetti?

—¿Quién la busca?

—Mi nombre es Clara Wetherly. Busco a la señorita Conti, Lucia Conti. He estado tratando su tos.

La señora Garetti miró la cesta. Su expresión cambió; no fue calidez, sino interés práctico.

—Tercer piso. Al final del pasillo. No ha bajado en dos días. Ayer mandé a la chica con caldo y no quiso ni probarlo. —Se hizo a un lado—. Si puede hacer algo con esa tos, se lo agradecería. Las otras inquilinas se quejan.

La escalera era estrecha y empinada, con el pasamanos desgastado y suave tras años de manos. La casa olía a col hervida y sebo y, bajo ambos olores, algo ligeramente floral: lavanda, quizá, o rosas secas. Alojamientos de gente de teatro. Había trajes colgados de una barandilla en el primer rellano. Un cartel de teatro estaba clavado en la pared junto a una puerta en el segundo piso. Tras otra puerta, alguien practicaba escalas... mal.

La habitación de Lucia estaba al fondo del pasillo del tercer piso. Clara llamó.

Nada.

—Lucia. Es Clara Wetherly.

Se oyó un sonido desde el interior; un movimiento lento y reacio. La puerta se abrió una rendija. Un ojo, enrojecido, asomó.

—Señorita Wetherley. —Su voz era un rascquido—. Cómo ha...

—¿Puedo entrar?

La puerta se abrió. La habitación era pequeña: una cama, una silla, un lavabo y una ventana que daba a la parte trasera de otros edificios. La ropa de cama estaba revuelta. Una taza de caldo enfriándose reposaba intacta en el lavabo, con una película formada en la superficie. El chal —el mismo de siempre, que seguía sin abrigar lo suficiente— envolvía los hombros de Lucia. Parecía más pequeña de lo que se veía en la tienda de Clara.

Le dio un ataque de tos antes de que pudiera hablar; una tos profunda, con estertores, húmeda. Se encorvó por el esfuerzo, apoyada con una mano en el marco de la cama, y Clara oyó lo que necesitaba oír. La congestión se había asentado más abajo. Si dejaba pasar más tiempo, se le pasaría a los pulmones.

—Siéntese —dijo Clara—. En la cama. No hable.

Dejó la cesta en la silla y se puso a trabajar. El remedio para la tos que Lucia se había llevado de la tienda estaba en el lavabo, medio vacío, lo que significaba que lo había estado tomando, pero no era suficiente. No para esto.

Clara desempaquetó lo que traía. Localizó la taza de caldo frío y la apartó. Necesitaba agua caliente. No había ninguna tetera en la habitación.

—¿Hay cocina? ¿Algún sitio donde pueda hervir agua?

—Abajo —susurró Lucia—. La señora Garetti...

—Quédese aquí.

Bajó a la cocina. La señora Garetti estaba allí, pelando patatas con la brutal eficiencia que da la larga práctica.

—Necesito agua caliente —dijo Clara—. Y un paño limpio, si tiene uno.

La señora Garetti puso la tetera al fuego sin rechistar. Mientras se calentaba, Clara midió las cantidades de los paquetes de su cesta: orégano seco, una cantidad generosa, y un fardo de raíz de malvavisco seca. El orégano aflojaría la congestión; era un expectorante mejor que el tomillo para una tos así de profunda, lo bastante fuerte como para romper lo que se había asentado en el pecho. La raíz de malvavisco recubriría la garganta y aliviaría la inflamación que hacía que cada golpe de tos desgarrara el tejido en carne viva.

—¿Está mal la chica? —preguntó la señora Garetti.

—La tos se le ha ido al pecho. Prepararé una infusión; orégano y raíz de malvavisco reposando juntos. Tiene que beberlo caliente, tres veces al día, y respirar el vapor antes de beber. El vapor es tan importante como la infusión.

—Yo me encargaré de eso. —La señora Garetti sacó una taza limpia—. No quiere comer.

—Lo hará cuando la tos remita. Las náuseas vienen de tragar lo que sus pulmones intentan expulsar. Una vez que la congestión se rompa, el apetito volverá.

La señora Garetti asintió.

—Pobre chica —dijo la señora Garetti—. Primero aquel asunto con la señorita Rossetti, ahora esta tos. Compartían la habitación en la que está ahora, sabe usted... la señorita Conti y la señorita Rossetti. Dos chicas italianas, casi ni una palabra de inglés entre las dos cuando llegaron. —Algo cruzó su rostro—. Luego la señorita

Rossetti se buscó unas habitaciones mejores. Un lugar más adecuado para una estrella en ascenso, supongo.

La tetera cantó. Clara vertió el agua sobre las hierbas, las dejó reposar y subió la taza con el paño sobre el brazo.

Lucia estaba donde la había dejado: sentada al borde de la cama, con las manos aferradas al chal. La habitación estaba fría. No había fuego en la chimenea.

—Inclínese hacia delante —dijo Clara. Colocó el paño sobre la cabeza de Lucia y sostuvo la taza debajo—. Respire. Despacio. Por la nariz primero, luego por la boca.

Lucia respiró. El vapor subía envolviéndole el rostro, cargado con el penetrante aroma herbáceo del orégano. Tosió; con fuerza al principio, una tos productiva, que era lo que Clara quería. La congestión se estaba soltando. Al cabo de unos minutos, la tos remitió y la respiración de Lucia dejó de sonar como algo que se desgarra.

—Ahora beba —dijo Clara—. Sorbitos pequeños. No sabrá muy bien.

Lucia bebió. Se le contrajo el rostro ante el amargor; la raíz de malvavisco era algo viscosa y ligeramente dulce, pero el orégano en infusión fuerte no era un sabor amable.

—Todo —dijo Clara.

—Es usted una tirana, señorita Wetherley.

—Ya me lo han dicho. —Clara tomó la taza vacía—. La señora Garetti le preparará esto tres veces al día. Se lo beberá. Comerá lo que ella le traiga. Y cuando la tos desaparezca, podrá volver al trabajo.

Lucia se ciñó el chal. —No hay razón para volver. No queda nadie a quien vestir.

—Hay una compañía que necesita remiendos en el vestuario y un regidor preguntando por usted.

—No puedo volver a ese sitio. —La voz de Lucia bajó de tono—. No ahora. No después de... —Se detuvo.

Clara esperó. Lucia no terminó la frase.

—¿Ha vuelto Marco?

—No. —Los ojos de Lucia se desplazaron hacia la ventana—. No ha venido nadie.

Clara guardó sus cosas en la cesta. Dejó los paquetes restantes de orégano y raíz de malvavisco en el lavabo con las instrucciones escritas en el papel de envolver: *dejar reposar en agua caliente, diez minutos, respirar el vapor, beber caliente, tres veces al día*, por si Lucia no se acordaba y para que la señora Garetti pudiera leerlas.

—Volveré mañana —dijo Clara—. Si necesita algo antes de entonces, mande recado a Hawthorne y Wetherly, en Bloomsbury. La señora Penfield sabrá dónde encontrarme.

Lucia la miró. Esa misma mirada larga de la tienda, la que guardaba cosas que no podía decir.

—¿Por qué hace esto?

—Porque tiene usted tos y yo fabrico remedios. No tiene mayor complicación.

Dejó la puerta entreabierta. En la escalera se cruzó con una mujer joven que llevaba un cesto de costura; de ojos oscuros, italiana, que saludó a Clara con la cabeza y miró hacia la habitación de Lucia con la resignada familiaridad de una vecina que había estado escuchando esa tos a través de las paredes.

La señora Garetti estaba en el recibidor, al pie de la escalera. Tenía la mano en el pasamanos y lo apretaba con los nudillos blancos y los dedos hinchados por las articulaciones. Vio a Clara mirar y soltó la mano.

—No es nada —dijo—. Manos viejas.

—No parece que no sea nada. —Clara dejó la cesta en el suelo—. Preparo un ungüento de consuelda y cera de abeja, con un poco de alcanfor. No curará lo que tiene, pero aliviará el dolor. Le traeré un poco cuando venga mañana.

La señora Garetti la miró con la expresión de una mujer a la que le han ofrecido muchas cosas y se ha creído pocas. —No le diré que no.

—Mañana, pues —dijo Clara—. Haga que siga bebiendo la infusión. Y manténgala abrigada; esa habitación necesita fuego.

—El fuego cuesta dinero, señorita Wetherly.

Clara metió la mano en su abrigo y dejó unas monedas en la mesa del pasillo. —Para el carbón.

Capítulo Siete

OTRAS OBSERVACIONES DE MARMALADE

En el que mi humana descuida su desayuno y las prioridades de alguien requieren una corrección.

No había comido.

Llevaba supervisándola desde el alba —es mi deber, no mi preferencia, aunque ambos suelen coincidir— y lo único que ha pasado por sus labios han sido tres tazas de té. Flojo. Mal planificado. Preparado con la mano distraída de alguien que tiene la mente en otro lugar. La tostada que ha puesto a las siete todavía sigue junto al fogón, fría, intacta. Había sacado la mantequilla. También se ha olvidado de la mantequilla.

He tomado mi desayuno a la hora correspondiente. Alguien en este hogar mantiene los estándares.

La tienda lleva abierta cuarenta minutos. Sin clientes. Ha sido una suerte, porque mi humana no está tras el mostrador, que es donde le corresponde. Está arriba, en la mesa del cuarto de estar, rodeada de papeles.

Listas. Ha estado haciendo listas. Listas de nombres, listas de preguntas, listas con flechas trazadas entre ellos con una caligrafía que sugiere que piensa más rápido de lo que puede escribir. Varias han sido tachadas y reescritas. Una ha sido arrugada y vuelta a alisar, lo que me indica que la ha tirado y luego se lo ha pensado

mejor. He observado este comportamiento en ella anteriormente y lo encuentro tanto admirable como agotador.

El libro está abierto de nuevo.

The Gilded Leaf. El libro de la humana fantasma; ese que huele a cuero viejo, a rosas secas y a algo por debajo de ambos que no termina de estar ahí. Mi humana lo ha estado consultando a horas intempestivas. A las dos de esta madrugada, con la vela encendida, pasando las páginas despacio. Yo supervisaba desde el pie de la cama. Ella no se dio cuenta. No se da cuenta de mucho últimamente.

Esto es preocupante.

No porque yo requiera su atención —soy perfectamente autosuficiente y lo he sido desde que tenía seis semanas—, sino porque una humana que se olvida de comer es una humana que ha dejado de prestar la debida atención a las prioridades. Y las prioridades, en este hogar, empiezan por el desayuno.

La campana sonó a las diez y media.

Para entonces Clara ya estaba tras el mostrador, reorganizando el orégano seco; una tarea que no requería pensamiento ni atención, motivo por el cual la había elegido. Sus manos necesitaban ocupación mientras su mente daba vueltas a lo que sabía y a lo que no, y el abismo entre ambas cosas se ensanchaba por momentos.

Hacía veinte minutos que había bajado y se había encontrado dos tazas de té sobre el mostrador. La suya —la azul con el pequeño desconchón que no quería cambiar porque se la había regalado su abuela— y la sencilla. La de Graham. La que residía en el segundo estante y solo bajaba cuando se le esperaba.

Ella no la había puesto allí. Estaba segura. Había estado arriba toda la mañana con sus listas, su libro y su tostada fría. El olor a lavanda era intenso cuando llegó al pie de la escalera; no los ramilletes secos que colgaban de las vigas, sino el otro tipo, el que no tenía fuente ni explicación y aparecía cuando Genevieve tenía opiniones que dar.

Su abuela había estado inquieta toda la semana. Los objetos habían migrado: el mortero al alféizar de la ventana, un tarro de manzanilla del segundo estante al mostrador, la pluma buena de Clara apareciendo en mitad de una lista que había abandonado, colocada allí con lo que parecía un énfasis deliberado. El cuarto de estar olía a lavanda y cedro. La tienda olía a lavanda y hierbas. Incluso el descansillo lo tenía, tenue pero inconfundible, y el descansillo no solía oler a nada en absoluto.

El aire en la tienda se notaba pesado. Genevieve intentaba decir algo y no encontraba las palabras. O bien las había encontrado y Clara no la escuchaba.

La taza de té estaba sobre el mostrador. Esperando.

Clara no se lo había cuestionado. Había puesto el hervidor al fuego.

Reconoció sus pasos antes de que se abriera la puerta. Compasados, deliberados... salvo hoy. Hoy eran rápidos, pesados, con las botas golpeando el umbral con una fuerza que nada tenía que ver con la lluvia.

Graham cruzó la puerta y ella se enderezó sin pretenderlo. Sus manos se detuvieron sobre el tarro de orégano.

Su abrigo estaba húmedo. Se quitó el sombrero y lo dejó en el mostrador junto a The Gilded Leaf, que ella había bajado después de alimentar a Marmalade, y no se sentó.

—¿Qué ha pasado?

—Los abogados de Beaumont han presentado una queja formal ante el Comisario —su voz era plana. Inexpresiva. El tono que usaba cuando la rabia no tenía por dónde salir—. Acoso. Conducta inapropiada. Extralimitación de autoridad. Quieren apartarme del caso.

Clara dejó el orégano y esperó.

—Sabía que me pondrían trabas. Lo esperaba —se dirigió a la silla, su silla, la que ella nunca arrimaba a la mesa porque no le cabían las piernas y él solo volvería a sacarla, y se sentó—. Pero esto no es ponerme trabas. Esto es una queja en el despacho del Comisario con el nombre de un par del reino, y mi superintendente

ya me ha preguntado —amablemente, muy amablemente— si podría considerar dirigir mi atención a otra parte.

El músculo de su mandíbula se tensó.

—¿Y lo harás?

—Le he dicho que tengo cinco sospechosos y una mujer asesinada, y ninguna intención de dirigir mi atención a ninguna otra parte.

—¿Cómo se lo ha tomado?

—Amablemente. Muy amablemente —lo soltó como si fuera una hoja afilada—. No tienen por qué detenerme por completo, Clara. Solo tienen que ponérmelo lo bastante difícil, durante el tiempo suficiente, y al final el caso se enfriará, todo el mundo pasará página y Beaumont volverá a su club.

Ella cogió su taza y sirvió el té. Se la puso delante sin comentarios. Él la rodeó con ambas manos y ella se sentó frente a él.

—Crees que fue Beaumont —dijo ella.

—Creo que un hombre que lanza copas en su club y envía abogados al Comisario tiene algo más que proteger que su propio duelo.

—No es lo mismo.

—No —bebió—. No lo es. Pero los demás... Marco ha desaparecido, Hale está colaborando, Edith Carr no para de hablar. Beaumont es el único que intenta dar carpetazo a esto.

—Hale está colaborando —repitió Clara—. Lo has dicho como si eso zanjara el asunto.

—No zanja nada. Significa que responde a mis preguntas cuando se lo pido, que es más de lo que puedo decir de cualquier otro en este caso.

—Estaba a cinco minutos de su camerino durante el segundo acto. Conocía cada pasillo entre bastidores. Estaba enamorado de una mujer que guardaba sus flores baratas en agua y que probablemente nunca se fijó en él dos veces —Clara pensó en el joven rubio del pasillo: los ojos rojos, la voz quebrada. *Estaba escribiendo algo para ella*—. Un hombre que colabora también puede ser un hombre que no tiene nada que perder.

—No lo he descartado.

—Bien.

—Lo cual podría significar culpabilidad. O podría significar que es un conde protegiendo su apellido; los condes siempre lo hacen —hizo una pausa—. Pero eso no es lo que me preocupa.

—¿Qué te preocupa?

—Él quería que encontraras al culpable. Aquella noche en el teatro... su voz, su cara cuando llegó al camerino... ese era un hombre que quería respuestas. Ahora envía abogados para asegurarse de que dejes de preguntar —Clara hizo girar la taza entre sus manos—. ¿Qué ha cambiado?

Graham guardó silencio. Aquello había dado en el clavo.

—La gente no pasa de exigir justicia a bloquear la investigación. No sin un motivo —le miró—. ¿Qué sabe Beaumont ahora que no supiera aquella noche?

—No lo sé. No puedo acercarme a él para preguntarle.

Clara sacó la lista de debajo de The Gilded Leaf y la puso sobre la mesa entre ambos. Nombres, conectados por flechas. Preguntas en los márgenes. Hilos de los que llevaba días tirando.

—Fui a la casa de huéspedes de Lucia. Antes de ayer.

Graham levantó la vista de la taza—. Fuiste a Drury Lane.

—Primero fui al teatro. Lucia no había ido en dos días. Un tramoyista, Carmine, me dio su dirección —empujó la lista para que él pudiera verla—. Se la sabía sin dudarlo. La dijo como quien da indicaciones para un sitio en el que ha estado muchas veces.

Graham dejó la taza.

—Y Carmine no quiere decir dónde estaba en el momento del asesinato —continuó Clara—. Se puso rojo. Cambió de tema. No me sostenía la mirada. No estaba entre cajas, Graham. Estaba en otra parte, y fuera donde fuese, no quiere que nadie lo sepa.

—Crees que estaban juntos.

—Y está esto. Edith Carr me dijo que Lucia y Giuliana tuvieron una bronca tremenda el día antes del asesinato. En italiano, lo bastante fuerte como para que el director de escena casi las echara a las dos.

La pluma de Graham se detuvo.

—Y cuando le pregunté a Edith por qué se peleaban, no lo sabía. Nadie lo sabía; era en italiano, a gritos, y nadie entendía ni palabra —Clara miró su lista—. No le pregunté a Lucia sobre ello. Estaba enferma y asustada, y no quise presionar. Pero le he estado dando vueltas desde entonces.

—El día antes —la voz de Graham se volvió cautelosa—. La asistenta personal tuvo una violenta discusión con la víctima el día antes del crimen. Se suponía que debía estar en ese camerino tras la representación y no estaba. No quiere decir dónde se encontraba. No quiere decir por qué llegó tarde. Y un tramoyista, Carmine, que se sabe su dirección de memoria, tampoco puede justificar su tiempo —levantó la vista—. Cuéntame sobre Carmine.

—Joven. Trabaja entre cajas. Se puso rojo cuando le pregunté dónde estaba durante el asesinato. No quiso responder —Clara pensó en la preocupación en el rostro de Carmine cuando le había preguntado por Lucia; franca, desprotegida. Pero también pensó en la voz de Lucia en la tienda, aquel deje amargo: *pretendía dejarlo todo atrás, incluida a mí*—. Todo el mundo entre bastidores conocía a Giuliana. Aún no sé qué relación tenía Carmine con ella.

Graham anotó—. Así que tengo a una asistenta que se peleó con la víctima, encontró el cadáver, no puede justificar su tiempo y vino a tu tienda señalando con el dedo a otro hombre. Un tramoyista que no quiere decir dónde estaba. Ambos mintiendo sobre la misma hora —dejó la pluma—. Viniste a buscarme con Marco y la bufanda. Ahora me traes a otras dos personas con secretos y sin coartada. Esto no se está volviendo más sencillo, Clara.

—Lo sé.

—Y sigues obsesionada con Beaumont —dijo ella.

—Beaumont es el único que intenta detener esto. Los demás mienten, se esconden, evaden... pero ninguno ha acudido al Comisario para que deje de hacer preguntas.

Se sostuvieron la mirada a través de la mesa. La tienda estaba en silencio: el tictac del reloj, la lluvia contra el escaparate y, desde algún lugar cerca del suelo, un ronroneo bajo.

Graham había bajado la mano sin pensarlo. Su mano colgaba junto a la silla, con los dedos moviéndose bajo la barbilla de

Marmalade. El gato había aparecido; en un momento ausente, al siguiente apretado contra los nudillos de Graham, con los ojos entrecerrados y el motor en marcha.

Graham no se dio cuenta. Sus dedos encontraron el hueco tras la oreja izquierda, la presión exacta, como siempre hacía ahora. ¿Cuándo había empezado eso? ¿Cuándo había aprendido dónde quería Marmalade que le acariciaran?

El gato ronroneó más fuerte. Graham relajó los hombros.

Clara apartó la vista. Miró la taza de té, la lluvia, el orégano seco que había abandonado en el mostrador. Miró cualquier cosa menos al hombre que rascaba la barbilla de su gato como si perteneciera a esa tienda, a esa silla, a su vida.

Sirvió más té. Sus manos estaban firmes. Se aferró a eso.

—No voy a rendirme con Beaumont —dijo Graham. Su mano seguía sobre el gato. Su voz había perdido la aspereza—. Pero echaré un vistazo a tu asistenta y a su tramoyista. En condiciones, esta vez —hizo una pausa—. Y a Marco.

El nombre sonó distinto a los demás. Más pesado.

—¿Has encontrado algo nuevo?

—Nada. Ese es el problema —Graham retiró la mano de Marmalade y se inclinó hacia delante—. He tenido agentes en cada casa de huéspedes de Clerkenwell y Hatton Garden. Nadie le ha visto. Nadie admite conocerle. O bien se ha ido de Londres o se ha ocultado bajo tierra, y un hombre que le dio a la víctima la bufanda que la mató, que la siguió desde Milán a Londres, que fue visto en la puerta de su camerino esa noche... —se detuvo. Se frotó la cara con ambas manos—. Debería estar bajo custodia, Clara. Debería haber estado bajo custodia hace tres días.

—Y si lo hizo él... si Marco la mató... ¿por qué intenta Beaumont detenerte?

Graham la miró—. Eso es lo que no me deja dormir. Si Marco lo hizo, Beaumont no tiene motivos para ponerme trabas. Debería querer que atraparan al hombre. Debería estar exigiéndolo —se recostó—. Y si Beaumont lo hizo, entonces la desaparición de Marco es una coincidencia, y yo no creo en las coincidencias, y nada de esto tiene maldito sentido.

Llevaba días dándole vueltas. Podía oírlo en su voz.

—Y mientras persigo a ambos —dijo Graham, ahora más bajo—, Marco ha estado en el alojamiento de Lucia haciendo preguntas sobre ti.

Clara le sostuvo la mirada. No apartaría la vista de aquello: el miedo bajo las palabras profesionales, claro como la luz del día y con la misma dificultad para sostenerlo.

—Soy cuidadosa, Graham.

—Sé que lo eres. No es suficiente —se levantó. Cogió su sombrero—. Voy a poner a un agente en esta calle. No me lo discutas.

—No iba a hacerlo.

Eso le detuvo. La miró, sorprendido, escrutándola, como si se hubiera preparado para una pelea y no supiera qué hacer ante su conformidad.

—La asistenta —dijo tras un momento—. Tienes razón en que esconde algo. Pero Beaumont también. Y Marco anda por ahí en algún lado, y hasta que lo encuentre, necesito que cierres con llave y que confíes en ese gato.

—No descartes a los demás solo porque Beaumont y Marco te pongan furioso.

La comisura de su boca se contrajo—. Buenas noches, Clara.

—Son las once y media de la mañana.

—Parece más tarde.

Se puso el sombrero y se marchó.

La puerta se cerró tras él. Clara se quedó un momento escuchando cómo sus pasos se alejaban por la calle mojada, y luego se encaró con la tienda vacía.

Marmalade había reclamado el mostrador. Con las patas recogidas. La cola enroscada. Observándola: sereno, sin pestañear, sumamente inútil.

—Ni se te ocurra —dijo ella.

El gato parpadeó lentamente.

Lavó las tazas. Cogió la de él —la sencilla, la que aún no podía recordar haber puesto en el mostrador— y le dio vueltas en sus

manos un momento antes de devolverla al estante. Al segundo estante. Donde residía. Donde esperaba.

El olor a lavanda se desvaneció. Las rosas surgieron bajo él; cálidas y fugaces. Ella hizo una pausa, con la mano todavía en el estante.

—Abuela —dijo a la tienda vacía—. ¿Qué intentas decirme?

Las rosas también se desvanecieron. La tienda volvió a ser solo una tienda.

Subió las escaleras.

El cuarto de estar estaba como lo había dejado: listas extendidas por la mesa, tinta secándose en los márgenes, la ausencia de The Gilded Leaf como un hueco conspicuo. Pero una ramita seca de romero —del adorno de la repisa de la chimenea— yacía sobre la lista más cercana. No estaba allí cuando bajó.

Clara la recogió. Le dio vueltas entre los dedos. Romero. Recuerdo.

Miró la lista debajo de donde había caído la rama. Nombres, flechas y preguntas: Beaumont, Marco, Lucia, Carmine, Edith Carr. Todos examinados. Todos tenidos en cuenta.

Se sentó. Se quedó mirando los nombres hasta que le dolieron los ojos.

Se le escapaba algo. Podía sentirlo como se siente una corriente de aire en una habitación cerrada: presente, sin origen, fría.

El romero estaba en la mesa, junto a ella. No le había preguntado a Lucia sobre la pelea. Había sido amable, cuidadosa y paciente, y se había dejado la pregunta más difícil por hacer.

Mañana no sería tan amable.

Capítulo Ocho

Clara llevaba despierta desde las cuatro, preparando ungüento de consuelda y ensayando la pregunta que pensaba hacerle a Lucia Conti.

Le había pedido a la señora Penfield que se encargara de la tienda a las nueve. La señora Penfield había llegado a las ocho y media con galletas de mantequilla, un cojín nuevo para el taburete y opiniones sobre la exposición de manzanilla seca de Clara, que consideraba «desordenada». Marmalade se había presentado para recibir su tributo. Apareció el pescado ahumado. La alianza se mantenía.

A las diez, Clara estaba en Drury Lane.

La señora Garetti abrió la puerta antes de que ella llamara; la mujer tenía el instinto de un centinela y un rostro a juego.

—Está levantada —dijo la señora Garetti—. Tomando el té. Esta mañana se ha comido medio panecillo, que es más de lo que ha conseguido en toda la semana. —Miró el tarro que Clara llevaba en la mano—. ¿Es el ungüento?

—Consuelda y cera de abeja. Aplíqueselo en las articulaciones mañana y noche. No curará su dolencia, pero el dolor debería aliviarse.

La señora Garetti cogió el tarro. Sus dedos se cerraron sobre él con cuidado —aquellos dedos hinchados y doloridos— y por un momento su rostro mostró algo que Clara no había visto antes.

Gratitud, ofrecida a regañadientes, como si a la mujer le molestara necesitarla.

—Ha estado preguntando por usted —dijo la señora Garetti—. Desde ayer. No ha querido decir para qué.

Clara subió las escaleras.

La habitación estaba más cálida. Alguien —la señora Garetti o la vecina del costurero— había encendido el fuego en la chimenea, y el carbón que Clara había pagado estaba surtiendo efecto. La ventana estaba abierta apenas un dedo. Aire fresco y humo de carbón. La taza sobre el lavabo estaba vacía, lo que significaba que la infusión de orégano estaba surtiendo efecto. El caldo de ayer también se había acabado.

Lucia estaba sentada en la silla junto a la ventana, vestida. No con el abrigo de tramoyista y el chal fino, sino con un vestido de verdad, de lana oscura, y el pelo recogido con horquillas. Parecía una mujer que hubiera decidido volver a ser una persona, aunque la decisión le estuviera costando cara.

La tos seguía ahí. Clara la oyó nada más cruzar la puerta: un estertor al exhalar, profundo pero menos seco que antes. La congestión estaba remitiendo. Unos días más.

—Tiene mejor aspecto —dijo Clara. Dejó su cesta en la cama y empezó a desempaquetar: un paquete fresco de orégano, raíz de malvavisco, un tarrito de miel, pan y queso envueltos en una tela.

—Me siento fatal. Pero menos fatal que ayer, así que... —La boca de Lucia se movió. No llegó a ser una sonrisa—. Gracias. Por el fuego. Me lo ha dicho la señora Garetti.

—Las manos de la señora Garetti están peor de lo que ella admite. El ungüento debería ayudarla. —Clara desenvolvió el pan y lo puso sobre el lavabo—. Coma.

Lucia comió. Despacio, del mismo modo que lo había hecho en la tienda de Clara: bocado a bocado, con largas pausas, como si se le hubiera olvidado cómo hacerlo. Clara la dejó. Se entretuvo comprobando las reservas de orégano, midiendo lo que quedaba, escribiendo nuevas instrucciones en una nota de papel. No se sentó. No sacó la lista.

Todavía no.

—La señora Garetti ha dicho que había estado preguntando por mí —comentó Clara. Mantuvo un tono de voz ligero—. ¿Es por la tos?

—No. —Lucia dejó el pan. Sus manos fueron a parar a su regazo. El viejo gesto: los dedos entrelazados, los nudillos blanqueando—. He estado pensando. Desde la última vez que estuvo aquí. En cosas que debería haberle contado.

Clara acercó la silla que estaba junto a la cama y se sentó frente a ella. Lo bastante cerca para verle la cara. No tanto como para que no pudiera respirar.

—Cuénteme, entonces.

Lucia miró hacia la ventana. La gris luz de Londres caía sobre su rostro y, por un momento, pareció mucho mayor de lo que era.

—El inspector me preguntó dónde estaba durante el asesinato. Usted también me lo preguntó. A ambos les dije lo mismo: que estaba en el pasillo, cerca del camerino común. Esperando.

—Sí.

—No era verdad.

Clara no dijo nada. Ya lo sabía. Lo sabía desde la noche del asesinato, desde aquel «debería haber llegado antes» y las manos que se tensaban y las frases que se cortaban. Pero saberlo y oírlo eran cosas distintas.

—Estaba en el almacén de utilería —dijo Lucia—. Bajo el escenario. Con Carmine.

—El tramoyista.

—Sí. —La voz de Lucia se había vuelto plana. No precavida, sino resignada—. Estábamos discutiendo. No por el teatro. Ni por el trabajo. —Se detuvo. Respiró. La tos raleó pero no estalló—. Por Giuliana.

Clara esperó. El fuego chisporroteó. Desde algún lugar por debajo de ellas, empezaron a sonar las escalas de la vecina: ascendentes, inciertas, rompiéndose en las notas agudas.

—Carmine y yo... —Lucia apretó los labios—. Durante cinco meses. Desde antes de Navidad. Él es... era... mío. Lo único bueno en esta ciudad que no tenía nada que ver con Giuliana, nada que ver con el teatro, nada que ver con nada de eso. Era solo para mí.

El tiempo pasado. Clara reparó en ello.

—Dos días antes del asesinato, fui a devolver una pieza de vestuario al almacén de utilería y encontré... —Se detuvo de nuevo. Se le tensó la mandíbula—. Encontré una media. Detrás del biombo. De seda. No era mía. Sabía de quién era. Todo el mundo en el teatro habría sabido de quién era. Giuliana usaba medias de seda; un regalo de Lord Beaumont, decía ella, como si eso lo hiciera encantador en lugar de... —Se le entrecortó el aliento—. Me enfrenté a Carmine. Él lo negó. Mal. Y luego dejó de negarlo.

—Esa fue la pelea —dijo Clara—. La riña a gritos el día antes del asesinato. En italiano.

Lucia la miró bruscamente. —¿Sabe de eso?

—Me lo contó Edith Carr. Dijo que Giuliana y usted estaban gritando lo suficientemente fuerte como para que el director de escena las oyera. No sabía de qué se trataba; nadie lo sabía, era en italiano.

—No fue con Carmine. Esa pelea fue con Giuliana. —La monotonía se quebró y algo crudo asomó a través de ella—. Fui a su camerino. Le pregunté... le pregunté cómo podía hacerme esto. Cómo podía quitármelo. Tenía a Lord Beaumont. Tenía a Marco enviándole cartas y esperándola en los umbrales. Tenía a William Hale escribiendo música para ella y trayéndole flores todas las semanas. Tenía a todos los hombres de aquel teatro y a la mitad de los hombres de Londres, y no podía dejarme a mí ni uno solo. Uno, Miss Wetherly. Una persona que no fuera suya.

A Lucia le temblaban las manos. Las apretó con fuerza contra sus muslos.

—¿Y qué dijo ella?

—Se rió. —La palabra salió como algo dicho entre dientes—. Se rió y dijo: «Lucia, querida, yo no te lo quité. Él vino a mí». Como si eso lo explicara todo. Como si la distinción importara.

Las escalas del piso inferior cesaron. Silencio; luego empezaron de nuevo desde el principio.

—No podía evitarlo. —La voz de Lucia bajó de volumen—. Eso es lo que me dije a mí misma durante dos años. No podía evitarlo: los hombres, los regalos, la atención. Lo necesitaba igual que otras

personas necesitan el aire. No porque fuera cruel. Sino porque estaba hambrienta; siempre hambrienta de todo ello. Era una mujer que venía de la nada y necesitaba saber, cada día, que era deseada. Que todo el mundo la deseaba. Que, si perdía a uno, todavía le quedarían tres más. —Lucia miró a Clara—. Yo la quería. Era amable conmigo. Me enseñó inglés. Compartió su habitación cuando yo no tenía nada. Y me quitó la única cosa que era mía y se rió de ello.

Clara asimiló aquello. La ira era real; no era una actuación, no estaba fingida, no era el discurso de una sirvienta leal. Esta era Lucia al desnudo. Una mujer traicionada por la persona a la que más quería, cargando con ello a solas durante días.

—La noche del asesinato —dijo Clara—, estaba usted en el almacén de utilería con Carmine.

—Discutiendo. Por lo que yo había encontrado. Por la media. Por todo. Debería haber estado en el camerino... debería haber estado allí después de la actuación, ese era mi trabajo, ayudarla a quitarse el vestuario y... —La tos la interrumpió. Fue fuerte, la obligó a doblarse, y Clara buscó el frasco del remedio y le sirvió una dosis. Lucia bebió. Respiró. Continuó—. Perdimos la noción del tiempo. Nos estábamos gritando bajo el escenario mientras arriba... —Se tapó la cara con las manos—. Mientras arriba alguien entraba en su camerino y ella estaba sola.

—¿Cuánto tiempo estuvieron en el almacén de utilería?

—No lo sé. Una hora. Más, tal vez. Carmine y yo... nos dijimos cosas terribles. Cosas que no puedo retirar. Y cuando terminó, subí y su puerta estaba entornada, y la empujé y...

La frase se cortó. No necesitaba terminarla. Clara había estado en esa habitación. Sabía lo que Lucia había encontrado.

Lucia apretó las manos contra sus rodillas. Tenía los ojos húmedos. —Si yo hubiera estado allí... si no hubiera estado discutiendo con él... ella estaría viva. Lo sé. Lo sé cada mañana cuando me despierto y cada noche cuando no puedo dormir.

—Lucia. —Clara se inclinó hacia delante—. Escúcheme. Quienquiera que cruzara esa puerta, vino para matarla. Si usted hubiera estado allí, quizá no lo habría impedido. Podría haber salido herida. Podría haber muerto.

Lucia levantó la cabeza. Miró fijamente a Clara.

—A quien hizo esto no lo detuvo una puerta cerrada; estaba entornada, recuerde. La habitación estaba llena de flores y tarjetas y gente entrando y saliendo. Alguien eligió ese momento porque era posible, no porque usted fallara. Su ausencia lo hizo más fácil. No hizo que fuera culpa suya.

—No puede saber eso.

—No —dijo Clara—, no puedo.

Dejó que el silencio se prolongara. El rostro de Lucia estaba franco: herido, húmedo, despojado de todas las defensas con las que había llegado a Londres. O bien esto era la verdad, toda ella, o era la actuación más convincente que Clara había visto jamás. Y no era capaz de distinguir cuál de las dos cosas era.

El fuego chisporroteó. Las escalas de abajo habían cesado.

—El inspector querrá confirmar esto —dijo Clara—. Carmine tendrá que decirle lo mismo.

—Carmine tendrá miedo. Ha tenido miedo desde esa noche. —Lucia se apretó más el chal—. Somos italianos en Londres. Un tramoyista y una de vestuario, ambos extranjeros, sin coartada y con una soprano muerta. Ya sabe lo que Scotland Yard haría con eso, Miss Wetherly.

—Por eso se puso rojo cuando le pregunté dónde estaba. Por eso usted no quiso decírselo al inspector.

Lucia no dijo nada. No hacía falta.

Clara pensó en Graham —aquel hombre cuidadoso, testarudo y decente— y pensó en sus agentes en las casas de huéspedes, y pensó en cómo habrían llamado a esas puertas. Buscando a un italiano. «Con aspecto extranjero», había dicho el tramoyista el día del asesinato. Como si eso fuera una descripción.

—Le diré al inspector lo que me ha contado —dijo Clara—. Sobre Carmine, sobre el almacén de utilería y sobre la pelea. Querrá hablar con ambos.

—Lo sé.

—Él es un hombre justo, Lucia.

—Él puede que lo sea. Los demás... no lo creo.

Clara no podía discutir aquello. No lo intentó.

—Hay algo más que necesito preguntarle. —Clara mantuvo la voz firme—. La pelea con Giuliana... el día anterior. Dijo que ella se rió. Dijo que ella le contó que Carmine fue a buscarla.

—Sí.

—¿Estaba usted lo suficientemente enfadada como para hacerle daño?

Lucia se quedó muy quieta. La habitación se contrajo a su alrededor: la cama pequeña, el fuego bajo, la ventana gris. Dos mujeres, una pregunta y ningún espacio para la respuesta amable.

—Sí —dijo Lucia—. Sí. Estaba lo suficientemente enfadada. —Su voz tembló—. Pero yo no lo hice. Estaba abajo... gritándole a Carmine... mientras ella... —La tos la interrumpió. Se apretó el puño contra la boca hasta que pasó—. Lo último que le dije. Lo último. Ni siquiera puedo... —Sacudió la cabeza—. Me avergüenzo de lo que dije. Y ella está muerta y no puedo retirarlo.

Clara le sostuvo la mirada. La respuesta era honesta. La ira era real. Y estar «lo suficientemente enfadada» no era lo mismo que ser culpable... pero tampoco era lo mismo que ser inocente. Una mujer que admitía estar lo suficientemente furiosa como para herir a la víctima, o bien estaba diciendo la verdad, o bien estaba llevando a cabo un tipo de honestidad muy particular diseñada para que Clara confiara en ella.

No sabía cuál de las dos era. No iba a decidirlo hoy.

—Volveré mañana —dijo Clara—. Siga tomando el té.

—Sigue siendo usted una tirana.

—Soy constante. Hay una diferencia.

Preparó la cesta. Al llegar a la puerta, se detuvo.

—Lucia. La pelea con Giuliana... ¿fue la primera vez? ¿O había habido otras?

—Siempre había discusiones. Ella era... estábamos muy unidas. La gente que está unida, discute. —La boca de Lucia se torció—. ¿Pero así? A gritos, delante de toda la compañía... No. Fue la primera vez. Y la última.

Clara bajó las escaleras. La señora Garetti estaba en el pasillo con el ungüento de consuelda abierto sobre la mesa, frotándoselo en los nudillos con una atención lenta y cuidadosa.

—¿Mejor? —preguntó Clara.

—Siento calor —dijo la señora Garetti. No levantó la vista—. Sentir calor ya es algo.

Le había prometido a Lucia que se lo diría a Graham. Y entonces dos italianos asustados se sentarían en una sala de Scotland Yard, respondiendo a preguntas sobre las que tenían todos los motivos para mentir.

Necesitaba a las Damas. Necesitaba los cotilleos de la señora Penfield, la mente de novela barata de Harriet y la forma silenciosa de Dorothea de ver lo que todos los demás pasaban por alto. Porque tenía la inquietante sensación de que se le estaba escapando algo.

Capítulo Nueve

—La vestidora y el tramoyista —dijo Harriet—. Son la coartada el uno del otro.

—Sí.

—Eso no tiene nada de coartada.

Las damas estaban en la tienda: la señora Penfield con bizcocho de semillas y opiniones, Dorothea cosiendo junto a la ventana, Harriet con su cuaderno abierto sobre la rodilla. Clara lo había expuesto todo: la confesión de Lucia, el romance entre Carmine y Giuliana, el almacén de utilería, la pelea. Marmalade estaba sentado en el estante superior junto a un trozo de pescado ahumado que aún no había tocado.

—En una novela de a penique —continuó Harriet—, una pareja de amantes que se sirven de coartada mutua siempre miente. En el capítulo seis a más tardar, el lector lo sabe, el detective lo sabe, y el autor ya está preparando el segundo giro de guion.

—Esto no es una novela de a penique, Harriet.

—Todo es una novela de a penique, Clara. Es solo que algunas aún no se han escrito. —Harriet se dio golpecitos en los dientes con la pluma—. Pero acepto tu argumento. Puede que la vestidora esté diciendo la verdad. La cuestión es si el tramoyista contará la misma historia cuando el inspector lo siente en una silla.

—Graham aún no ha hablado con él. Me refiero a lo del almacén de utilería. Tendrá que hacerlo.

—¿Y qué hay de la furia de la vestidora? —Dorothea habló desde la ventana sin levantar la vista de la costura. Su voz era queda. Solía serlo. Aun así, la habitación se silenció para escucharla—. Has dicho que te confesó que estaba lo bastante enfadada como para hacerle daño a esa mujer. Que te lo dijo mirándote a los ojos.

—Así fue.

—Eso es o muy honesto o muy astuto. —La aguja de Dorothea se movió—. Según mi experiencia, las personas que confiesan sentimientos feos sin que nadie las presione suelen decir la verdad. Los que deben preocuparte son los que insisten en que no sintieron nada.

La señora Penfield señaló a Dorothea con su cuchillo de tarta. —Eso es exactamente lo que dice la señora Bradshaw en *El secreto de la sombrerera*. Capítulo once. La costurera que admite que odiaba a la difunta resulta ser inocente, y la mujer que afirma que la adoraba...

—... es la que envenenó el té —terminó Harriet—. Sí, lo sé. Lo escribí yo.

—Damas —dijo Clara.

—Sí, el asesinato —dijo la señora Penfield, nada escarmentada—. Ahora bien. Lord Beaumont. He estado pensando en Lord Beaumont.

—Yo también —dijo Harriet—. Un par del reino, la humillación pública del romance, los abogados bloqueando la investigación... ese es un hombre con secretos, Clara.

—O un hombre con una reputación —dijo Dorothea con suavidad —. Los abogados protegen reputaciones. No les hace falta un asesinato para resultar útiles.

—Pero Graham dice que lanzó una copa en su club. Se mostró violento. Un hombre que lanza cristalería en público...

—Un hombre que lanza cristalería en público es un hombre que sufre —dijo la señora Penfield—. Eso no lo convierte en un asesino. Lo convierte en un conde que ha perdido la compostura, lo cual en su mundo es casi igual de grave.

Harriet escribió algo en su cuaderno. —¿Qué hay de la esposa? Dijiste que se marcha antes de que él vaya entre bastidores. En cada función.

—Lady Beaumont. —Clara sirvió más té—. Se queda a toda la función y se marcha sola. El romance es un secreto a voces. El marido de la señora Alcott la vio subir a su carruaje sin el conde; es su rutina.

—Qué espantoso —dijo la señora Penfield—. Sentarse en un palco de teatro al lado de tu marido mientras él observa cantar a otra mujer y que todo el mundo en la sala sepa por qué está mirando.

—Espantoso y digno —dijo Dorothea—. Ella lo soporta. Eso requiere un tipo particular de fortaleza.

—O un tipo particular de insensibilidad —dijo Harriet. Tomó una nota—. La esposa que aguanta siempre es más interesante que el marido colérico.

—Bueno, al menos la mujer tiene su bolsa, aunque no su fidelidad —dijo la señora Penfield, con ese resoplido particular que reservaba para los maridos infieles—. Dorothea me cuenta que Lady Beaumont tiene una modista en la Rue de Rivoli. Vestidos de París dos veces al año. Faltaría más. Si mi marido me estuviera dejando en evidencia en la ópera cada jueves, yo encargaría tres.

—¿Y William Hale? —preguntó la señora Penfield—. Has dicho que el hombre trae flores todas las semanas. Que escribe su música. Que prácticamente vive en el teatro.

—Hale está de duelo —dijo Clara—. Eso al menos es real. Pero conoce esos pasillos mejor que nadie, y estaba allí aquella noche.

—Un hombre que escribe música para una mujer y le trae flores está o enamorado o en audición —dijo Harriet—. Sea como sea, tenía acceso.

—Y la suplente —dijo Dorothea—. Edith Carr. Mencionaste que estaba ensayando el aria de la difunta antes de que el cuerpo se enfriara.

—Antes del funeral —dijo Clara—. Ella dice que se lo pidieron. Que es su deber estar lista.

—Deber. —El tono de la señora Penfield podría haber decapado el papel de la pared—. Me gustaría saber quién se lo pidió.

—Y a mí. —Clara hizo girar su taza sobre el plato—. Y luego están los robos de joyas. Graham estaba en el teatro esa noche por

los robos; llevaban ocurriendo semanas antes del asesinato.

—Delitos distintos —dijo Clara—. Los robos ocurrían antes de que muriera Giuliana.

—Delitos distintos, mismo teatro, mismos pasillos, mismo grupo de gente paseándose entre bastidores como si fueran los dueños del lugar —dijo Harriet—. Yo no los separaría todavía.

—Conectados, entonces. —Clara dejó su taza—. No dejo de pensar eso. Pero no consigo ver el hilo.

Harriet dio golpecitos con su pluma. —Yo tampoco. Todavía.

—¿Qué hay de ese tal Marco? —dijo la señora Penfield, reconduciéndolas con suavidad—. El italiano. El profesor. ¿Sigue desaparecido?

—Graham ha tenido agentes buscándolo durante una semana.

—Un hombre que dio a la víctima el arma del crimen, que la siguió por varios países, que fue visto en la puerta de su camerino y que desapareció la noche en que ella murió —dijo Harriet, contando con los dedos—. En una novela de a penique, ese es tu asesino. Capítulo tres. Caso cerrado.

—¿Y en tus libros? —preguntó Clara.

Harriet sonrió. —En mis libros, ese hombre está muerto para el capítulo nueve y el verdadero asesino es alguien con quien el detective habló en la primera página y no volvió a mirar dos veces.

Se hizo un breve silencio.

—Bueno —dijo la señora Penfield—. Eso es aterrador.

—Es ficción —dijo Harriet—. La vida real rara vez es tan ordenada.

La aguja de Dorothea se detuvo. —¿Con quién ha hablado el detective sin volver a mirar dos veces?

La pregunta quedó suspendida en el aire. Clara pensó en el vestíbulo de la ópera: los rostros, las manos que había estrechado, la gente a la que Graham había saludado. Pensó en el pasillo tras el asesinato: todos con los que había hablado, todos a los que Graham había interrogado. La lista era larga. Los nombres que figuraban en ella eran los nombres de su lista del piso de arriba. Beaumont, Marco, Lucia, Carmine, Edith Carr, William Hale.

—Todos los de la lista —dijo Clara—. Y probablemente alguien que no figura en ella.

—Esa es la actitud —dijo Harriet, y subrayó un nombre.

—Ahora —dijo la señora Penfield, quitándose las migas del regazo—. Antes de que sigamos. Hay un agente fuera de tu tienda.

—Otra vez —dijo Harriet.

—Otra vez —confirmó la señora Penfield—. Joven. Una farola. Un periódico. Haciendo un pésimo trabajo con las tres cosas.

—A Graham le preocupa Marco —dijo Clara—. El hombre ha estado haciendo preguntas sobre mí.

—Preocupado. Sí. Del mismo modo que estuvo preocupado la primavera pasada, y precavido el otoño anterior. —La señora Penfield se cruzó de brazos—. Se le van a acabar los agentes, Clara.

—Tiene agentes de sobra.

—Tiene un solo corazón, Clara, y ha plantado a un agente en tu puerta para guardarlo. —La señora Penfield se inclinó hacia delante —. La señora Harcastle le dijo a Lady Clifford, que se lo dijo a la señora Baines, que me lo dijo a mí, que la madre de Graham ha hecho indagaciones sobre la herborista que su hijo llevó a la ópera. Indagaciones, Clara. Su madre.

—¿Podemos, por favor...?

—Su madre.

—El asesinato, señora Penfield.

—Ni siquiera va armado —dijo la señora Penfield—. Está leyendo un periódico.

—Mal —añadió Harriet.

En el estante superior, la cabeza de Marmalade se giró hacia el rincón vacío junto a la lavanda seca, el rincón donde la temperatura bajaba y las velas parpadeaban sin que nadie pudiera explicar por qué. Emitió un maullido corto y suave, y apoyó la barbilla en sus patas, observando la nada con los ojos entrecerrados.

—Tu abuela está escuchando —dijo la señora Penfield, sin perder el ritmo.

—Ha estado inquieta toda la semana —dijo Dorothea con naturalidad, sin levantar la vista de su costura. Como si un fantasma

en la herboristería no fuera más extraordinario que una corriente de aire.

—¿Has preguntado a las cartas? —dijo la señora Penfield.

—La Torre. Dos veces esta mañana.

La señora Penfield frunció los labios. Harriet lo anotó.

—Bueno —dijo Dorothea—. Eso resuelve la cuestión del agente, al menos.

Clara se presionó los párpados con los dedos.

—Si Marco vigila la tienda —dijo Dorothea en voz baja, y las risas cesaron—, entonces no deberías ir sola a ninguna parte.

—He estado en Drury Lane, en el teatro, y he visitado a Lucia. Estoy perfectamente bien.

—Y un hombre que ha acosado a una mujer hasta su muerte está haciendo preguntas sobre ti. —Dorothea dejó su aguja. No solía hacer esto—. Clara, esto no es una broma.

—Sé que no lo es.

—Pues entonces no irás sola.

—Tengo que ir al teatro mañana. Hay un hombre con el que necesito hablar: William Hale. Ha estado viviendo prácticamente allí, y hay cosas en su historia que me inquietan.

—Yo iré —dijo la señora Penfield.

Clara abrió la boca para replicar.

—Iré yo —repitió la señora Penfield, en ese tono que usaba cuando había decidido algo y al universo no le quedaba más remedio que adaptarse—. Nunca he estado entre bastidores en un teatro y creo que ya va siendo hora.

—Señora Penfield, esto requiere cierta...

—¿Tacto? ¿Delicadeza? ¿Moderación? —La señora Penfield se estiró los puños—. Crié a cuatro hijos, dirigí una casa durante treinta años y he estado gestionando las inversiones del difunto señor Penfield desde su muerte con un rendimiento que haría llorar a su banquero. Creo que puedo apañármelas en una conversación con un compositor.

—Se le dará fatal —dijo Harriet alegremente—. Pero estará allí. Y eso es lo que cuenta.

Clara pensó en la última vez que la señora Penfield la había acompañado en una investigación: la tarde en que habían ido a limpiar el nombre de Harriet, y la señora Penfield se había hecho pasar por una autora de incógnito, atrayendo la atención de toda la cafetería. Se suponía que debían pasar desapercibidas.

—No se me dio fatal —dijo la señora Penfield, como si pudiera oír los pensamientos de Clara—. Resulté eficaz.

—Reorganizaste la tienda de Clara en una tarde —dijo Harriet—. Tienes la sutileza de una banda de metales.

—Mejoré la tienda de Clara. La manzanilla estaba en el estante equivocado.

—Estaba en el estante que yo elegí para ella —dijo Clara.

—Estaba en el estante equivocado.

—Estaba en el estante equivocado. Veamos. Mañana. ¿A qué hora?

Clara las miró a las tres: Penfield armada con bizcocho y seguridad, Dorothea con su aguja detenida y la mirada firme, Harriet con la pluma lista y su mente de novela de a penique trabajando ya tres capítulos por delante. Estas mujeres la habían vestido para la ópera, habían rastreado las redes de chismes y se habían apostado en su tienda sin que nadie se lo pidiera. No iban a permitir que entrara sola en un teatro mientras un hombre que andaba preguntando por ella andaba suelto por Londres sin nada que perder.

—A las diez —dijo Clara—. Y señora Penfield... por favor, no interrogue a nadie.

—Yo nunca interrogo. Converso. Hay un mundo de diferencia.

—No lo hay.

—¿Lo sabe Graham? —preguntó Dorothea.

La pregunta aterrizó con suavidad en el lugar exacto que nadie quería mirar.

—Todavía no —dijo Clara.

—Tu inspector se pondrá furioso —dijo la señora Penfield.

—Sí. Pero William Hale no abrirá la boca si Graham está cerniéndose sobre él. Es un compositor, no un criminal... o si lo es, es de esos que se cierran como una ostra cuando entra un policía. —

Clara ordenó los utensilios del té—. Tengo preguntas que Graham no puede hacer. Sobre la música, los pasillos, los hábitos de Giuliana... las cosas en las que se fija un hombre cuando está enamorado de una mujer y la observa cada noche desde los laterales. Hale hablará conmigo. No hablará con Scotland Yard.

—¿Y después? —dijo Dorothea.

—Después se lo contaré todo a Graham. Se pondrá furioso. Ya se le pasará.

—No se le pasará —dijo Harriet—. Pero te perdonará, que no es lo mismo.

—¿Y la tienda? —dijo la señora Penfield—. Si estamos en el teatro...

Desde el estante superior, Marmalade descendió y cruzó el mostrador con la parsimonia de un magistrado entrando en su despacho. Pasó junto a la señora Penfield —reconociendo la deuda del pescado con un parpadeo lento—, rodeó la silla de Dorothea a una distancia prudencial y se acomodó en el regazo de Harriet.

Harriet bajó la vista. Marmalade la miró. Ella movió su cuaderno para hacerle sitio sin interrumpir su frase sobre la institutriz, y su mano libre encontró el hueco tras las orejas del gato sin parecer pensarlo.

Clara se echó a reír. —Creo que eso queda decidido.

—Tengo tres capítulos que escribir de todos modos —dijo Harriet —. Marmalade y yo nos apañaremos.

—Entonces yo también vendré —dijo Dorothea, dejando su aguja —. La señora Penfield se encargará de hablar. Yo me encargaré de escuchar.

—Dorothea es invisible —dijo Harriet—. Nadie se da cuenta de que está en una habitación hasta que ya ha oído todo lo que merece la pena oír.

—No soy invisible —dijo Dorothea con suavidad—. Simplemente la gente se olvida de fijarse en mí. No es lo mismo.

Clara sirvió el té y no dijo lo que estaba pensando: que la Torre había salido dos veces, que el fantasma de su abuela no paraba quieto y que mañana las tres entrarían en el teatro de una muerta donde alguien intentaba salir impune de un asesinato.

Capítulo Diez

La señora Penfield se adelantó.

Clara había dicho a las diez. La señora Penfield llegó a las nueve y veinte con su mejor sombrero, una cesta de mimbre cubierta con un paño y el aire de una mujer que se embarca en una expedición de importancia nacional.

—He traído scones —dijo, posando la cesta sobre el mostrador—. No se interroga a un hombre con el estómago vacío. Ni al suyo ni al nuestro. Ah, y Dorothea os manda sus disculpas. Una clienta ha llegado a primera hora con una emergencia de última hora para una prueba, algo sobre un dobladillo y una cena esta noche. Estaba furiosa.

—No vamos a interrogar a nadie. Vamos a visitar el teatro y yo voy a charlar con un compositor. Tú vienes para acompañarme.

—Naturalmente. Acompañamiento —la señora Penfield se estiró los puños—. ¿Y los scones?

—Son para el trayecto en coche.

—No son para el coche. Son para el compositor. La gente se sincera ante los dulces horneados, Clara. Es un principio contrastado.

Clara miró al techo. El techo, como siempre, no ofreció respuesta alguna.

Harriet ya estaba instalada tras el mostrador con sus páginas de manuscrito y un tintero. Marmalade estaba sentado en el mostrador

a su lado.

—Tres capítulos —dijo Harriet, sin levantar la vista—. Tengo intención de terminar tres capítulos antes de que volváis. No regreséis temprano.

La señora Penfield alargó la mano hacia Marmalade para rascarle detrás de las orejas. Él se retiró al extremo opuesto del mostrador.

—Criatura ingrata —dijo la señora Penfield—. Le traigo arenques todos los jueves.

El agente junto a la farola levantó la vista bruscamente mientras ellas subían al coche. Clara lo vio doblar su periódico y otear la calle, como calculando si debía seguirlas.

—Le dará el aviso a Graham antes de que pase una hora —dijo la señora Penfield, acomodándose las faldas—. Lo sabes perfectamente.

—Lo sé.

—Y Graham sabrá exactamente a dónde hemos ido porque ese joven ha estado vigilando tu puerta desde ayer y no es ni de lejos tan sutil como se cree.

—Entonces será mejor que aprovechemos bien el tiempo antes de que el inspector llegue hecho una fiera.

El coche las llevó por Oxford Street hacia el oeste y bajó por el Soho. La señora Penfield habló durante todo el trayecto: sobre las inversiones del señor Penfield, el precio del carbón y la hija de la señora Aldridge, que se había casado con un hombre de mentón débil y sin futuro.

Clara guio a la señora Penfield por el lateral hasta la entrada de artistas. El portero asintió al verla; ya había estado allí las veces suficientes como para que él no le preguntara por sus asuntos.

—El señor Hale —dijo Clara—. ¿Se encuentra ahí?

El portero miró de reojo a la señora Penfield, que examinaba el pasillo tras él con una curiosidad manifiesta, y volvió a mirar a Clara.

—En la sala de ensayos. Tercer piso, al final del pasillo. Ese no ha salido de aquí en una semana.

—¿No ha salido? —preguntó la señora Penfield—. ¿Del teatro?

—Duerme aquí, prácticamente. Llega al amanecer y se queda hasta pasada la medianoche. El jefe de escenario le ha llamado la

atención, pero él no escucha —el portero se encogió de hombros—. No estorba a nadie. Se limita a tocar ese piano hasta que nos vuelve a todos medio locos.

Subieron. La señora Penfield nunca había estado entre bastidores y se lo estaba pasando en grande.

—Mira esto —dijo, deteniéndose ante un perchero de disfraces—. ¿Es terciopelo? Es terciopelo de verdad. Y las puntadas... Clara, palpa este dobladillo.

—Señora Penfield.

—Solo el bordado de pedrería debe de haber llevado...

—Señora Penfield.

—Ya voy.

Pasaron ante una puerta con un candado en el pestillo y Clara pensó en Lucia y Carmine; el almacén de utilería, los gritos, la pelea que había dejado a Giuliana sola en su camerino. Siguió adelante.

La sala de ensayos estaba al final del pasillo del tercer piso. La puerta estaba abierta. El sonido les llegó antes de alcanzarla: piano, una sola línea melódica, la misma frase repetida, alterada y repetida de nuevo.

Clara se detuvo en el umbral.

William Hale estaba sentado ante un piano vertical que había visto décadas mejores. Estaba en mangas de camisa, con el chaleco desabrochado y el pelo sucio. Las hojas de papel pautado cubrían la tapa del piano, el banco a su lado y el suelo alrededor de sus pies. Algunas estaban limpias. La mayoría estaban tachadas. Varias habían sido rasgadas por la mitad y vueltas a unir con lo que parecía engrudo.

Tocó la frase otra vez. Cambió una nota. La tocó de nuevo. Sacudió la cabeza y golpeó un acorde que sonó desafinado en la pequeña habitación.

—Señor Hale.

Él se dio la vuelta. Tenía los mismos ojos enrojecidos que la noche de la ópera. Estaba más delgado. El cuello de su camisa le quedaba holgado.

—Señorita Wetherly —se puso en pie. Llevó las manos a los botones de su chaleco, recordó que ya estaban desabrochados y los

abrochó con torpeza—. Lo siento... no esperaba...

—Debería haberle avisado. Le pido disculpas —Clara entró en la habitación—. El portero dice que no ha estado comiendo. Soy herbolaria, me preocupan estas cosas. Esta es la señora Penfield. Una amiga.

La señora Penfield ya la había rebasado. Había cruzado la estancia, posado la cesta en una esquina despejada de la tapa del piano y observaba las páginas dispersas con franco interés.

—¿Es esto en lo que está trabajando? —preguntó ella—. ¿En todo esto?

Hale parpadeó.

—Yo... sí. Es una... trato de terminar una pieza.

—¿Para la ópera?

—Para... —se detuvo. Su mandíbula se tensó—. Para Giuliana. Estaba... estaba destinada a ser para ella. Una composición de un poema que ella amaba. Petrarca. Solía recitarlo entre cajas antes de salir a escena, para que le diera suerte, y pensé...

Se sentó en el banco del piano. No terminó la frase.

Clara había preparado sus preguntas durante el trayecto en coche. Los pasillos, ¿cómo los conocía tan bien? Los movimientos entre bastidores durante el intermedio, ¿dónde había estado exactamente, cuánto tiempo y quién lo había visto? El pasaje donde lo había encontrado aquella noche, ¿qué hacía allí cuando había afirmado estar en el ambigú de artistas?

Abrió la boca.

—¿Está poniendo música a Petrarca? —dijo la señora Penfield. Había retirado el paño de la cesta y estaba disponiendo los scones sobre un pañuelo que se había sacado de la manga—. ¿Cuál de ellos? ¿El Canzoniere?

Hale la miró.

—El soneto 292 —dijo él—. El que empieza *Gli occhi di ch'io parlai sì caldamente*. «Los ojos de los que hablé tan cálidamente». Trata... ella se ha ido, dice el poema. Ella se ha ido y yo sigo aquí y el mundo es más pobre —su voz se quebró en la última palabra. Se presionó los ojos con el talón de las manos—. Lo lamento.

—No pida perdón por su duelo, joven. Es lo único honesto que queda —la señora Penfield puso un scone frente a él—. Coma algo. Parece que no ha probado una comida decente en días.

—No he...

—Coma. Luego hábleme de la música.

Clara se quedó junto a la puerta. Había venido a hacer preguntas y la señora Penfield estaba alimentando al sospechoso y preguntándole por Petrarca. Esto era precisamente lo que temía. Esto era el caos.

Hale comió. Lentamente, como había hecho Lucia. La señora Penfield lo observaba y no decía nada.

—La empecé hace seis meses —dijo Hale. Limpió las migas de la página de manuscrito más cercana—. Estaba escribiendo una pieza orquestal para el teatro; por eso me dejan entrar, por eso tenía acceso a las salas de ensayo. Pero el verdadero trabajo, lo que en realidad estaba escribiendo, era la composición para Petrarca. Para su voz. Para la voz de Giuliana específicamente.

—¿Conocía su voz tan bien? —preguntó la señora Penfield.

—Conocía cada nota que podía alcanzar. Cada registro, cada matiz. El modo en que se movía entre la voz de pecho y la voz de cabeza... había un punto en su registro medio donde el sonido cambiaba, se volvía cálido, y si escribías para ese punto... —Tocó tres notas en el piano. Suavemente—. Si escribías para ese punto, no había nada igual en el mundo.

La señora Penfield se sentó en la única silla restante. Preguntó por la transición entre la segunda y la tercera sección, y Hale se lo mostró, tocando un pasaje que hizo que a Clara se le encogiera el pecho, aunque no habría sabido decir por qué. Hablaron sobre la voz de Giuliana: la calidez de su registro medio, la forma en que Hale había compuesto para ella específicamente. La señora Penfield escuchaba con todo el cuerpo inclinado hacia delante, con las manos quietas.

Clara los dejó hablar. Observó las manos de Hale sobre las teclas, observó el modo en que buscaba las páginas del manuscrito sin mirar; sabía exactamente dónde estaba todo en aquella habitación.

Conocía aquel edificio como conocía su propia música. Cada pasillo, cada atajo.

—Las flores —dijo Clara, cuando la música cesó—. Las enviaba todas las semanas.

Las manos de Hale se quedaron inmóviles sobre las teclas. —¿Quién le ha dicho eso?

—Una mujer del coro las mencionó. Flores silvestres, clavelinas, atadas con una cuerda basta. Todas las semanas durante meses.

—¿Por qué me pregunta por flores? —La miró de frente por primera vez—. Usted no es de la policía.

—No. Soy herbolaria. He estado tratando a Lucia Conti, la ayudante de Giuliana. Se encuentra muy mal —Clara dejó que aquello calara—. He pasado tiempo con las personas que amaban a Giuliana. He oído cosas que el inspector no ha oído. No tiene por qué hablar conmigo. Pero preferiría que hablara conmigo antes que con él.

Aquello surtió efecto. Él miró a la señora Penfield, que lo observaba con un scone en la mano y sin asomo de juicio en el rostro. Volvió a mirar a Clara.

—¿Qué quiere saber?

—¿Estaban juntos Giuliana y usted?

—Juntos —pronunció la palabra como si tuviera sabor—. No.

—Pero usted quería estarlo —Clara no esperó respuesta—. Escribió música para su voz. Le llevó flores cada semana. Pasó siete meses en este edificio. ¿Estaba enamorado de ella?

Él no respondió. La señora Penfield había dejado de organizar los scones.

—Sí —dijo él—. Obviamente. Sí.

—¿Y ella?

—Ponía las flores junto a la puerta —su boca se torció en una mueca—. No en el tocador. Junto a la puerta. Al lado del paragüero. No creo que ella viera la diferencia entre eso y tirarlas a la basura.

—¿Le dio alguna otra cosa? Aparte de las flores.

—No.

—¿Nada? ¿En siete meses?

—No podía permitirme... ¿qué quiere que le diga? ¿Que la colmé de regalos? Soy compositor, no un lord. No tenía dinero. Tenía flores y música, y eso era todo lo que tenía —ahora se miraba las manos —. Eso era todo lo que tenía.

Clara observó su rostro. Lo había dicho demasiado rápido y se había repetido. Guardó silencio un momento.

—Tenía otros admiradores —dijo Clara—. Lord Beaumont.

—Todo el mundo sabe lo de Beaumont.

—Usted le traía flores silvestres mientras un conde se la llevaba a París.

Algo se rompió en él. —Sé lo que yo era. No tiene que decirlo de esa manera.

—¿De qué manera?

—Como si yo fuera patético —su voz se había vuelto dura—. Sabía lo que Beaumont le estaba dando. Sabía que ella lucía sus regalos, que iba a su palco y dejaba que la exhibiera ante su esposa y media ciudad de Londres. Y sabía que ella me sonreía del mismo modo que le sonreía al portero: con cortesía. Porque yo era inofensivo. Porque un hombre con flores de a penique, sin nombre y sin dinero no es alguien a quien haya que tomarse en serio.

La mano de la señora Penfield se quedó quieta sobre el pañuelo.

—Aceptó todo lo que yo tenía para dar y se iba a marchar con él —Hale tenía los puños sobre los muslos—. París. Él se la llevaba a París. Y yo me iba a quedar aquí en esta habitación, terminando una pieza que ella nunca cantaría, y ese iba a ser el final.

—Estaba enfadado —dijo Clara.

—No me diga cómo estaba.

—Señor Hale.

—Lo estaba, sí. Estaba enfadado. Estaba furioso. Un hombre casado con una esposa en casa y se la iba a llevar para arruinarla, y ella iba a dejar que lo hiciera porque él tenía dinero y un título y yo no tenía nada —su voz se quebró—. Y entonces alguien la mató y ya nada de eso importó.

La habitación se quedó en silencio.

—Señor Hale —dijo Clara, tras un momento—. La noche que murió Giuliana. Le dijo al inspector Redgrave que estaba en el green

room.

El ambiente cambió. Él se quedó muy quieto.

—Estaba en el green room.

—¿Todo el tiempo?

Él no respondió. La señora Penfield miraba de uno a otra.

—Conoce el pasadizo que hay tras la galería de tiro —dijo Clara —. Sabe qué pasillos están vacíos durante el entreacto y cuáles no. Ha estado aquí todos los días durante siete meses.

—Eso no es...

—Le encontré en ese pasadizo. Después de la representación. Me dijo que venía del green room, pero el green room está en la otra dirección.

Hale se quedó mirando las teclas. Su mandíbula se tensó. Durante un largo momento, Clara pensó que se cerraría por completo; se cerraría como una ostra, tal como les había dicho a las damas que haría si Graham estuviera aquí.

—Había terminado la pieza —dijo él. En voz baja—. Aquella tarde. La pasé a limpio y la traje al teatro para dársela después de la representación.

Metió la mano bajo la pila de papeles que había en el banco a su lado y sacó un manuscrito encuadernado, pasado a limpio y atado con un cordel. Lo puso sobre el piano. En la portada se leía, con caligrafía cuidadosa: *Gli Occhi — Versión del soneto 292 de Petrarca, para soprano y piano. Para G.R.*

—Fui por el pasadizo de detrás de la galería de tiro porque es tranquilo. No quería que me vieran llevándolo.

—¿Y? —preguntó Clara.

Él apretó las manos sobre sus muslos.

—Oí un grito.

La habitación se quedó inmóvil.

—Un solo grito. Del pasillo donde están los camerinos —se detuvo. Empezó de nuevo—. Y a alguien corriendo. No sabría decir en qué dirección; el sonido viaja de forma extraña por los pasillos. Se alejaba de los camerinos. Eso es todo lo que sé.

—¿Qué hizo usted?

—Nada —la palabra salió plana—. Me quedé allí parado. Y luego volví al green room y me senté allí hasta que llegó el inspector.

—No le contó nada de esto.

—Le dije que estaba en el green room. Y así fue. Antes y después —se miró las manos—. Omití la parte intermedia.

Clara dejó que el silencio se asentara. Había estado a seis metros del camerino con un fajo de partituras en las manos, había oído morir a una mujer y se había marchado en dirección contraria.

—¿Vio a alguien? —preguntó ella—. En el pasadizo. Antes o después.

—No.

—¿Nada? ¿Una silueta, una puerta cerrándose...?

—Nada. Lo he repasado mentalmente cien veces. No hay nada.

Clara dejó pasar un suspiro. Luego preguntó:

—¿Qué hay de Marco Valenti?

Hale levantó la cabeza.

—¿Marco?

—Estaba en el teatro esa noche. Entre bastidores. ¿Le vio?

—Yo... —Hale se frotó la boca—. Sí. Antes de la representación. Estaba en el pasillo cerca de los camerinos. Agitado. Enfurecido. Hablando solo en italiano —hizo una pausa—. Pero, para ser sinceros, Marco siempre estaba agitado, enfurecido y hablando solo en italiano. Así era Marco.

—¿Habló con él?

—No. No me vio. O si me vio, no le importó. Intentaba llegar al camerino de Giuliana. Siempre intentaba llegar hasta ella.

Clara estudió su rostro.

—¿Y después de la representación? Durante el entreacto... en el pasadizo... ¿lo vio entonces?

—No —Hale guardó silencio un momento. Sus dedos buscaron una tecla y la presionaron sin que sonara—. Señorita Wetherly. ¿Fue él? —la miró—. ¿Mató Marco a Giuliana?

Clara le sostuvo la mirada. No tenía respuesta que darle.

—No lo sé.

—Porque la siguió hasta aquí. Desde Milán. La siguió a través de dos países y estaba allí esa noche y él... —Hale se detuvo. Su

garganta se contrajo—. Si lo hizo... Si lo hizo y está por ahí en alguna parte y nadie lo ha encontrado...

—El inspector lo está buscando.

—El inspector lleva semanas buscándolo.

Aquello fue un golpe directo. Clara no tenía nada que objetar porque era la verdad.

La señora Penfield tenía un scone en la mano y se había olvidado de comerlo.

—Señor Hale —dijo en voz baja—. La música que escribió para ella. ¿Puedo verla?

Hale vaciló. Luego desató el cordel y abrió el manuscrito sobre el piano. Tocó los primeros compases. La melodía era sencilla. Estaba llena de dolor.

La señora Penfield escuchaba. Se había llevado la mano a la garganta.

—Es preciosa —dijo.

—Es lo mejor que he escrito jamás —las manos de Hale cayeron de las teclas—. Y nadie la cantará nunca como debe ser cantada. La escribí para una voz que ya no existe.

Clara lo observaba. No sabía qué pensar de esto. Le había mentido a Graham. Había estado en el pasadizo. Conocía el edificio lo suficiente como para moverse por él sin ser visto. Y ahora estaba sentado al piano tocando música para una muerta y llorando sobre los puños de su camisa.

La señora Penfield alargó el brazo y puso su mano sobre el de él. No dijo nada. No hacía falta.

Clara salió al pasillo. Necesitaba aire. Necesitaba pensar.

Hale conocía este edificio: cada giro, cada atajo, cada tramo vacío y sus horarios. Había estado a seis metros del camerino la noche que murió Giuliana. Había oído el grito y las carreras, y le había mentido a Graham al respecto. Eso era incriminatorio. Era el tipo de cosas que ponían a un hombre ante un magistrado.

Pero el manuscrito era real. El dolor podía ser real. Aún no podía estar segura, y no iba a permitir que unas cuantas lágrimas y un soneto de Petrarca la convencieran.

Archivó el dato. No lo confrontó. No tenía nada con qué confrontarlo, solo un hilo, fino y sin pruebas, y tirar de él ahora lo rompería.

Cuando regresó a la sala de ensayos, la señora Penfield había hecho sitio en el banco y estaba sentada junto a Hale, pasando las páginas de la composición de Petrarca mientras él le señalaba algunos pasajes. Su voz era más firme. Sus manos habían dejado de temblar.

—Señor Hale —dijo Clara desde la puerta—. Debería contarle al inspector Redgrave lo que me ha contado a mí. Sobre el pasadizo, el grito, todo. Querrá saberlo.

Hale la miró.

—Pensará que fui yo.

—Pensará que mintió. Cosa que hizo. Y mentir a un inspector de la Policía Metropolitana es una situación peor de lo que habría sido decirle la verdad —mantuvo su voz nivelada—. Puedo hablar con él primero, si eso ayuda.

Hale asintió.

La señora Penfield guardó los scones restantes en la cesta. Había dejado tres sobre el pañuelo junto al piano. —Para luego —le dijo a Hale—. Y el té de la tetera en la mesa de abajo, ¿es suyo?

—Lo hace el conserje.

—Estará espantoso. Hablaré con él al salir.

—Señora Penfield —dijo Clara.

—Este hombre vive a base de té malo y pena. Alguien debería hacer algo por al menos una de esas cosas.

Lo dejaron al piano. Mientras bajaban la escalera, Clara oyó que la música empezaba de nuevo tras ellas: la misma frase, repetida, alterada, repetida. El arreglo de Petrarca. La pieza que Giuliana nunca cantaría.

La señora Penfield no dijo nada hasta llegar a mitad del segundo tramo de escaleras.

—No ha sido él.

—Eso no lo sabemos.

—Yo sí lo sé. Un hombre que escribe música así y no puede comer y no se ha cambiado de camisa en una semana no es un

hombre que haya estrangulado a la mujer para la que la escribió.

—El dolor no es una coartada, señora Penfield. La gente que amaba a alguien puede haberlo matado de todos modos. De hecho, suele ser así.

—No me venga con estadísticas, Clara. Tengo ojos y treinta años de experiencia calando a la gente en las cenas, y ese joven está destrozado.

—Sé que lo está.

—Entonces ¿por qué sigue usted...?

—Porque una mujer está muerta y todos los que la amaban están destrozados, y ese es exactamente el problema —Clara se detuvo en el rellano—. No puedo distinguir al culpable del doliente cuando cada uno de ellos es ambas cosas.

La señora Penfield la miró. El ajetreo se esfumó de ella: el sombrero, la cesta y la certeza.

—No —dijo en voz baja—. Supongo que no puede.

Bajaron el resto de las escaleras en silencio. Clara saludó al conserje con la cabeza. La señora Penfield se detuvo y le dijo que si iba a preparar té para el edificio, al menos debería calentar la tetera primero, y que le enviaría una lata de hojas de calidad por la mañana.

El conserje se la quedó mirando.

—Penfield —dijo ella—. El té llegará antes del mediodía.

Clara la tomó del brazo y la guio a través de la puerta de servicio. El coche de caballos esperaba donde lo habían dejado.

En el carruaje, la señora Penfield miraba por la ventana y se retorcía los guantes en las manos.

—Ha estado muy bien ahí dentro —dijo Clara—. Yo no habría conseguido que hablara. No de esa manera.

—Pregunté por la música. Eso es todo.

—Eso lo es todo. Nadie más le ha preguntado por la música.

La señora Penfield se miró las manos. —El señor Penfield solía tocar el piano. Mal. Pero tocaba todas las tardes después de cenar... Schubert, sobre todo, y siempre las mismas tres piezas porque no podía con las otras. Y cuando murió, no pude soportar oír esas piezas durante dos años —hizo una pausa—. Sabía lo que ese joven

llevaba encima porque yo también lo he llevado. No el mismo peso. Pero sí con la misma forma.

Clara alargó la mano en el coche y apretó la de la señora Penfield. Hicieron el resto del camino sin hablar.

Harriet estaba detrás del mostrador donde la habían dejado, con las páginas del manuscrito extendidas a su alrededor como una barricada y Marmalade dormido sobre el capítulo catorce.

—Tres capítulos —dijo Harriet sin levantar la vista—. Casi. Se ha sentado encima del tercero.

—Ha llegado algo mientras estabais fuera —Harriet buscó bajo el mostrador y mostró un trozo de papel doblado: barato, arrugado, sin sobre—. Estaba bajo la puerta cuando volví de la letrina. Nadie llamó. Nadie entró.

Clara lo cogió. El papel era tosco; no era papel de papelería, ni nada comprado en una tienda que se preocupara por sus clientes. La letra era apretada e irregular, la tinta estaba emborronada en algunos puntos y las letras estaban trazadas por una mano que no estaba acostumbrada a escribir en inglés.

Signora Wetherly:

Yo no matarla. Usted debe creerme. Yo estaba allí esa noche, sí. Yo encontrarla. La encontré en el suelo y la bufanda alrededor de su cuello y yo correr porque tengo miedo y soy extranjero y sé lo que dirán.

Pero yo ver algo. Antes. Una mujer en el pasillo cerca del camerino. Una dama. Moviéndose rápido, alejándose. Vestido fino, pelo oscuro. Ella no debía estar allí. Nadie como ella debería estar en ese pasillo.

No ir a la polizia. Me pondrán en una celda y nadie escuchará. Usted no es polizia. Usted hace preguntas. La gente dice que es amable.

Estaré en la iglesia de St. James, Clerkenwell, miércoles, seis de la tarde. Esperaré una hora. Venga sola o yo no estaré allí.

No polizia. Por favor. No polizia.

—M.V.

Clara lo leyó dos veces. La segunda vez, las manos le temblaban.

M.V. Marco Valenti.

Había estado ante su puerta. Y había visto a una mujer.

—Clara —Harriet ya estaba de pie. Las páginas del manuscrito estaban olvidadas—. ¿Qué dice?

Clara la miró. Miró hacia la puerta, la puerta ordinaria y corriente que había estado cerrada con cerrojo y al otro lado de la cual Marco Valenti había estado parado mientras Harriet se encontraba a tres metros. Pensó en Graham. Pensó en el agente junto a la farola que no había visto nada.

—Miércoles —dijo Clara—. ¿Estás ocupada el miércoles por la tarde?

Los ojos de Harriet se afilaron. No preguntó para qué. No preguntó quién había escrito la carta, qué contenía ni por qué le temblaban las manos a Clara.

—No —dijo Harriet—. No lo estoy.

Clara dobló la carta y se la guardó en el bolsillo. No fue a por su abrigo. No envió aviso alguno a Graham.

—Harriet —dijo—. Tenemos una cita.

Sobre el mostrador, Marmalade levantó la cabeza del capítulo catorce, miró a Clara y tiró el tintero de Harriet por el borde.

Capítulo Once

El cementerio de St. James estaba desierto.

Clara sabía que lo estaría; era miércoles, no domingo, y la parroquia de Clerkenwell no atraía al tipo de congregación que se queda merodeando entre lápidas al atardecer de un día de diario. Pero había tenido la esperanza de encontrar una figura en un banco. Un hombre paseando junto a la verja. Algo.

Harriet estaba de pie a su lado, con las manos en los bolsillos, examinando el cementerio como si ya estuviera escribiendo sobre él.

—Es una buena iglesia para una reunión clandestina —dijo—. Yo misma la habría elegido. Dos salidas. Vistas despejadas hacia la calle. Y parece que el párroco se ha ido a casa.

—Esto no es una investigación de campo, Harriet.

—Todo es investigación de campo. —Harriet ladeó la cabeza hacia la verja de hierro—. Hemos llegado pronto.

Así era. El reloj de la iglesia aún no había dado las seis. El sol de abril descansaba bajo sobre los tejados, proyectando largas sombras sobre las tumbas, y el aire tenía esa suavidad particular de las tardes de primavera en Londres: ni muy cálido, ni muy frío, el tipo de luz que hacía que todo pareciera más apacible de lo que era.

Clara eligió un banco cerca del muro sur, desde donde podía ver tanto la verja como el callejón de detrás. Harriet se sentó a su lado. Parecían, supuso Clara, dos mujeres de visita en una tumba. Respetables. Corrientes.

Le había enseñado la carta a Harriet durante el trayecto en coche. Harriet la había leído dos veces, la había doblado, se la había devuelto y había dicho: —Su inglés es terrible, su caligrafía es peor y, o bien dice la verdad, o se le da muy bien fingir que está asustado.

—¿Tú qué crees?

—Creo que un hombre que escribe «no polizia» dos veces en una misma carta no está actuando para una audiencia. Eso es miedo real. —Harriet miró por la ventanilla—. También creo que deberíamos habérselo dicho al inspector.

—Marco dijo...

—Sé lo que dijo Marco. También sé lo que dirá tu inspector.

Clara no respondió a eso. Ella también sabía lo que diría Graham. Había optado por no pensar en ello.

El reloj dio las seis.

Clara vigiló la verja. Cada persona que pasaba por la calle —una mujer con un cesto, dos niños corriendo, un hombre con un abrigo marrón que caminaba demasiado despacio y resultó estar buscando el número de una casa— se convertía en Marco durante medio segundo y luego volvía a no ser nadie.

—¿Cómo es él? —preguntó Harriet.

—Pelo oscuro. Complexión menuda. Italiano. —Clara se dio cuenta de lo poco que sabía en realidad. Nunca había visto a Marco Valenti. Tenía una descripción de Lucia, unas palabras del portero, la imagen de un hombre en la puerta de un camerino que alguien más había visto—. Lo reconoceré.

—No lo harás.

—Lo reconoceré.

Seis y cuarto. Un hombre entró en el cementerio y a Clara se le cortó la respiración: moreno, delgado, moviéndose con rapidez. Cruzó hasta el extremo opuesto, se arrodilló ante una tumba y empezó a arrancar malas hierbas. Tenía sesenta años si tenía un día.

—Ese no es él —dijo Harriet.

—No.

Seis y veinte. Seis y veinticinco. Las sombras se alargaban. El anciano terminó de quitar las hierbas y se marchó. Una paloma se

posó en el banco de enfrente y las observó con recelo.

—Harriet.

—¿Mmm?

—El agente. La farola de la esquina.

—Lo sé. Lo he visto antes de llegar a Oxford Street.

Clara la miró fijamente. —¿Y no has dicho nada?

—Pensé que lo sabías.

Clara cerró los puños en su regazo. Le daban ganas de ir allí y decirle que se largara. Quería agarrarlo por su estúpido periódico, zarandearlo y decirle: *«¿Tienes idea de lo que acabas de costarme?»*. Quería caminar hasta la farola, plantarse frente a él y preguntarle, con toda la calma del mundo, si el inspector Redgrave le había ordenado seguirla o solo vigilar la puerta, y si comprendía la diferencia, y si se le había ocurrido en algún momento de la última hora que él podía ser la razón de que el cementerio estuviera vacío.

No lo hizo. Se quedó sentada en el banco, clavándose las uñas en las palmas de las manos, y no dijo nada.

—Clara —dijo Harriet en voz baja.

—Si dices algo sensato ahora mismo, gritaré.

—No iba a hacerlo.

Seis y media. Siete menos cuarto.

Clara se obligó a seguir sentada. Vigiló la verja, el callejón y los tejados, y esperó porque había dicho que lo haría. Porque un hombre le había suplicado que fuera y ella había ido, y le debía la hora completa, aunque la hora ya estuviera vacía.

Las siete en punto. La campana. El cementerio seguía desierto.

—No va a venir —dijo Harriet. No fue una pregunta.

—No.

Se quedaron sentadas un momento más. La luz se iba desvaneciendo; abril era generoso pero no infinito, y el cielo pasaba del dorado al gris sobre los tejados. Clara miró el cementerio una última vez. El banco de enfrente. La verja de hierro. El callejón más allá.

Se levantó. Harriet se levantó con ella.

Caminaron hacia la calle. El agente las siguió a distancia, sin molestarse ya ni con el periódico.

En el coche, Harriet estuvo callada mucho rato. Clerkenwell fue quedando atrás. Las calles cambiaron, de más estrechas a más anchas, de más toscas a más suaves, en el lento ascenso de vuelta hacia Bloomsbury.

—Vas a tener que decírselo —dijo Harriet.

—Lo sé.

—No «a la larga». Mañana. El agente no sabe qué estábamos haciendo, pero tu inspector te preguntará, y se te da fatal mentir.

Clara se presionó los ojos con los dedos.

—Se pondrá furioso —dijo Clara.

—Sí.

—Dirá que debería habérselo contado. Dirá que he comprometido su investigación. Dirá que me he puesto en peligro.

—Te has puesto en peligro.

—Me he puesto en un cementerio de Clerkenwell a las seis de la tarde de un miércoles. Había niños jugando en la calle.

—En un cementerio donde un hombre que puede haber asesinado a una mujer te ha pedido que vayas sola. Un hombre que le regaló el pañuelo con el que la estrangularon. Un hombre que la siguió por dos países y estaba en el teatro la noche que ella murió. —La voz de Harriet era cautelosa—. Clara, he leído la carta. Admite que estaba allí. Admite que encontró el cadáver. Esa no es la carta de un hombre con el que debas citarte en un cementerio.

Clara no dijo nada. Porque Harriet tenía razón. Marco le había dado a Giuliana el pañuelo con el que fue estrangulada. La había seguido desde Milán. Había estado en el teatro la noche en que murió, había encontrado su cuerpo y había huido. Había estado escondido durante semanas. Había asustado tanto a Lucia que esta había acudido a la tienda de Clara temblando, queriendo saber qué le había dicho a la policía, qué le había dicho a Clara, presionando y presionando hasta que Lucia tuvo demasiado miedo para volver sola a casa. Y ahora escribía cartas desesperadas a mujeres que no conocía, pidiéndoles que fueran solas a una iglesia al anochecer.

Ella también lo habría arrestado.

—¿Entonces por qué has ido? —preguntó Harriet, como si hubiera escuchado su pensamiento.

—Por la mujer. —Clara lo dijo antes de haber terminado de pensarlo—. Si Marco mató a Giuliana, ¿por qué decirme que vio a otra persona? Un hombre culpable dice «yo no lo hice» y desaparece. No escribe a una desconocida para ponerle un testigo en bandeja.

Harriet guardó silencio.

—La mujer —dijo Clara—. En la carta. Dice que vio a una mujer en el pasillo.

—La he leído.

—No era Lucia. Ni Edith. Ni nadie de la compañía; Marco conocía a esa gente. Los habría nombrado. Dice «una dama». Alguien a quien no reconoció. Alguien que no pertenece al entorno de bastidores.

Harriet la observaba. —¿Alguien del público?

—Quizás. Pero conocería el edificio. Sabría cómo llegar detrás del escenario sin que la detuvieran.

—Esa sigue siendo una lista larga, Clara.

—No. No lo es. Es esa mitad de Londres que tiene acceso a un palco y conoce el edificio lo suficientemente bien como para moverse por él durante una función. Eso no es media ciudad. Es un número muy pequeño de personas.

Harriet no dijo nada. El coche se balanceaba.

—No puedo acotarlo más —dijo Clara—. Todavía no. Pero Marco sí puede. Si logro encontrarlo. Si accede a hablar conmigo.

—Si el agente no lo ahuyenta hasta Dover antes.

Clara estuvo a punto de reírse. No tenía gracia. Nada de aquello la tenía. Pero la imagen del joven y diligente agente de Graham ahuyentando sin querer a su mejor testigo fuera de Londres era tan precisamente el tipo de cosa que le pasaría a ella que no pudo evitarlo.

—Mañana —dijo Harriet—. Ve a ver a Graham. Enséñale la carta. Cuéntaselo todo. Y cuando te grite —y te va a gritar— recuérdale que su agente es la razón por la que Marco huyó.

—Eso no ayudará.

—No. Pero será verdad, y tu inspector es un hombre que respeta la verdad incluso cuando le entran ganas de atravesar una pared de

un puñetazo.

Clara soltó un bufido. El sonido la sorprendió a ella misma; fue una liberación. Se tapó la boca con la mano, pero ya era tarde.

El coche se detuvo frente a la tienda. Clara pagó. Se quedó en la acera y miró la puerta: la puerta en la que Marco Valenti se había detenido, la puerta por la que había deslizado una carta, la puerta que el agente había estado vigilando todo el tiempo sin ver ni una sola cosa que importara.

Clara entró en la tienda. Marmalade estaba sobre el mostrador. Había tinta en el suelo, ya seca, una mancha oscura en las tablas donde había caído el tintero. El gato la miró.

Echó la llave. Sacó la carta de su bolsillo y la dejó en el mostrador, junto a Marmalade. Se quedó mirándola.

Mañana iría a ver a Graham.

No le apetecía nada que llegara mañana.

Observaciones de Marmalade

En las que el hombre de la farola demuestra ser un inútil y yo me encargo de todo personalmente.

El hombre de la farola se había ido.

Me había dado cuenta de esto hacía ya algún tiempo, alrededor de la segunda hora de oscuridad, cuando su aroma pasó de ser de tabaco y aburrimiento a tabaco y sueño y luego, poco después, a nada en absoluto. Se había marchado. Se había largado. Había dejado la farola desatendida como si una farola fuera algo que pudiera cuidarse sola.

No me sorprendió. El hombre de la farola nunca había sido apto para el puesto. El mismo sitio cada noche. El mismo periódico. El mismo tabaco barato. Vigilaba el frente de la tienda como si solo tuviera una puerta. Tiene tres, si cuentas las ventanas. Yo cuento las ventanas.

La tienda estaba a oscuras. Clara estaba arriba, dormida, haciendo lo que hacen los humanos por la noche, que es nada útil. Yo estaba sobre el mostrador. El fantasma estaba tranquilo en su

rincón; la lavanda inmóvil, el aire cálido, la vela estable. Todo como debe ser.

Entonces.

Un aroma en la corriente de aire bajo la puerta. No era tabaco. No era el hombre de la farola. Algo que ya había olido antes: hace dos días, a media tarde, mientras la mujer del papel y la tinta estaba en el retrete. El mismo hombre. Lana húmeda. Pan pasado. Piel sucia. Y debajo de todo eso, espeso como el humo: miedo.

Mis orejas se aplanaron.

Conozco el olor a miedo. Los ratones lo tienen. Los pájaros lo tienen. La mujer que llora y viene a la tienda lo tiene; esa que huele a alcanfor y tiembla cuando se sienta. Este era el mismo olor pero a mayor escala. El miedo de un hombre, apretado contra el otro lado de mi puerta.

Una sombra cruzó el hueco bajo la puerta. Pasos: suaves, lentos, posando cada pie como hace un gato cuando no quiere ser oído, solo que esto no era un gato y no era tan silencioso como él creía. Un papel raspó contra el umbral. Un trozo de papel, empujado por la rendija, deslizándose por las tablas.

Salté del mostrador.

Aterricé sin ruido. Tres zancadas y me puse entre la puerta y las escaleras. Arqueé el lomo. Todos los pelos de mi columna se erizaron. El gruñido surgió desde lo más profundo de mi pecho; no era la advertencia que le doy a la mujer de los arenques cuando intenta tocarme sin invitación. El de verdad.

Seguía allí. Seguía ante la puerta. Podía oír su respiración: rápida, superficial, una criatura que tenía miedo y estaba enfadada al mismo tiempo, que es el tipo de criatura más peligrosa que existe.

Bufé. Con toda la garganta, desde la parte posterior de la mandíbula, el sonido que significa *fuera*.

En su rincón, el fantasma se despertó. La temperatura bajó. La llama de la vela se estiró hacia un lado y murió. Los manojos de lavanda se balancearon en sus ganchos aunque no soplaba viento, y algo tintineó en el estante alto: el frasco de romero, el que Clara guarda junto a la fotografía de su abuela. Tintineó y tintineó y luego

cayó y se hizo añicos, y el olor a romero estalló por toda la tienda como un grito.

La respiración se detuvo. La sombra se retiró. Pasos: rápidos ahora, sin cuidado, sin medir nada, alejándose. El rastro se diluyó. Se desvaneció. La corriente bajo la puerta no traía nada más que aire nocturno y el aroma distante del río.

Se había ido.

Me quedé donde estaba. Vigilé la puerta durante mucho rato, hasta que el fantasma se calmó, el aire se caldeó y el único olor era el polvo de la calle.

El hombre vino. Yo le dije que se fuera. Se fue. Así es como funcionan las cosas. Los humanos ponen a un muchacho con un periódico junto a una farola. Yo me pongo entre la puerta y las escaleras. Uno de estos arreglos es eficaz.

Pasé por encima del frasco roto y del pedazo de papel del suelo y subí las escaleras.

Clara estaba durmiendo. Esto no era aceptable. Había habido una amenaza. Yo me había encargado. El frasco de romero estaba roto, había un desorden en el suelo, era casi de mañana y lo mínimo que podía hacer era despertarse.

Salté a la cama. Ella no se movió. Caminé sobre su cuerpo y me senté en su pecho. Hizo un ruido. Presioné mi nariz contra su barbilla. Me dio un empujoncito. Asenté todo mi peso y esperé.

Abrió los ojos. —Marmalade. Quita.

No me quité. Se incorporó —yo lo permití— y dijo algo sobre la hora y la luz y los gatos que no respetan el sueño. Olía a calor y a jabón de lavanda y a nada más. No había miedo. No sabía lo que yo había hecho.

Me bajó en brazos. Me dejó en el mostrador. Vio primero el frasco de romero: los trozos rotos, las hierbas esparcidas por las tablas. Frunció el ceño. Me miró. Yo le devolví la mirada.

Entonces vio el papel.

Lo recogió. Lo leyó. Y vi cómo cambiaba su cara: el color se le iba, llegaba la inmovilidad y de su piel subía un olor que no le había olido en mucho tiempo. Agrio. Amargo. El mismo olor que traía el hombre.

Miró a la puerta. Me miró a mí. Miró el papel que tenía en la mano.

Barrió los cristales. Llenó mi cuenco. No llenó el suyo. No me dio las gracias.

Y de pronto salió por la puerta —y el papel con ella— y me quedé solo con el romero desparramado y el olor a miedo que aún se desvanecía en la tienda.

No sé qué decía el papel. No sé leer. Pero fuera lo que fuese, hizo que Clara se marchara de la tienda sin revisarse el sombrero dos veces, sin cerrar la ventana de atrás, sin dirigirme siquiera una palabra.

Unas gracias no habrían sobrado.

Capítulo Doce

Dije que nada de polizia.

Cinco palabras. El mismo papel rugoso. El mismo trazo apretado. Clara estaba en la tienda en camisón, con la luz de la mañana entrando por los postigos, el aroma penetrante del romero en el suelo donde el frasco se había hecho añicos y el retal de papel en sus manos.

Él había estado ante su puerta. Por la noche. Mientras ella dormía.

Se vistió y salió de la tienda en veinte minutos. Si le iban a gritar, prefería que el mal trago pasara antes del mediodía.

Scotland Yard estaba muy concurrido a las nueve: agentes en los pasillos, administrativos cargando expedientes, el runrún particular de los hombres que empiezan sus jornadas con té y malas noticias. Clara ya había estado allí antes. Sabía llegar al despacho de Graham: qué pasillo tomar, qué escalera. No necesitaba que la guiaran, lo cual era una suerte, porque cada vez que alguien lo hacía, el asunto terminaba con algún sargento de mirada vivaz llamando con antelación para anunciar que la herbolaria del inspector había llegado.

Hoy no fue diferente. Se cruzó con el sargento Holloway en las escaleras, quien se tocó el ala del sombrero y le dijo:

—Buenos días, señorita Wetherly. ¿Le aviso al inspector de que está aquí o prefiere darle una sorpresa?

—Creo que me está esperando, sargento.

—Siempre la está esperando, señorita. Lo sepa él o no —Holloway sonrió. Clara, no.

Llamó a la puerta.

—Adelante.

Graham estaba en su escritorio. Estaba en mangas de camisa, lo que significaba que llevaba allí desde primera hora de la mañana. La ventana a su espalda estaba abierta. Había té sobre el escritorio, intacto, y un montón de informes, y su abrigo en el perchero junto a la puerta, y su cara... que se lo dijo todo antes de que él pronunciara una palabra.

Lo sabía.

—Señorita Wetherly —él no se levantó—. Siéntese.

Ella se sentó. Llevaba ambas cartas en el bolsillo: la primera y la que había encontrado bajo su puerta aquella mañana.

—Clerkenwell —dijo Graham.

Cogió un papel del escritorio; el informe del agente, supuso ella. —El agente Davies la siguió desde la tienda a las cinco y media. A usted y a la señorita Collins. Se sentaron en el cementerio de St. James durante aproximadamente una hora. Se marcharon a las siete. Se fue a casa —dejó el informe sobre la mesa—. Clerkenwell no es Bloomsbury, Clara. No es uno de sus sitios habituales. ¿Quiere decirme qué estaba haciendo allí o debo pasarme la mañana haciendo conjeturas?

Su voz era precavida. No estaba enfadado, al menos todavía no. Estaba desconcertado. Era el tono de un hombre que examina una pieza que no encaja en el tablero que tiene delante.

Clara metió la mano en el bolsillo y dejó la carta en el escritorio, entre ambos. El papel tosco. El inglés apretado.

Graham la cogió y la leyó.

La leyó una vez, rápido. Volvió al principio. Se detuvo en una línea —ella sabía en cuál, ella se había detenido en la misma— y su mandíbula se tensó. Sus hombros cambiaron de postura. El desconcierto abandonó su rostro y algo más duro ocupó su lugar.

Dejó la carta en la mesa.

—¿Cuándo recibió esto?

—El lunes.

El silencio que siguió fue peor que cualquier grito.

—El lunes —dijo él—. Hoy es jueves.

—Sí.

—Ha tenido esta carta durante tres días —su voz se había vuelto más grave; no más baja, sino más densa, con las palabras pronunciadas tajantes—. Una carta del hombre al que he estado buscando, el hombre del que trataba de protegerla apostando a un agente en su puerta... una carta que constituye una prueba sustancial en una investigación por asesinato. Y usted la ha tenido guardada en el bolsillo tres días.

—Dijo que nada de policía.

—Sé leer, señorita Wetherly.

—Si le hubiera enseñado esto el lunes, ¿qué habría hecho usted?

La boca de Graham era una línea estrecha. —Habría...

—Habría enviado agentes. Habría enviado hombres a la iglesia y hombres a las casas de huéspedes y hombres a cada calle de Clerkenwell, y Marco Valenti los habría visto venir a una milla de distancia y habría huido. Está aterrorizado por la policía. Lo dijo dos veces. No polizia. Please. No polizia.

—Y en lugar de eso, fue usted misma. A encontrarse con un hombre que puede haber estrangulado a una mujer con sus propias manos. Con la señorita Collins.

—Harriet es...

—Una novelista, Clara. Le tengo aprecio a la señorita Collins. Me alegra que estuviera con usted. Pero no es agente de policía. No va armada. No tiene formación. Escribe novelas de folletín —se puso de pie. La silla chirrió—. Fue a Clerkenwell a reunirse con el principal sospechoso de una investigación por asesinato y su protección era una mujer que escribe ficciones sobre crímenes.

—Sé cómo parece, Graham.

—¿Ah, sí? Él le dio el pañuelo con el que la estrangularon. La siguió desde Milán. Estaba en el teatro la noche en que murió. Encontró el cuerpo y huyó. Ha estado merodeando por su puerta y

amenazándola por carta. Eso no es un testigo. Eso no es un hombre asustado con una historia que contar. Es el principal sospechoso de una investigación por asesinato, y usted fue a reunirse con él en un cementerio al atardecer.

Clara le sostuvo la mirada. —Y escribe «nada de policía, por favor» dos veces en una carta. Y su caligrafía tiembla.

—Los hombres desesperados son hombres peligrosos.

—Los hombres desesperados están desesperados, Graham. Eso no los convierte en asesinos.

—Los hace impredecibles. Se metió en una situación que no podía controlar sin ninguna forma de protegerse y no me lo dijo.

—Porque usted me lo habría impedido.

—Sí. Se lo habría impedido. Ese es mi trabajo.

—Su trabajo es encontrar a quien mató a Giuliana Rossetti. Y su agente nos siguió desde la tienda. Todo el camino hasta Clerkenwell. A plena luz del día, en abril. Marco lo vio. Por supuesto que lo vio. Por eso no vino.

—Este es un asunto policial, Clara. No suyo.

—¿Entonces dónde está él? —Clara ya estaba de pie. No recordaba haberse levantado—. Lleva semanas buscando a Marco Valenti. Semanas. Sus agentes, sus recursos, Scotland Yard y todos sus hombres. Y no pudieron encontrarlo. Pero él me encontró a mí. Vino a mi puerta. Me escribió. Estaba dispuesto a hablar conmigo. Y su policía... esa policía a la que no piensa acercarse... lo ha espantado.

—Mi protección es la razón por la que ha vuelto a casa sana y salva.

—¿Lo es? —Clara metió la mano en el bolsillo y sacó la segunda nota. La dejó en el escritorio junto a la carta—. He encontrado esto bajo mi puerta esta mañana.

Graham la leyó. Cinco palabras de la mano de Marco. *Dije que nada de polizia.*

El ambiente en la habitación cambió.

—Estuvo en mi puerta. Por la noche. Mientras dormía. Mientras su agente estaba a veinte pies de distancia y no vio nada —la voz de Clara era firme. Iba a mantenerla firme aunque le fuera la vida en

ello—. Su protección no lo mantuvo alejado, Graham. Solo hizo que se enfadara. Y pasó por delante de su agente en la oscuridad y dejó una nota bajo mi puerta mientras yo dormía.

Los nudillos de Graham estaban blancos de tanto apretar el trozo de papel.

—Así que, ¿cuál de las dos es, inspector? ¿Me mantuvo a salvo su agente o ha empeorado las cosas?

Había acudido a él. A las nueve de la mañana, sin discutir, sin obligarle a ir a buscarla. Nunca antes lo había hecho. Moriría antes de decirle por qué.

Graham tenía las manos a los costados. Tenía la mandíbula apretada.

—Ambas —dijo él—. Y usted lo sabe.

Ella lo sabía. Y odiaba saberlo.

—Esta vez... —dio un paso hacia ella. Solo uno. Su mano amagó con subir... y se detuvo. Quedó suspendida en el aire entre ellos. Demasiado cerca para el despacho. Demasiado cerca para un inspector y una testigo. Demasiado cerca para lo que fuera que se suponía que eran el uno para el otro.

—Podrían haberle hecho daño, Clara.

No «señorita Wetherly». Su nombre de pila. Dicho en voz baja, con un tono que no tenía nada que ver con la investigación, ni con la carta, ni con el agente.

Clara no retrocedió.

Debería haberlo hecho. Sabía que debía hacerlo. Pero su rostro estaba justo ahí —la furia y el miedo y lo que fuera que latía bajo ambos— y no se movió.

—Pero no fue así —dijo ella.

La mano de Graham cayó. Se dio la vuelta. Caminó hacia la ventana. Se quedó de espaldas a ella, con las manos en el alféizar. Sus hombros se enderezaron. Su mandíbula se cuadró. El inspector Redgrave regresó, pieza a pieza, como si se estuviera ajustando una armadura.

Cuando se giró, su voz era neutral.

—La carta. La mujer en el pasillo. Dígame qué piensa.

Clara respiró hondo. Sus manos aún estaban inestables. Las entrelazó en su regazo y se obligó a pensar en el caso.

—Marco dice que vio a una mujer. Una dama. Vestido elegante, pelo oscuro. Alejándose rápidamente de los camerinos. No pone nombre porque no la conoce; él es un profesor de canto de Milán. Conocía a la compañía. Conocía a Lucia, a Carmine, a los tramoyistas. Si la mujer hubiera sido alguien del teatro, lo habría dicho.

—Lo que significa que no era de la compañía. Marco conoce a esa gente: Lucia, Carmine, los tramoyistas. Si hubiera sido alguno de ellos, lo habría dicho. Era alguien a quien no reconoció. Alguien que no tenía nada que hacer entre bastidores.

—Eso sigue dejando fuera a medio Londres.

—No. Deja a alguien que conocía el edificio lo suficiente como para moverse por él durante una representación sin que lo detuvieran. Eso no es medio Londres, Graham. Es un número de personas mucho más reducido, y Marco puede restringirlo aún más. Si es que se decide a hablar.

Graham se frotó la cara. Abrió la puerta de su despacho y se asomó al pasillo. —Sargento Marsh. A mi despacho. Ahora.

Marsh apareció; un hombre corpulento con un cuaderno y el aire pausado de alguien que ha trabajado bajo las órdenes de Graham el tiempo suficiente para saber cuándo no debe hacer preguntas.

—Valenti. Ha estado en Clerkenwell, en la iglesia de St. James y en las calles de alrededor. Quiero hombres en las casas de huéspedes, en el barrio italiano, en los refugios. Está asustado y huye. Y ha estado en la puerta de la señorita Wetherly dos veces sin que mi agente viera absolutamente nada, así que quiero un agente mejor.

—Señor.

—Para hoy mismo, Marsh.

Marsh se marchó. Graham cerró la puerta. Se quedó con la mano en el pomo un largo rato. Cuando se volvió, la furia había desaparecido. Lo que quedaba era peor: cansancio.

—Hay algo más —dijo Clara—. Antes de la carta. Antes de nada de esto. Fui al teatro. Hablé con William Hale.

Graham levantó la cabeza. —¿Fue al teatro?

—Sí.

—A interrogar a un testigo de mi investigación. ¿Y quién la acompañó en esa excursión? ¿La señorita Collins? ¿La señora Penfield? ¿El gato?

—La señora Penfield. Trajo bollos.

—Bollos —Graham se pasó la mano por el pelo—. Ha interrogado a un testigo en una investigación de asesinato armada con bollos.

—No interrogamos a nadie. Tuvimos una conversación. Y los bollos fueron muy eficaces.

—Clara...

—Hale le mintió. Sobre el salón de descanso. No estuvo allí durante la representación; estaba en el pasaje tras la galería de peines. Oyó un grito. Oyó a alguien correr. Y volvió al salón, se sentó y no dijo nada.

Eso lo detuvo. Su mano se movió hacia el escritorio, buscando una pluma, por la costumbre de anotarlo todo. —¿Él le dijo eso?

—Me lo dijo. También me dijo que vio a Marco entre bastidores antes de la representación. Cerca de los camerinos. Agitado.

—Debería haberme traído esta información inmediatamente.

—Se la traigo ahora —Clara se inclinó hacia delante—. Y Graham... él conoce ese edificio. Cada pasillo, cada atajo, cada corredor vacío y cuándo lo está. Lleva allí siete meses escribiendo música. Pero así no es como un compositor aprende a conocer un edificio.

Graham escribió algo. Ella se enderezó. —Tenemos que mirar todos los ángulos...

—Estoy mirando todos los ángulos, Clara. Ese es mi trabajo. Esto no es de su incumbencia.

—Ah, no —Clara se adelantó en la silla—. No va a volver a hacer eso. Estoy ayudando en esta investigación, Graham, lo apruebe usted o no. He estado ayudando desde que la señora Penfield entró en mi tienda y usted lo sabe.

Salió un sonido del fondo de su garganta; no fue una palabra, ni una señal de asentimiento, sino algo más parecido a un gruñido.

Clara continuó, impasible. —¿Qué otros ángulos está mirando?

Graham cogió su pluma y la dejó sin escribir nada. —Los abogados de Beaumont enviaron otra carta al comisionado ayer. Sugiriendo que estoy persiguiendo a la familia sin motivos suficientes. Ahora no quiere hablar conmigo en absoluto. A cada puerta a la que llamo, los abogados ya han pasado primero.

—Él insistió en encontrar al asesino de Giuliana. Exigió que Scotland Yard se tomara el caso en serio. Y ahora intenta que todo desaparezca —Clara le sostuvo la mirada—. ¿Qué ha cambiado?

—No lo sé. Pero tengo intención de averiguarlo.

—Quizá simplemente se ha dado cuenta de lo que supondría una investigación. Las preguntas. Los periódicos. Su nombre ligado a una cantante de ópera asesinada. Quizá quiera distanciarse del escándalo.

Graham sopesó la idea. Ella podía ver cómo le daba vueltas, contrastándola con cualquier otra cosa que tuviera entre manos.

—Es posible —dijo él—. Pero pretendo evaluar las posibilidades por mí mismo. Si Beaumont me deja acercarme a él lo suficiente como para hacerle una pregunta.

Las dos cartas descansaban sobre el escritorio entre ellos: el inglés roto de Marco, la amenaza de cinco palabras. Tres sospechosos. Ninguna prueba contra ninguno. Y el tiempo corriendo.

—Hay algo más —dijo Graham.

Ella esperó.

—Lady Ashworth organiza una velada musical benéfica el sábado por la noche. Beaumont y su esposa asistirán.

Clara lo miró. —¿Y?

—Y necesito estar allí.

—Pues vaya.

La mandíbula de Graham se movió. Miró a la ventana. Miró al escritorio. Miró a un punto indeterminado por encima del hombro izquierdo de Clara. —Después de lo de la ópera... después de que la llevara... ha habido ciertos comentarios.

—Comentarios.

—Comentarios —se aclaró la garganta—. La señora Harcastle se lo dijo a lady Clifford, que se lo dijo a... no importa quién se lo dijo a quién. El caso es que un inspector de la Policía Metropolitana que

asiste a la ópera con una mujer soltera vestida de seda verde es, al parecer, lo más interesante que le ha pasado a la sociedad londinense desde que la duquesa de Thornfield insultó al embajador francés.

—No sabía que yo resultara tan fascinante.

—Usted no es la parte fascinante, señorita Wetherly. Yo soy la parte fascinante. El tercer hijo que se metió a policía y luego se dejó ver en la ópera con una boticaria de Bloomsbury... me dicen que es el material de las novelas de la señora Bradshaw.

—Harriet estaría encantada.

—Harriet no es la que tiene una madre que ha escrito cuatro cartas en una semana —Graham se presionó los párpados con los dedos—. Si asisto a la velada musical solo, me pasaré la noche esquivando a todas las matronas de Londres. Si asisto con la boticaria, las matronas se centrarán en usted y yo podré acercarme a Beaumont. Además... —hizo una pausa—. La duquesa estará allí. Dice que hace demasiado tiempo que no la ve.

La duquesa de Thornfield. Clara sintió una punzada de culpa. Hacía semanas que no iba a la mansión; no había revisado los invernaderos, ni siquiera había enviado una nota. ¿Cómo había podido descuidarlo así? Iría esta semana. Mañana mismo. Ella...

Apartó el pensamiento. Su pulso no se había calmado del todo tras lo ocurrido diez minutos antes. Lo ignoró. —Así que me necesita.

—Necesito acceso a Beaumont en un entorno social donde sus abogados no puedan intervenir. La velada es mi mejor oportunidad. Y no... —se detuvo. Empezó de nuevo—. No voy a asistir a otro evento social sin acompañante. No después de lo de la ópera.

Miraba a la pared, detrás de ella. A la ventana. A cualquier cosa que no fuera Clara.

—Se da cuenta de que —dijo Clara— llevar a la misma mujer por segunda vez hará que los comentarios sean mucho peores.

—Soy consciente.

—Su madre estará encantada.

Graham soltó un sonido que no llegaba a ser gémido ni palabra. —Mi madre ya está encantada. Mi madre lleva encantada desde la

ópera. Mi madre ha hecho indagaciones sobre usted por tres vías distintas y si asisto a otro evento solo, se presentará en mi oficina con una lista de mujeres casaderas y tendré que arrestarla para que se detenga.

Clara se mordió el interior de la mejilla. —No tengo otro vestido de seda verde.

—Póngase lo que quiera. Póngase un delantal. Me da igual. ¿Vendrá?

—¿El sábado?

—El sábado. A las ocho. Enviaré un coche.

—Enviará un coche —Clara cogió sus guantes—. ¿Habrá cena?

—Habrá un champán mediocre y la duquesa de Thornfield haciendo preguntas indiscretas sobre mis intenciones.

—Entonces iré. Por el champán.

Él relajó los hombros. Solo un poco. Lo justo.

—Debería irme —dijo ella.

—La acompañaré a casa.

—Sé volver sola, Graham —se puso los guantes—. Y estoy segura de que hará que su agente me siga de todos modos.

Su mandíbula se tensó. Se tragó lo que sea que estuviera a punto de decir.

—El sábado. A las ocho.

—A las ocho.

Ella salió. Caminó por el pasillo hasta la calle y el aire de abril la recibió.

Sábado. A las ocho.

Odiaba admitir —incluso ante sí misma, incluso en la intimidad de sus propios pensamientos en una mañana de jueves de brillante sol primaveral— que tenía muchísimas ganas de que llegara el sábado.

Capítulo Trece

El vestido azul se había terminado a las seis y media.

Dorothea había llevado a cabo algo más parecido a una cirugía que a la costura: tres días de alfileres, marcas de tiza y palabras masculladas; tela cortada, recortada y planchada hasta el límite de su resistencia; el corpiño entallado dos veces porque Clara había perdido peso sin darse cuenta y Dorothea se daba cuenta de todo. El resultado era una seda del color de un atardecer de invierno, ajustada a la cintura, con las mangas colocadas en su punto justo. Clara se había plantado frente al espejo del taller de Dorothea y había pensado: *esta no es mi vida.*

Había pasado la tarde del jueves convenciéndose de que no estaba emocionada. El viernes había sido más fácil. Para el sábado por la mañana, ya había construido un argumento perfectamente razonable: aquello era una investigación. Graham necesitaba acceso a Beaumont en un entorno social. Estaba usando el nombre de su familia —algo que detestaba— porque el caso lo requería. Era práctico. Profesional. Incluso admirable, a su manera. Ella era una pieza útil en el tablero y había aceptado que la moviesen; eso era todo.

Para el sábado a las siete, se lo creía por completo.

A las ocho y diez llegó el coche de punto de Graham. Clara bajó las escaleras y vio que la señora Penfield estaba en su ventana, al otro lado de la calle: la cortina descorrida apenas un par de

centímetros, la lámpara con la llama baja, sin siquiera fingir que no estaba mirando. Clara levantó una mano. La cortina se cerró de un tirón.

Graham esperaba junto al coche. No estaba en mangas de camisa.

Solo lo había visto de etiqueta una vez: en la ópera, cuando la seda verde había causado todo aquel lío. Entonces había estado preparada para ello. Ahora no lo estaba, y aquel estúpido y traicionero aleteo bajo las costillas llegó puntual a su cita y se instaló como si fuera el dueño del lugar.

Iba a tener que controlar aquello. De inmediato. Empezando ahora mismo.

—Señorita Wetherly. —Le ofreció la mano para ayudarla a subir al coche.

—Inspector.

Él recorrió el vestido con la mirada. La recorrió a ella. No dijo nada. Su mandíbula hizo un gesto complicado y miró hacia la calle.

—Llega tarde —dijo Clara.

—Llego diez minutos tarde porque mi sargento ha decidido que este era el momento ideal para entregar un informe sobre las casas de huéspedes de Clerkenwell.

—¿Y?

—Y nada. Ni rastro de Valenti. Nadie lo ha visto. Nadie admite haberlo visto. —Graham se sentó frente a ella. El coche se puso en marcha. Empiezo a pensar que ese hombre se ha marchado de Londres.

Clara no dijo nada. Pensó en las cuatro palabras bajo su puerta: *He dicho no polizia.* Marco no se había marchado de Londres. Marco se escondía en Londres de la policía, de quienquiera que lo hubiese asustado, de todo el mundo excepto de la mujer a cuya puerta no dejaba de acudir.

—La duquesa estará allí —dijo Graham, como si cambiar de tema fuera algo que hiciese con elegancia.

—Ya lo ha mencionado.

—Le preguntará por los invernaderos.

Clara hizo una mueca. La duquesa le había dado vía libre en los invernaderos de Thornfield después de que la tienda de Clara ardiera: una llave para la puerta del jardín, libre uso del cobertizo de macetas e instrucciones de tratar el lugar como si fuera suyo. Clara se lo había pagado resolviendo un asesinato en la casa de la mujer. La duquesa había declarado que Clara era la única persona tolerable en Londres y ahí había quedado la cosa. Clara no había vuelto a la mansión desde —echó cuentas— tres semanas antes del asesinato en el teatro. Las rosas estarían furiosas con ella. La duquesa estaría peor.

—También —añadió Graham, y guardó silencio de una forma que sugería que las siguientes palabras le costaban esfuerzo— preguntará por nosotros.

—No hay ningún «nosotros», inspector.

—Soy consciente. La duquesa no. La duquesa ha decidido que existe un nosotros, ha decidido que le parece bien y se pasará la velada haciendo que esa aprobación sea lo más pública e incómoda posible.

—Encantador.

—Una vez le dijo al embajador francés que su vino era aceptable. A la cara. En su propia mesa. No es una mujer que se moleste en ser sutil.

El coche giró hacia Piccadilly. Las farolas proyectaban formas alargadas sobre los asientos. Clara alisó la seda azul sobre sus rodillas y se recordó que aquello era una investigación. Que el aleteo era irrelevante. Que estaba allí porque Beaumont estaría allí y Graham la necesitaba, y el vestido no era más que un vestido.

El vestido no era solo un vestido. Dorothea lo sabía. La señora Penfield lo sabía. El tirón de la cortina lo había confirmado.

Clara entrelazó las manos en el regazo y vio pasar la ciudad.

La casa de Lady Hartwell estaba iluminada como una catedral.

Cada ventana resplandecía. Los carruajes se alineaban en la media luna en doble fila, con lacayos ayudando a bajar a mujeres vestidas de seda y con pequeñas perlas; el pavimento brillaba bajo

la luz del gas y el murmullo del dinero llegando a un lugar donde esperaba ser bienvenido. Clara bajó del carruaje y sintió la distancia entre Bloomsbury y Mayfair en cada piedra bajo sus pies.

Graham le ofreció el brazo. Ella lo tomó. Su manga se sentía cálida bajo su mano enguantada.

—¿Beaumont? —preguntó ella.

—Dentro. Su esposa también. —La voz de Graham era baja, ahogada por el ruido de los carruajes—. Quédese cerca de la duquesa. Ella sonsacará a Lady Beaumont mejor de lo que yo podría hacerlo. Necesito veinte minutos con Beaumont si es que puedo lograrlos.

—¿Y si sus abogados están aquí?

—Sus abogados no asisten a veladas musicales benéficas. De eso se trata.

Entraron. El vestíbulo era mármol y luz de velas y demasiadas flores: lirios de invernadero, cuyo aroma era tan denso que casi se podía saborear. Un cuarteto de cuerda tocaba en algún lugar más profundo de la casa. Clara contó cabezas mientras pasaban por la línea de recepción: Lady Hartwell, delgada y amable, que miró a Clara con una cortesía vacía; Lord Hartwell, que estrechó la mano de Graham, lo llamó Redgrave y dijo algo sobre su padre.

Graham la guio a través de la multitud con una mano en la parte baja de la espalda.

La sala de música era alargada, blanca y ya estaba llena. Sillas en hileras, programas con bordes dorados en cada asiento, un piano al fondo donde una joven calentaba con escalas que sonaban caras. Clara recorrió la sala con la mirada.

Lord Beaumont estaba junto a las ventanas. Lo reconoció de la ópera: alto, rubio, apuesto y satisfecho de serlo. Su esposa estaba a su lado, menuda, morena y muy quieta, con la mano puesta en el brazo de él. Lady Beaumont. Graham se la había presentado en la ópera, brevemente, en el vestíbulo. Clara recordaba perlas y una mirada ilegible, nada más.

Ahora no sonreía.

—Allí. —Graham movió la barbilla apenas una fracción—. Déjese ver. Buscaré la forma de llegar hasta él durante el intermedio.

La dejó sola. Ella se quedó plantada en una sala llena de extraños, con un vestido azul que costaba más que el alquiler de un mes y pensó: *esta es exactamente la clase de velada que acaba conmigo escondida detrás de una palmera decorativa.*

—Clara Wetherly.

La voz venía de atrás: baja, divertida y acostumbrada a ser obedecida.

Clara se dio la vuelta. La duquesa de Thornfield estaba sentada en una silla de respaldo alto cerca de la pared, con una copa de champán en una mano y un bastón en la otra. Vestía de negro, como hacía todos los días desde que el duque murió, y sus ojos eran afilados como una cuchilla.

—Su Excelencia.

—Lleva usted azul.

—Así es.

—Le sienta bien. Siéntese antes de que alguien la obligue a hablar con ellos.

Clara se sentó. La silla al lado de la duquesa estaba vacía; Clara no sabía si por diseño o porque nadie se atrevía a ocuparla.

—Hace tres semanas que no la veo —dijo la duquesa.

—Lo sé. Lo siento. He estado...

—Inmersa en una investigación de asesinato, según me han dicho. Mi ama de llaves. A quien se lo dijo su hermana. Que trabaja para la señora Penfield. —La duquesa dio un sorbo a su champán. Las rosas están mustias. La dedalera está magnífica. Y usted está aquí con el inspector, lo cual apruebo, así que no se moleste en negarlo.

—No iba a negar nada, Su Excelencia.

—Bien. La negación es tediosa y ya soy demasiado vieja para ella. —La duquesa inclinó la cabeza hacia la sala—. Lady Beaumont está aquí. ¿Se ha fijado?

El pulso de Clara se alteró. —Me he fijado.

—Una mujer interesante. Silenciosa. Se contiene bien. Pero la ha estado observando desde que entró. —Los ojos de la duquesa se fijaron en el rostro de Clara—. Me pregunto por qué.

Clara no respondió a eso. Observó a Lady Beaumont al otro lado de la sala: la quietud, la mano sobre el brazo de Beaumont, que parecía decorativa pero apretaba con demasiada fuerza.

La música comenzó. Una soprano —no de Her Majesty's, sino de otro lugar, alguien joven y dubitativa— cantó a Schubert. Clara escuchaba con un oído y vigilaba la sala con ambos ojos. Graham se había posicionado cerca de la chimenea, lo bastante cerca de Beaumont para que pareciera casual pero no tanto como para que pareciera un abordaje. Bebía un champán que no terminaría y hablaba con un hombre de patillas blancas sobre algo que requería que asintiera con frecuencia.

En el intermedio, la sala se dispersó. La gente se puso en pie, se estiró y se movió hacia el champán y la cena fría dispuesta en la habitación contigua. Graham se dirigió hacia Beaumont; Clara lo vio interceptar al conde cerca de la chimenea, entablar conversación con él y guiarlo hacia el otro extremo de la sala. Lejos de su esposa.

La duquesa agarró el brazo de Clara. —Venga. Quiero cenar y quiero hablar con Lady Beaumont sobre sus perlas.

—¿Sobre sus perlas?

—Son de imitación. Quiero ver si ella lo sabe.

Clara estaba bastante segura de que a la duquesa no le interesaban las perlas, fuesen falsas o no. La multitud se apartaba a su paso —la duquesa se movía por una sala como un buque de guerra por un puerto— y llegaron a la mesa de la cena donde Lady Beaumont estaba sola.

De cerca, Lady Beaumont era más joven de lo que Clara había pensado: quizá treinta años, con el cabello oscuro recogido con sencillez y un rostro que habría sido bonito si no fuera tan rígido. Vestía seda de color gris paloma y las mismas perlas de la ópera, y sostenía una copa de champán que no había tocado.

—Lady Beaumont —dijo la duquesa—. Sus perlas son preciosas.

—Gracias, Su Excelencia. —Su voz era firme. Entrenada. Había aprendido a hablar en eventos como aquel por necesidad, no por placer, y se notaba en cada sílaba cuidadosamente pronunciada.

—Siéntese con nosotras —dijo la duquesa. No era una pregunta.

Se sentaron. La duquesa hablaba sobre la música, sobre el tono de la soprano, sobre los lirios de Lady Hartwell, que declaró excesivos. Clara la dejaba hablar. Lady Beaumont respondía cuando se dirigían a ella. Educada. Cautelosa. Cada palabra era una puerta cerrada.

Clara esperó.

La mujer que estaba a su lado —Lady algo, Clara no retuvo el nombre— se inclinó sobre la mesa. — ¿Se han enterado? La señora Calder perdió un broche en el Her Majesty's el mes pasado. Un granate. Simplemente desapareció de su palco durante el intermedio. Es el tercero de esta temporada. Las joyas simplemente salen caminando del teatro.

—El cuarto —dijo la duquesa—. Lady Marchmont perdió un brazalete en febrero. Le dio demasiada vergüenza denunciarlo.

—La cosa empeora. Primero los robos, ahora el asesinato... ¿En qué se está convirtiendo ese teatro?

La charla derivó —de forma inevitable e imparable— hacia el espantoso asunto. La duquesa lo había dirigido hasta allí. Clara la había visto hacerlo.

—Un asunto terrible —dijo la duquesa—. Esa pobre chica. Era italiana, ¿verdad?

—Sí —dijo Lady Beaumont. Su mano se apretó contra la copa de champán. Una soprano.

—Tengo entendido que la policía sigue investigando. No hay detenciones.

—No lo sabría decirle, Su Excelencia. Mi marido no habla de ello.

—No, supongo que no lo hace. —La duquesa miró a Clara. Clara mantuvo el rostro impasible.

La misma mujer volvió a inclinarse. —He oído que era muy hermosa. La soprano. Y que tenía admiradores.

—Era una cantante de ópera —dijo Lady Beaumont. Las palabras salieron cortantes. Precisas—. Todas tienen admiradores. Es la naturaleza de la profesión. Aceptar tributos de un caballero y desfilarlos ante otro... eso es lo que hacen. Eso es lo que ella hizo.

La mesa se quedó en silencio. No fue el silencio del asombro, sino el silencio de mujeres recalibrando, decidiendo si aquello había

sido un comentario mordaz o simplemente honesto.

Las manos de Clara se quedaron quietas en su regazo.

Aceptar tributos de un caballero y desfilarlos ante otro.

Por supuesto que estaba amargada. El idilio de su marido era el secreto peor guardado de Londres. Pero la amargura era una cosa; el detalle era otra. Un tributo. Desfilado. No era el resentimiento vago de una esposa humillada, sino algo visto. Algo específico.

Clara cogió su champán, bebió y dijo: —La música es bastante buena esta noche, ¿no creen?

La conversación prosiguió. Lady Beaumont estaba arrebolada pero su voz no flaqueó. La duquesa captó la mirada de Clara al otro lado de la mesa y la sostuvo exactamente durante un segundo.

Un segundo fue suficiente.

Graham la encontró en la terraza.

Ella había salido al terminar la segunda parte del programa —un violonchelista, muy bueno, que tocó algo fúnebre que Clara no supo identificar— porque la sala estaba demasiado caldeada, el olor de los lirios era demasiado fuerte y necesitaba pensar.

La terraza daba a un jardín que no alcanzaba a ver. La noche era fresca, el cielo estaba despejado y el ruido de la sala de música llegaba amortiguado a través de las puertas de cristal.

—¿Ha hablado con Beaumont? —dijo Clara, sin volverse.

—Brevemente. —Graham se puso a su lado. No demasiado cerca. No lo suficiente. No lo bastante lejos—. Ha sido cortés. No ha respondido a nada. Ha dicho que la investigación era un asunto de la policía, que tenía plena confianza en la Fuerza Metropolitana y que esperaba que el asunto se resolviera pronto.

—Ese es un hombre recitando lo que sus abogados le ordenaron decir.

—Palabra por palabra, sospecho. —Graham se apoyó en la balaustrada. No he sacado nada. Él es refinado y cuidadoso, y su esposa lo vigila desde el otro lado de cada habitación como si esperara que él fuera a romper algo.

—Su esposa ha dicho algo esta noche.

Graham la miró.

Clara se lo explicó. Los tributos. El desfile. La amargura que resultaba demasiado específica para ser de segunda mano.

Él no dijo nada durante un buen rato. Luego: —Ella sabe lo del pañuelo.

—Sabe algo sobre un regalo. Entregado por un hombre, lucido ante otro.

—La aventura de su marido es de dominio público, Clara. La mitad de las mujeres de esa sala podrían habérselo contado.

—Podrían haberlo hecho. Pero no lo dirían de la forma en que ella lo ha dicho.

Graham guardó silencio. —Podría no ser nada. Una esposa repitiendo lo que su marido le contó. O lo que le dijeron los sirvientes. O lo que oyó por casualidad en una cena.

—Podría ser.

—Pero usted no lo cree.

—No sé lo que creo. Todavía no.

Se quedaron en la terraza. La música había cesado. En algún lugar del interior hubo aplausos y luego los sonidos de una sala que se vacía: sillas arrastrándose, voces que se elevan, el susurro de abrigos y chales.

—Clara.

Ella lo miró. La luz del gas de las puertas iluminaba el perfil de su cara. Él no miraba al jardín, ni a la calle, ni al cielo. La miraba a ella.

—El azul le sienta bien —dijo él. En voz baja. Como si le costara decirlo.

El pecho de Clara volvió a hacer esa estupidez. Ella lo ignoró. Estaba volviéndose muy buena ignorándolo.

—Gracias, Graham.

Él sostuvo su mirada un instante de más. La distancia entre ellos volvía a ser incorrecta; no la incorrección de su despacho el jueves, donde la furia se interponía, sino una incorrección distinta. Más suave. La incorrección de dos personas de pie en una terraza en la oscuridad sin nada entre ellas salvo aquello que ninguno de los dos estaba dispuesto a decir.

Clara apartó la mirada primero.

—Deberíamos entrar —dijo ella.

—Sí.

Ninguno de los dos se movió.

La tienda estaba a oscuras cuando volvió a casa. Marmalade estaba en el mostrador junto a la fotografía de Genevieve, lo cual era inusual: por la noche prefería el alféizar de la ventana, desde donde podía vigilar la calle. Pero esta noche estaba apretado contra el marco, con los ojos entrecerrados, y el aire en la tienda era cálido y olía a lavanda.

La lavanda de Genevieve. Más fuerte de lo que lo había sido en semanas.

Clara dejó sus guantes en el mostrador. Marmalade abrió un ojo, la observó y empezó a ronronear. No ronroneaba a menudo. No lo hacía por comida, ni por afecto, ni por ninguna razón que Clara hubiera podido identificar jamás. Ronroneaba cuando le daba la gana, y esta noche le dio la gana, y el sonido llenó la tienda a oscuras junto al aroma de la lavanda.

Clara tocó la fotografía. El rostro de Genevieve —joven, anguloso, con la misma mandíbula que Clara veía en el espejo— la miraba desde detrás del cristal.

—Lo sé —dijo Clara en voz baja—. No empieces.

La lámpara de la señora Penfield seguía encendida al otro lado de la calle.

Clara subió al piso de arriba. Se sentó en el borde de su cama con el vestido azul y recordó la terraza: su voz, la distancia entre ellos, la forma en que había pronunciado su nombre.

OBSERVACIONES DE MARMALADE

En las que Clara llega a casa con un olor equivocado y yo tengo mis opiniones.

Llegó tarde. Oliendo a velas ajenas, a demasiadas flores, a champán y —por debajo de todo, enhebrado como un rastro del que no podía desprenderse— al alto.

Apestaba a él. No en la piel —los humanos no son tan directos—, sino en el calor que desprendía su abrigo, en el pulso acelerado que todavía latía bajo su mandíbula, en la forma en que dejó los guantes sobre el mostrador y se quedó muy quieta, tocó la fotografía del fantasma y dijo: «Lo sé. No empieces».

Yo estaba en el mostrador. Había estado esperando. Es lo que hago. Ella sale al mundo y regresa oliendo a habitaciones extrañas, y yo catalogo cada aroma que trae a casa y determino si algo de ello constituye una amenaza. Esta noche: cera de vela. Polen de lirio. Aire frío. Vino. Y el alto, cálido y cerca, tan cerca que su olor a lana y té se había instalado en la seda de su vestido.

Estaba poniendo esa cara. Esa en la que sus ojos se ablandan, su boca hace algo complicado y se queda en la tienda a oscuras rememorando una conversación de la que no puede hablar con nadie. He visto esa cara antes. Se está volviendo algo frecuente.

El fantasma estaba muy presente en el aire esta noche. Lavanda, calidez y algo que presionaba mi pelaje como una mano que no estaba allí. Hace esto cuando el alto ha estado cerca. El aire cambia. La vela se estabiliza. No pretendo comprender cómo se las arreglan los muertos, pero el fantasma tiene opiniones sobre las perspectivas de Clara y no es nada sutil con ellas.

Empecé a ronronear. No por Clara. Ni por el fantasma. Ronroneaba porque la tienda estaba caliente, la noche tranquila y Clara estaba en casa, y el aroma del alto en su abrigo significaba que alguien más velaba por ella cuando yo no podía, y eso era aceptable, aunque sus métodos fueran penosamente lentos.

Me rascó detrás de las orejas. Lo permití porque soy generoso.

Subió las escaleras. Los peldaños crujieron dos veces. La puerta del dormitorio se cerró. La tienda se asentó a mi alrededor; la lavanda del fantasma se fue disipando lentamente, como el aliento que abandona una habitación.

Clara Wetherly es una mujer sensata en todos los aspectos menos en uno. Y ese aspecto mide aproximadamente un metro ochenta, huele a lana y parece incapaz de gestionar un simple cortejo sin involucrar a la Policía Metropolitana, a una soprano muerta y a varios meses de angustia innecesaria.

He intentado ser paciente. Mi paciencia no es infinita.

Capítulo Catorce

El lunes por la mañana, Graham estaba ante su puerta.

La tienda no había abierto aún. Clara lo vio a través del cristal: con el abrigo puesto, el sombrero en la mano y el rostro demudado. Ella abrió la puerta.

Él entró sin esperar a que se lo pidiera. Colgó el sombrero en el gancho junto a la puerta; su gancho, aunque ninguno de los dos lo hubiera dicho nunca.

—Siéntate —dijo Clara—. Pondré el hervidor.

—Clara...

—Siéntate, Graham.

Se sentó. En la mesa de la parte trasera de la tienda, la pequeña de madera desconchada con las hierbas secas colgando encima y la ventana que daba al patio. Clara llenó el hervidor. Lo puso al fuego. Cortó pan y sacó mantequilla y el tarro de mermelada de ciruelas de la señora Penfield que solía estar en el estante junto a la ventana. Hizo estas cosas porque había que hacerlas y porque el rostro de Graham le indicaba que cualquier cosa que hubiera venido a decir sería más fácil de contar con pan y té de por medio que de pie en un umbral.

Marmalade saltó del mostrador a la mesa. Graham alargó la mano y le rascó tras las orejas. Marmalade lo permitió. Se lo permitía a Graham. A muy pocos más.

—Marco Valenti ha muerto —dijo Graham.

La mano de Clara se detuvo sobre la tetera. La soltó.

—Lo han encontrado esta mañana. Al pie de una escalera en una casa de huéspedes cerca de Leather Lane. Una herida en la cabeza. El forense dictaminará que ha sido una caída: un extranjero borracho que tropezó en la oscuridad. —Cogió el trozo de pan que ella le acercó, pero lo dejó intacto—. El comisario está aliviado. Todos mis superiores están aliviados.

—¿Y tú?

—El único testigo en mi investigación de asesinato aparece muerto la semana después de intentar hablar contigo. Y el forense dice que es un accidente. —Graham la miró—. No creo en las coincidencias, Clara. Nunca he creído.

El hervidor empezó a silbar. Clara preparó el té.

La puerta trasera se abrió sin llamar. La señora Penfield apareció con un plato de bizcocho de semillas. Había visto el carruaje. Había sacado sus conclusiones.

—Inspector. —Dejó el bizcocho sobre la mesa como si la hubieran estado esperando—. Tiene un aspecto espantoso. Coma algo. —Miró a Clara—. He visto el coche. Me lo he imaginado. ¿Interrumpo?

—Sí —dijo Graham.

—Bien. —La señora Penfield sacó la tercera silla y se sentó—. Entonces debe de ser importante. ¿Qué ha pasado?

Graham miró a Clara. Clara miró a la señora Penfield. No servía de nada echarla. Nunca había servido de nada echar a la señora Penfield.

—Marco Valenti ha muerto —dijo Clara.

La mano de la señora Penfield se quedó quieta sobre el plato del bizcocho. —El hombre que te escribió.

—Encontrado al pie de una escalera. El forense dice que ha sido una caída.

La señora Penfield miró a Graham. Graham no dijo nada. La señora Penfield cortó tres trozos de bizcocho, les pasó uno a cada uno, se quedó con el tercero y dijo: —Bueno. No me creo eso ni por un momento. Y usted tampoco.

Se quedó. Por supuesto que se quedó. Se sirvió té de la tetera sin preguntar y se sentó a la mesa a escuchar mientras Graham y

Clara la ponían al corriente: la velada musical, las pulidas evasivas de Beaumont, los abogados, el comisario cerrando filas.

—¿Y Lady Beaumont? —preguntó la señora Penfield—. ¿Qué tal se la veía?

—Controlada —dijo Clara—. Serena. Pero dijo algo...

—Siempre parece controlada —dijo la señora Penfield, cortando más bizcocho—. Dorothea dice que ha cancelado la mitad de sus pruebas de vestuario de primavera. Y he oído de la señora Alcott —quien a su vez lo oyó de la hermana del ama de llaves de los Beaumont— que han cancelado su viaje a París por completo. Una pena. Tengo entendido que lo estaba deseando.

Graham levantó la vista. —¿Los Beaumont tenían planeado un viaje a París?

—Al parecer, sí. Bueno, con todo este asunto tan espantoso, comprendo perfectamente que no vayan. Difícilmente se puede uno dejar ver de vacaciones por el continente mientras la policía hace preguntas sobre su amante muerta. —La señora Penfield se sacudió las migas de bizcocho de los dedos—. Bien. ¿Qué dijo Lady Beaumont en la velada?

Clara archivó aquello —el viaje a París, cancelado— junto a todo lo demás. Le contó a la señora Penfield lo del desliz. Los homenajes. El exhibicionismo. La señora Penfield escuchaba con el cuchillo de cortar el bizcocho aún en la mano y la mirada afilada.

—Interesante —fue todo lo que dijo. Clara conocía ese tono. Habría averiguaciones.

Graham cogió su té. Bebió. —Ya están cerrando el caso a mi alrededor. Me estoy quedando sin espacio de maniobra.

—Marco dijo que vio a una mujer en el pasillo —dijo Clara—. Alguien a quien no reconoció. Eso no muere con él. Edith Carr estaba entre bastidores esa noche. Lucía estaba allí. Alguien más vio algo.

—Hablaré con ellas de nuevo. Con las dos. —Graham se frotó la nuca—. Y Beaumont sigue bloqueando cada puerta que abro. Sus abogados. El comisario. Todo el sistema.

Dejó la taza. —Clara, si es Beaumont... si él hizo esto... ya sabes lo que pasa. Es un conde. Sus abogados tienen la oreja del

comisario. Si Beaumont mató a esa chica, o si Beaumont mató a Marco, no se enfrentará a la justicia.

Clara lo sabía. Lo sabía desde la primera vez que las investigaciones de Graham fueron desviadas por una carta educada. No como una indignación, sino como el clima. Algo para lo que uno se viste y que debe soportar.

—Eso no tiene nombre —dijo ella. Porque había que decirlo.

—No. No lo tiene.

Clara dio vueltas a la taza entre sus manos. Algo la inquietaba; una forma que aún no veía con claridad.

—Graham. Si Beaumont mató a Giuliana... ¿por qué iba a matar a Marco?

Graham frunció el ceño. —Porque Marco era un testigo.

—¿Un testigo de qué? Marco vio a una mujer. No a Beaumont. A una mujer. Si Beaumont estranguló a Giuliana en su camerino y Marco vio a una mujer salir... ¿qué sabe Marco que amenaza a Beaumont?

Él cogió el pan, arrancó un trozo y se lo comió, dándole vueltas al asunto. No al pan. A la pregunta.

—No encaja —dijo Clara—. O bien Beaumont mató a Giuliana y Marco vio algo sin relación, o quienquiera que matase a Giuliana es la misma persona que quería a Marco callado. Y eso no es necesariamente Beaumont.

Graham la miró a través de la mesa. La luz de la mañana resaltaba las arrugas de sus ojos. Parecía cansado.

—Hablaré con Lucía y Edith esta semana —dijo—. ¿Vendrás?

Clara parpadeó. En todas las investigaciones —en todas—, él nunca le había pedido eso. Ella se había abierto paso a empujones. Se había presentado sin invitación. Había ido a sus espaldas y se había llevado una bronca por ello. Pero él nunca le había pedido que lo acompañara.

—Sí —dijo ella—. Iré.

Graham asintió. Terminó su té. Comió el pan con la mermelada de ciruelas y Clara le sirvió una segunda taza y se quedaron sentados a la mesa bajo la luz matinal hablando del caso. De Lucía y

Edith y qué preguntas hacer y dónde estaban los huecos. Trabajaron.

La señora Penfield se fue primero: —Tengo que ver a un carnicero por un jarrete de cordero y a un ama de llaves por un viaje a París —y besó la mejilla de Clara al salir.

Cuando Graham se marchó, cogió su sombrero del gancho junto a la puerta y dijo: —El miércoles. Vendré a por ti a las diez.

—Estaré lista.

Él hizo una pausa en el umbral. Se volvió a mirarla. Fuera lo que fuese lo que cruzó su rostro, se lo guardó para sí. Se puso el sombrero y salió a la mañana.

OBSERVACIONES DE MARMALADE

En las que un aroma familiar regresa y yo hago el turno de noche.

El alto llegó antes de que la luz fuera plena: antes del carro del pan, antes de la leche, antes de que el agente de la plaza terminara de fumarse su primera pipa en la acera. Llamó a la puerta. Clara abrió. Llevaba la bata verde, lo que significa que no esperaba visitas, y se tocó el pelo en el umbral, lo que significa que ojalá sí.

Humanos. De verdad.

Se sentaron en mi tienda durante la mayor parte de la mañana haciendo lo que suelen hacer, es decir: hablar de la muerte mientras sus cuerpos hacían otra cosa. Ella preparó té. Cortó pan. Sacó la mermelada de ciruelas, que nunca saca para ella sola, solo para él. He tomado nota de esto. Tomo nota de todo. Luego llegó la mujer ruidosa de enfrente con bizcocho y opiniones, que es su única función por lo que alcanzo a ver, y ya eran tres en mi mesa ocupando todo el sitio y a ninguno se le ocurrió ofrecerme bizcocho.

Me senté en la mesa entre ellos. El alto me rascó tras las orejas. Sus manos son buenas: grandes, cálidas, firmes. Si simplemente aplicara esas manos a la situación de Clara con la misma competencia con la que las aplica a mis orejas, toda esta farsa se habría acabado.

La mujer ruidosa se fue primero. Luego el alto —por fin—, después de comerse todo el pan y casi todo el bizcocho y de sentarse en una silla que se está convirtiendo, según noto, en *su* silla, en una mesa que se está convirtiendo en *su* mesa, en una tienda que es *mía*. Aún no he decidido cómo me siento al respecto. Tiene buenas manos. Pero ocupa mucho sitio.

Se fue cuando el sol estaba alto. Lo vi marcharse: el paso largo, el abrigo, los hombros tensos y erguidos. No estaba enfadado con Clara. Estaba enfadado con los muertos.

Y entonces.

El olor.

No el del agente de la plaza. Ni el de un vecino. Ni el del carro del pan ni ninguno de los cientos de olores ordinarios que componen una mañana en esta calle. Algo más. Algo que he olido antes; no una, ni dos, sino muchas veces ya. Durante meses. Desde antes de que el hombre con olor a miedo viniera a nuestra puerta. Desde antes de que los agentes empezaran a vigilar la tienda. Hace mucho más tiempo que todo eso.

Un hombre al otro lado de la calle. Tres puertas más allá de la ventana de la señora Penfield. Abrigo oscuro. Sombrero bajo. Sentado en un escalón como si perteneciera al lugar. Pero no pertenecía a ese lugar. Estaba vigilando.

Había estado allí cuando llegó el alto. Seguía allí cuando el alto se marchó. Y cuando el coche del alto dobló la esquina, el hombre se levantó. Se sacudió el abrigo. Caminó en la misma dirección.

No vigilaba a Clara. Vigilaba al alto. Siguiéndolo. Como ha estado haciendo, de forma intermitente, desde hace mucho tiempo. Más tiempo que este asunto de los agentes. Más tiempo que el hombre con olor a miedo. Capté su aroma por primera vez en invierno, cuando las calles estaban heladas y el alto venía a la tienda cada dos por tres por alguna persona muerta distinta.

El agente de la plaza no lo vio. El agente vigila la tienda. Este hombre vigila al alto. Presa distinta. Ángulo distinto. El agente nunca lo verá porque no está mirando en la dirección correcta.

Yo sí lo veo. Siempre lo he visto. No sé qué quiere. Pero lleva demasiado tiempo merodeando por mi territorio y no me gusta.

Clara cerró la tienda cuando la luz se volvió ámbar. Tomó sopa —poca sopa, nunca come suficiente, tengo mi opinión sobre esto— y se sentó a la mesa con sus papeles y su té frío y esa mirada que se le queda cuando no encuentra el borde de algo. Más tarde bajó las escaleras.

—Sube, Marmalade.

No.

—Marmalade. A dormir.

Salté al alféizar de la ventana. Apoyé el hombro contra el cristal. Le di la espalda, que es la comunicación más clara que conozco.

Suspiró. Me rascó tras las orejas. Se lo permití porque soy generoso. —Haz lo que quieras, pues.

Subió las escaleras. Se apagó la luz. La tienda quedó a oscuras.

Yo vigilaba.

El hombre no estaba allí ahora. Pero volvería. Siempre vuelve. Y el agente no lo verá, y Clara no lo verá, y el alto no lo verá porque el alto está demasiado ocupado con sus muertos y sus rodeos y su absoluta y catastrófica incapacidad para resolver el sencillo asunto de Clara Wetherly.

Me acomodé en el alféizar. La calle estaba vacía. El cristal estaba frío. Vigilaría toda la noche si fuera necesario. Lo he hecho antes y lo haré de nuevo y nadie me lo agradecerá y eso es perfectamente aceptable porque soy un gato y no necesito agradecimientos.

Necesito un cuenco lleno, una tienda cálida y que la gente de mi hogar deje de comportarse de forma tan tremendamente estúpida con respecto al otro.

Con dos de tres tendré que conformarme.

Capítulo Quince

El coche de Graham llegó a las diez. Clara estaba en la puerta antes de que él llegara a ella.

—Has llegado temprano —dijo él.

—Has llegado puntual. Eso es peor.

Él sostuvo la puerta del coche. Ella subió. Hoy vestía de lana marrón: el vestido que se ponía cuando no quería que se fijaran en ella. Graham le echó un vistazo y no dijo nada, lo que significaba que lo comprendía.

El carruaje giró hacia Haymarket. Clara se alisó los guantes y preguntó:

—¿Saben lo de Marco?

—Sabrán lo que han publicado los periódicos: un extranjero hallado muerto en una casa de huéspedes. Nada más. —Graham miró por la ventana—. Ninguna de las dos sabe nada de la nota.

—Bien. ¿Cuál es el plan?

—Yo llevaré la voz cantante. Tú observa.

Clara enarcó una ceja.

—Te lo estoy pidiendo, Clara. No te lo ordeno.

—Lo sé. Por eso no te discuto.

Algo pasó entre ellos; ni una mirada, ni exactamente una sonrisa. El carruaje siguió traqueteando.

Para cuando llegaron a Haymarket, la niebla matinal se había disipado hasta convertirse en algo más frío y duro. Clara se ajustó los guantes. Graham mostró su placa en la puerta de artistas. El portero se hizo a un lado. Entraron.

Lucia estaba en el cuarto de vestuario.

Estaba remendando un traje —algo verde y pesado con trencilla dorada— y levantó la vista cuando entraron, sobresaltándose. Había estado esperando otra visita, pero no esperaba a Clara.

—Inspector. —Lucia soltó la aguja. Sus ojos se dirigieron a Clara. Luego de nuevo a Graham—. Señorita Wetherly.

Graham sacó un taburete de debajo de la mesa de trabajo y se sentó. Clara se quedó de pie. Se apoyó contra el marco de la puerta, lo bastante cerca para ver las manos de Lucia, agrietadas y con los nudillos rojos por el jabón de lejía. El cuarto de vestuario olía a alcanfor, a terciopelo viejo y a la sutil y dulce podredumbre de los trajes que habían sido usados demasiadas veces por demasiados cuerpos. Clara conocía ese olor. La tela lo retenía todo.

—Señorita Conti. Tengo noticias sobre Marco Valenti.

Las manos de Lucia se quedaron quietas. La aguja captó la luz.

—Marco ha muerto. Fue hallado al pie de una escalera en una casa de huéspedes cerca de Leather Lane el lunes por la mañana. El forense ha dictaminado que ha sido una caída.

El color desapareció del rostro de Lucia. No de golpe; se drenó, como el agua a través de un paño. Abrió la boca. La cerró.

—No —dijo—. No. Eso no es... —Sus manos buscaron el borde de la mesa de trabajo. «No es pena», pensó Clara. No exactamente. Era conmoción. Y algo más antiguo: alguien que veía desaparecer la última pieza de un mundo que había conocido. Marco la había asustado. Pero Marco también representaba Milán, y a Giuliana, y la vida antes de Londres, y ahora aquello también se había ido.

—No era un buen hombre —dijo Lucia—. Pero lo conocía. De antes. Cuando las cosas eran distintas. —Presionó la palma de la mano contra la madera—. Una caída. Ha dicho una caída.

—Eso es lo que ha dictaminado el forense.

Lucia lo miró. Tenía los ojos empañados pero la voz era firme.

—Marco tenía el equilibrio de un bailarín. Ligero, preciso. Él no se cayó.

—No —dijo Graham—. Yo tampoco creo que lo hiciera.

—Antes de morir, Marco dejó una nota. Se la dejó a la señorita Wetherly. —Graham hizo una pausa. Dejó que las palabras calaran —. Decía que estaba detrás del escenario aquella noche. En el pasillo cerca de los camerinos. Y vio a una mujer.

—Una mujer a la que no reconoció. Moviéndose deprisa. Alejándose de los camerinos.

El silencio se prolongó. Las manos de Lucia se tensaron sobre la tela verde.

—Una mujer —dijo ella—. ¿Cree que una mujer hizo esto?

Graham esperó.

—Cree... —La voz de Lucia cambió. Su entereza se quebró—. Cree que fui yo.

—Le estoy preguntando qué vio, señorita Conti.

—Cree que yo la maté. —Lucia se puso en pie. El traje resbaló hasta el suelo—. Yo la amaba. Estuve con ella tres años —tres años — y yo no... —Se detuvo. Apoyó las manos planas sobre la mesa. Respiró.

—Inspector. —Su voz era baja ahora. Controlada—. Marco me conocía. Me conocía de Milán, de antes de todo esto. Nos sentábamos a la misma mesa. Bebíamos el mismo vino. Si Marco hubiera querido decir que era Lucia, habría dicho Lucia. Habría dicho mi nombre. Dijo que era una mujer a la que no conocía. —Miró a Graham—. Esa no soy yo.

Clara sintió cómo la lógica se asentaba. Lucia tenía razón. Marco conocía a todos los miembros de la compañía; había seguido a Giuliana desde Italia, había observado su mundo durante años. Si la mujer del pasillo hubiera sido Lucia, lo habría dicho.

El rostro de Graham no reveló nada.

—¿Quién más estaba entre bastidores aquella noche, señorita Conti? No me refiero solo a alguien que no debiera estar allí, sino a alguien que sí estuviera. Alguien a quien viera y en quien no reparara porque su presencia era normal.

Lucia sacudió la cabeza.

—Yo no estaba en el pasillo. Estaba... —Se detuvo. Su expresión se volvió hermética—. Estaba en el almacén de utilería. Con Carmine. Estábamos discutiendo. No oí nada. No vi nada. Cuando fui al camerino, ella estaba...

Se le quebró la voz. Se sentó de nuevo. Recogió el traje y se lo puso en el regazo.

—No puedo ayudarle, inspector. Ojalá pudiera.

Clara se separó del marco de la puerta.

—Lucia.

Tanto Graham como Lucia la miraron. Clara se agachó junto a la mesa, no de pie sobre ella, no como si estuviera interrogando. A su misma altura.

—La mujer que vio Marco. Ha dicho que él habría nombrado a alguien conocido. Pero piénselo de otro modo: no quién *no* debía estar entre bastidores. ¿Quién estaba allí *siempre*? Alguien a quien vería y en quien no pensaría dos veces. La esposa de un mecenas. Un patrocinador. Alguien a quien el portero dejaría pasar sin más.

Lucia frunció el ceño. Tardó mucho en responder.

—Mucha gente viene detrás del escenario —dijo—. Después de las funciones. Los mecenas, sus esposas. Traen flores. Se quedan en el pasillo esperando a que se fijen en ellos. —Sacudió la cabeza—. No recuerdo a nadie de aquella noche. No estaba prestando atención. Estaba... —Se detuvo—. Estaba en otra parte.

Graham se levantó.

—Si recuerda algo, a quien sea, incluso a alguien que supusiera que debía estar allí, avísenos.

Lucia asintió. No levantó la vista.

En el pasillo, Graham guardó silencio. Luego dijo:

—He pasado doce años escuchando a la gente mentirme, Clara. He oído mentiras de todo tipo: las ensayadas, las presas del pánico, las que suenan más verídicas que la propia verdad. —Se frotó la nuca—. Ella no lo hizo.

Clara soltó un aire que no sabía que estaba reteniendo.

—Su lógica es sólida. Marco la habría nombrado.

—Su lógica es sólida, su dolor es real y ya carga con bastante culpa por lo ocurrido esa noche sin necesidad de añadirle un

asesinato. —La miró—. Tú también lo viste. Cuando preguntaste por los mecenas... por las esposas. Su cara.

—No recordó a nadie.

—No. Pero lo pensó. Lo intentó. —Se quedó un momento en el pasillo en penumbra; los sonidos del teatro se movían a su alrededor: martillazos en algún lugar superior, la voz de una mujer haciendo escalas en una sala distante—. Gracias. Por venir.

Clara lo miró. No era un hombre que dijera eso con facilidad.

—No me des las gracias todavía —dijo—. Aún no hemos hablado con Edith.

La comisura de su boca se movió. No fue una sonrisa. Fue la sombra de una.

—Que Dios nos asista a los dos.

Subieron dos tramos de escaleras estrechas y el aire se volvió más ligero. Encontraron a Edith Carr en la sala de ensayos.

Estaba junto al piano, con una partitura abierta ante ella y una postura tan recta que resultaba forzada. Se giró cuando entraron —aburrida, desdeñosa, preparada— y Clara pensó: «Ella también ha estado ensayando esto».

—Inspector Redgrave. —Edith cerró la partitura—. Otra vez.

—Señorita Carr. Unas cuantas preguntas más.

—He contestado a sus preguntas. Dos veces.

—Entonces una tercera debería ser fácil. —Graham retiró una silla. No se sentó. Se quedó de pie detrás de ella con las manos apoyadas en el respaldo—. La noche del asesinato. Le dijo a mi sargento que estuvo en el salón de descanso durante la representación. Toda la representación.

—Así fue.

—Hemos hablado con alguien que la vio en otro lugar.

Edith alzó la barbilla. Apenas un milímetro. Clara observó el gesto y pensó: «Se está tirando un farol». Graham no tenía a ningún testigo que situara a Edith en otro sitio. Tenía una corazonada y un hueco en el cronograma, y estaba presionando ahí como quien aprieta un hematoma para ver qué sale.

Edith no dijo nada durante un buen rato. Sus dedos descansaban sobre las páginas cerradas. Su mandíbula se tensó.

—Salí un momento —dijo—. Brevemente.

—¿A dónde?

—Eso no es de su incumbencia, inspector.

—Señorita Carr. Hay una mujer muerta. Todo lo que ocurrió en este edificio aquella noche es de mi incumbencia.

La compostura de Edith se mantuvo. Pero su color cambió; no fue el rubor de la culpa. Clara había visto la culpa en su tienda cien veces, en mujeres que venían a por remedios que no querían nombrar. Esto era distinto. Edith estaba avergonzada.

—Me reuní con alguien. Detrás, cerca del muelle de carga. Una conversación privada.

—¿Sobre qué?

—Sobre mi carrera, inspector. Sobre dejar este teatro y aceptar un puesto en otro lugar. —Lo dijo con naturalidad, como un simple hecho. Pero tenía las mejillas encendidas—. Estaba en conversaciones con el señor Fenwick. Él dirige la compañía del Prince of Wales. Llevábamos semanas escribiéndonos y el único momento en que podía reunirse conmigo era durante la función. Así que salí. Veinte minutos. Quizá menos.

La expresión de Graham no cambió.

—El señor Fenwick. ¿Tiene su dirección?

—Sus oficinas están en el Strand. En el número cuarenta y dos. Él lo confirmará. —Edith lo miró—. Estaba intentando irme. No porque hubiera matado a nadie, sino porque me estaba asfixiando. Tres años siendo la sustituta de una mujer que nunca se retiraría y bajo una dirección que nunca me ascendería. Quería mi propio escenario. ¿Es eso un crimen?

—No —dijo Graham—. No lo es.

Dejó que el silencio se prolongara. Luego añadió:

—Marco Valenti. Antes de morir, vio a una mujer detrás del escenario aquella noche. Cerca de los camerinos. Alguien que no le resultaba familiar.

Edith entrecerró los ojos.

—Una mujer.

—Alguien a quien no reconoció.

Edith no dijo nada. Miró fijamente al piano. Al salón de ensayos vacío, con sus ventanales altos y las motas de polvo girando en los rayos de luz.

—Bueno —dijo—. Las esposas son criaturas feroces, inspector. Yo miraría más cerca si fuera usted.

Graham se tensó.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Quiero decir lo que todos en este teatro piensan y nadie le dirá a la cara. —Edith volvió a volverse hacia el piano, como si la conversación ya hubiera terminado—. Todo el mundo sabía lo del romance. Todo el mundo sabía que la esposa estaba humillada. Exhibida en público, temporada tras temporada. ¿Que si vi a alguien entre bastidores? No. Estaba en el muelle de carga con el señor Fenwick, hablando de mi futuro. Pero me ha preguntado qué opino, y opino que está mirando demasiado a la compañía y no lo suficiente a los palcos.

—Eso es una conjetura, señorita Carr.

—Sí —dijo ella pasando una página—. Lo es.

Graham se abrochó el abrigo y se dispuso a salir. Clara lo siguió.

Fuera, Graham se detuvo en la acera. El viento se había levantado. Clara se apretó el abrigo y esperó.

—Ella no vio a nadie —dijo Clara.

—No.

—Pero lo ha dicho. Y no es una mujer que diga cosas que no ha meditado antes.

Graham guardó silencio. Miró hacia el teatro. Luego a Clara.

—Tienes frío.

—Estoy bien.

—Tienes frío y no quieres decirlo porque crees que me pondré pesado. —Hizo una señal a un coche—. Sube. Te invitaré a un té y podemos discutir si la opinión de Edith Carr constituye una prueba.

—No lo es.

—No. No lo es. —El carruaje se detuvo. Él sostuvo la puerta—. Pero ella lo ha dicho, y no puedo dejar de darle vueltas, y eso me va a mantener despierto esta noche.

En el carruaje, Clara comentó:

—Chismorreos con un traje mejor. Eso es lo que es.

—Tampoco es moco de pavo. —Graham miró por la ventana—. Palabras tuyas, no mías.

Estuvieron callados un momento. El coche se balanceó sobre un tramo de carretera en mal estado. Entonces Graham dijo:

—El comisario me ha entregado los informes de los robos.

Clara lo miró.

—Cuatro incidentes esta temporada. Broches, brazaletes, piezas pequeñas. Todo en los palcos, siempre durante los descansos. Quiere que se resuelvan. —Graham apretó los labios—. Mi investigación del asesinato resulta molesta. Los robos son manejables. Creo que el comisario preferiría que me ocupara de problemas menores.

—¿Lo harás?

—Echaré un vistazo a los informes. Sería un necio si no lo hiciera; quienquiera que esté robando en los palcos conoce este edificio. Cada pasillo. Cada descanso. Cada pasaje vacío.

Clara guardó silencio. El carruaje se balanceaba. Algo empezaba a cobrar forma en su cabeza; aún no era un pensamiento, solo el atisbo de uno.

—Graham. ¿Y si no se trata de amor?

Él la miró.

—Todos con los que hemos hablado —Marco, Lucia, Edith—, todo gira en torno a la pasión. Los celos. Los idilios. Pero ¿y si esto no es así? —Pensó en la casa de la duquesa. En las baratijas que faltaban, las joyas, los cuadros pequeños que nadie notaba que habían desaparecido. El lacayo muerto al pie de la escalera, y todo el mundo asumiendo que era un lío amoroso que acabó mal hasta que Clara encontró los recibos del prestamista en su habitación—. En casa de la duquesa, ¿te acuerdas? Todos pensaban que era por el romance. No fue así. Fue por los robos. El asesinato fue para encubrirlos.

Graham se quedó inmóvil.

—Tienes informes de robos. Cuatro incidentes esta temporada, todos en los palcos. Alguien en ese teatro está robando. Y el

camerino de Giuliana estaba lleno de baratijas: regalos, broches, cosas que le daban los hombres. ¿Y si algunas de esas cosas no fueran regalos? ¿Y si fueran robadas y ella no lo supiera? ¿O si se enteró?

Graham se reclinó en el asiento.

—Estás diciendo que alguien la mató para ocultar un robo.

—Digo que cotejes los objetos robados con el catálogo de pruebas de su camerino. Mira si algo coincide.

Él estuvo callado mucho tiempo.

—Eso es un salto muy grande, Clara.

—También lo era el cementerio de Clerkenwell. Y en eso tenía razón.

Él no lo discutió.

El carruaje la dejó en la esquina de su propia calle justo cuando encendían las farolas de gas. La tienda estaba fría cuando llegó a casa.

No era el frío de una chimenea apagada; el hogar estaba tapado y resplandeciente, tal como lo había dejado. Era un frío distinto. El tipo de frío que salía del interior de las paredes, que te erizaba la piel y el vello de los brazos y que no tenía nada que ver con el tiempo.

La abuela.

Clara dejó su bolso. El olor a lavanda del mostrador era intenso; no era el aroma cálido y amortiguado que solía flotar por la tienda, sino algo crudo y amargo, como huele la lavanda cuando se aplasta con demasiada fuerza.

—¿Abuela? —dijo Clara.

La vela del mostrador —la que guardaba junto a la fotografía— parpadeó y se apagó. La tienda quedó en penumbra. El frío se hizo más intenso.

Clara se quedó muy quieta. Había vivido con el fantasma de su abuela durante años. Conocía todos sus estados de ánimo: la calidez, el consuelo, la vela firme cuando Graham estaba cerca. Esto era nuevo. Algo iba mal, y su abuela no podía decir qué.

El frasco de ruda tembló en el estante. Volvió a temblar. Se deslizó un par de centímetros hacia el borde y se detuvo, como si una mano lo hubiera empujado y luego se lo hubiera pensado mejor.

—No entiendo —dijo Clara—. Dímelo.

El frasco de ruda se sacudió una vez más, con fuerza, y entonces el frío empezó a amainar. El olor de la lavanda se suavizó. Fuera lo que fuese lo que su abuela intentaba decir, había agotado sus fuerzas al hacerlo.

Clara alargó la mano y sujetó el frasco. Ruda. La guardaba para los remedios más amargos, los que las mujeres pedían en voz baja, al final del día, cuando la tienda estaba vacía. No alcanzaba a comprender por qué su abuela lo empujaría.

Volvió a colocar el frasco en el estante y se quedó allí un momento. Luego fue a la mesa de trabajo donde estaba su baraja de tarot envuelta en su paño. No siempre sacaba una carta. Lo hizo ahora.

El Tres de Espadas. Tres hojas atravesando un corazón.

Clara la miró durante largo rato. Traición. Desengaño. Una herida provocada por alguien cercano.

Dejó la carta. Estaba pensando en robos. En la casa de la duquesa, en broches y baratijas y en alguien borrando sus huellas. La carta no cuadraba. La apartó como a veces apartaba las cosas que su abuela le decía: con cuidado, sin entenderlas, para más tarde.

Encendió la vela de nuevo y fue a preparar té.

Observaciones de Marmalade

En las que un frasco no deja de moverse y mi siesta se arruina.

El frasco lleva traqueteando desde la última lluvia fría.

El amargo. Estante tercero, detrás de la manzanilla, el que huele fuerte y me hace picar la nariz cuando quitan la tapa. El fantasma lo ha estado empujando. Tres veces ayer. Dos veces esta mañana mientras Clara estaba fuera. Una vez mientras yo dormía, cosa que no perdonaré.

Puse mi pata encima. Vibraba bajo mi almohadilla. Quité la pata. Se movió otro centímetro. Volví a poner la pata. Hicimos esto cuatro veces. El fantasma ganó. El fantasma siempre gana. Me fui al alféizar de la ventana, me lavé la cara y fingí que todo aquello no había sucedido.

Clara volvió a casa a media tarde. No había comido; revisé el pan cuando dejó su bolso y estaba intacto desde la mañana. Tres tazas de té frío en la mesa de trabajo de antes de marcharse. No se está cuidando. Queda anotado.

Olía al de estatura elevada y al gran edificio polvoriento: alcanfor, terciopelo viejo y demasiados cuerpos. Se quedó en la tienda y habló con el fantasma, y el fantasma volvió a sacudir el frasco, y Clara lo bajó, lo miró y lo volvió a poner en su sitio. Luego se sentó a la mesa de trabajo y dio la vuelta a una de sus cartas con dibujos —la de las espadas— y se quedó mirándola mucho tiempo. La dejó. Preparó más té. No se lo bebió.

El fantasma no se calmó después de eso. El aire pesaba, la lavanda ardía y las tablas del suelo zumbaban. Clara cogió el frasco. Lo volvió a poner. Cogió la carta. La volvió a dejar. Hace esas cosas. El fantasma traquetea, Clara ordena y ninguno de los dos llega a ninguna parte.

Subió las escaleras. No cenó. También he anotado esto.

La calle estaba a oscuras. El de complexión cuadrada con el uniforme oscuro estaba en su puesto. El otro, el del abrigo oscuro, el que aparece cuando el alto viene de visita y se va cuando el alto se va, no estaba allí esta noche. El alto no había venido. No había nadie a quien seguir.

Me acomodé en el alféizar. El frasco estaba quieto. El fantasma se había agotado.

Mi cuenco no estaba lleno. Subí y me senté sobre la almohada de Clara y la miré fijamente hasta que lo entendió. Bajó en camisón y lo llenó. Tardó cuatro minutos. Sus estándares están decayendo.

Tengo mis preocupaciones.

Capítulo Dieciséis

Dorothea llegó primero, dejando tras de sí un rastro a lino planchado y tiza, con un rollo de muselina bajo el brazo.

—He traído la muselina para tus cortinas —dijo, dejándola sobre el mostrador junto a las balanzas—. Y he traído noticias, pero las noticias esperarán hasta que estéis todas aquí porque no pienso contarlas dos veces.

—¿Son buenas noticias? —preguntó Clara.

—Son noticias interesantes. Pon el hervidor al fuego.

Clara puso el hervidor. Había aprendido hace años que las noticias interesantes de Dorothea valían más que las noticias urgentes de la mayoría, y que llegaban según el horario de Dorothea y el de nadie más.

La señora Penfield entró por la puerta trasera diez minutos después con una cesta de scones y Harriet tras ella. Harriet llevaba un libro bajo el brazo —siempre llevaba un libro bajo el brazo— y lo dejó sobre la mesa abierto y boca abajo, lo que significaba que estaba a mitad de un capítulo y le molestaba que la hubieran interrumpido.

—Estaba en una parte muy buena —dijo Harriet.

—Siempre estás en una parte muy buena —dijo la señora Penfield—. Siéntate. Clara, ¿esos scones son los de jengibre o los normales?

—Normales. Me quedé sin jengibre el martes.

—He traído jengibre. —La señora Penfield sacó un tarro de la cesta—. Y mantequilla. Y la mermelada del cocinero de la señora Alcott, que me han dicho que es extraordinaria, aunque tengo mis dudas.

Marmalade levantó la cabeza desde el alféizar de la ventana, decidió que nada en la cesta le concernía y volvió a dormirse.

Se reunieron alrededor de la mesa; la pequeña del fondo de la tienda, la de la madera marcada y las hierbas colgando por encima. Clara sirvió el té. La señora Penfield cortó los scones. Harriet cerró su libro con un esfuerzo visible. Dorothea se sentó con las manos entrelazadas y esperó; Clara veía que estaba esperando, y también la señora Penfield, que dijo: —Escúpelo ya, Dorothea. Estás ahí sentada como una mujer que se ha tragado un secreto y se está asfixiando con él.

—Estoy aquí sentada como una mujer que tiene modales —dijo Dorothea—. Pero ya que insistes.

Miró a Clara. —Me hablaste de la velada musical. De lo que dijo Lady Beaumont: lo de los tributos, el pavoneo.

Clara asintió. Se lo había contado a Dorothea al día siguiente, mientras estaba en el probador y Dorothea le cogía un dobladillo, a pedazos, entre alfiler y alfiler; la única forma en la que hablaban de cualquier cosa que importara.

—He estado pensando en ello desde entonces —dijo Dorothea—. Porque me molestaba. No por lo que dijo; las esposas dicen cosas amargas, y ella tiene motivos. Lo que me molestaba era cómo lo dijo. Como si lo hubiera visto. No como si se lo hubieran contado. Como si lo hubiera visto.

—Eso mismo pensé yo —dijo Clara.

—Así que pregunté. —Dorothea cogió su té—. No a Lady Beaumont; nunca podría acercarme a ella. Pero conozco a Margaret Lacey. Ella le hace las pruebas a Lady Beaumont. Desde hace seis años. Margaret y yo nos formamos con la misma mujer en Marylebone; ella confía en mí y yo confío en ella, y ninguna de las dos repite lo que se dice en un probador. —Hizo una pausa—. Excepto cuando importa.

La tienda estaba en silencio. Incluso Harriet había dejado de intentar alcanzar su libro.

—En enero —dijo Dorothea—, Lady Beaumont fue a ver a Margaret para una prueba. Tres vestidos. No era su pedido habitual; Lady Beaumont es cuidadosa con el dinero, siempre lo ha sido, encarga dos vestidos por temporada y hace que los del año pasado sirvan para el resto. Pero en enero encargó tres. Y estaba complacida por ello. Margaret dijo que no la había visto tan contenta en años.

Dorothea dejó su taza.

—Los vestidos eran para París.

Las manos de Clara se quedaron quietas sobre la tetera.

—Lady Beaumont le dijo a Margaret que ella y su marido se iban. Un viaje. Solo ellos dos. Habló de ello sin prisas... ni eufórica, ni tonta. Aliviada. Dijo que había encontrado papeles en el despacho de él. Preparativos de viaje. Creía que él estaba planeando una sorpresa.

El cuchillo de la señora Penfield se detuvo sobre el scone que estaba untando.

—Eligió las telas —dijo Dorothea—. Discutió el corte. Volvió dos veces para hacerse ajustes. Era feliz, Clara. Margaret dijo que era la primera vez que la veía feliz en años.

Nadie habló. Clara oía el reloj en el estante, el débil sonido de la calle a través del escaparate y la respiración de Marmalade desde el alféizar.

—Y entonces —dijo Dorothea—, en marzo, semanas antes del asesinato, lo canceló todo. Los tres vestidos. Envió una nota. No fue en persona. Margaret le escribió para preguntarle si pasaba algo y no recibió respuesta.

Clara se reclinó en el asiento.

—Se enteró —dijo Clara.

—Se enteró —dijo Dorothea—. Y canceló los vestidos dos semanas antes de que Giuliana Rossetti fuera estrangulada en su camerino.

Había silencio en la mesa.

La señora Penfield dejó el cuchillo de la mantequilla. Volvió a cogerlo. Lo dejó de nuevo. Clara nunca había visto a la señora Penfield sin palabras. El silencio duró cuatro segundos.

—Bueno —dijo la señora Penfield—. Eso cambia las cosas.

—Lo cambia todo —dijo Harriet. Se había puesto pálida—. Eso no es celos. Eso es... ella pensaba que él iba a volver con ella. Pensaba que el viaje significaba que la había elegido a ella. Y luego descubrió que no la había elegido en absoluto. Había elegido a la otra mujer.

—No sabemos qué hizo ella con esa información —dijo Clara. Sentía que la habitación se precipitaba hacia una conclusión y no estaba dispuesta a permitirlo todavía.

—No —dijo Dorothea—. No lo sabemos. Pero me preguntaste cómo sabía Lady Beaumont lo de los tributos, lo del regalo de un hombre exhibido ante otro. Y creo que la respuesta es que fue a ese camerino. Creo que lo vio. Creo que lo vio todo: las flores, los pañuelos, los regalos... y vio lo que el dinero de su marido había comprado para otra mujer mientras ella encargaba vestidos para un viaje que nunca fue suyo.

Clara miró la mesa. Los scones. El té. Las cuatro sentadas en su tienda un miércoles por la tarde mientras algo terrible tomaba forma entre las tazas de té.

—Clara. —La voz de la señora Penfield era cautelosa ahora. No era su voz habitual—. ¿Qué vas a hacer con esto?

—Voy a reflexionar sobre ello.

—Vas a decírselo al inspector Redgrave.

—Voy a pensarlo primero. —Clara cogió su taza. El té se había enfriado—. Dorothea, ¿sabe Margaret por qué estoy preguntando?

—Margaret sabe que pregunté por el pedido de Lady Beaumont. No sabe por qué. No preguntará. Así no es como trabajamos.

—Bien. Que siga así.

Harriet tenía las manos apoyadas en la mesa, su libro olvidado, el rostro tenso.

—En mis libros —dijo Harriet—, esta es la parte en la que el detective se da cuenta de que la respuesta ha estado frente a él todo el tiempo. La persona de la que nadie sospechaba porque nadie la miraba.

—Esto no es uno de tus libros, Harriet.

—No —dijo Harriet—. En mis libros, al asesino lo atrapan.

Nadie alargó la mano para coger un scone.

Clara miraba fijamente la mesa, pero no la veía. Veía el teatro. La ópera. Los palcos sobre el escenario, dorados y aterciopelados, y el palco de los Beaumont... y el asiento. El asiento de Lady Beaumont. Vacío. Había mirado hacia arriba durante el bis y estaba vacío, y no había vuelto a pensar en ello porque ¿por qué iba a hacerlo?

Pero Lady Beaumont había encargado tres vestidos para París y los había cancelado semanas antes de que una mujer fuera estrangulada en un camerino. Y su asiento había estado vacío antes de que terminara el bis.

No había estado en él. Había estado en otro lugar.

—Tengo que hablar con Graham —dijo Clara.

—Sí —asintió la señora Penfield—. Tienes que hacerlo.

Dorothea se levantó. Cogió el rollo de muselina del mostrador y lo dejó en la silla. —Para tus cortinas —dijo—. Cuando tengas tiempo. No hay prisa.

Besó la mejilla de Clara. La señora Penfield recogió los scones. Harriet cogió su libro, lo apretó contra su pecho, miró a Clara desde el umbral y dijo: —Ten cuidado.

—Siempre tengo cuidado.

—Nunca tienes cuidado. Eso es lo que me preocupa.

Se marcharon. La tienda se quedó en silencio. Clara se quedó junto al mostrador ante una mesa llena de migas y lo último del té enfriándose en la tetera.

Lavó las tazas. Barrió las migas.

Tres vestidos para París. Cancelados en marzo. Un asiento vacío antes de que terminara el bis.

Y una soprano, muerta, con un pañuelo de seda alrededor del cuello.

Capítulo Diecisiete

La tienda olía a bálsamo de limón y a lluvia. Clara llevaba secando manojos desde la mañana —colgándolos de las vigas sobre el mostrador, con los tallos aún húmedos del jardín— y el aire era penetrante y verde, y no tenía por dónde escapar.

Graham llegó a las cuatro y media. No llamó. Había dejado de hacerlo hacía semanas, y Clara había dejado de fingir que le importaba.

Él se sentó en su silla. Ella sirvió el té sin preguntar. Esos eran sus rituales ahora; pequeños, domésticos, sin que ninguno de los dos estuviera dispuesto a darles un nombre. Marmalade apareció de detrás del mostrador y dio una vuelta alrededor del tobillo de Graham antes de retirarse al alféizar de la ventana. Aquello también era un ritual. Una vuelta. Nada más.

—Han encontrado los objetos robados —dijo Graham.

Clara dejó la tetera.

—Entre las cosas de Giuliana. Un broche de granate que coincidía con una de las piezas desaparecidas de los palcos. El rastro ha llevado hasta Hale. —Cogió la taza. No bebió. Le dio el broche; una pieza robada regalada a la mujer que afirmaba amar.

—¿Hale lo ha admitido?

—Los robos. Todos. Ha estado robando bisutería y piezas pequeñas de los palcos durante los intermedios desde hace meses. Sus conocimientos entre bastidores —lo que notaste en el teatro—

no eran por ser compositor. Eran por robar. —Graham hizo girar la taza entre sus manos—. Hale está acusado de los robos. El Comisario se contenta con dejarlo así.

—Y tú te lo crees.

—No. —Dejó la taza—. Giuliana nunca llegó a amenazarle. Nunca preguntó de dónde venía el broche; nunca miraba demasiado de cerca a los hombres que le daban cosas. Su secreto nunca estuvo en peligro. El móvil del asesinato se viene abajo en cuanto lo presionas. —La miró—. Pero no importa lo que yo crea. Hale está acusado de los robos. Marco Valenti mató a Giuliana Rossetti, luego bebió hasta quedar inconsciente y se cayó por una escalera. Ambos casos cerrados. El Comisario está satisfecho. Mi superintendente está satisfecho. Todo el que está por encima de mí está satisfecho.

—¿Y tú?

—Yo no estoy satisfecho. —Las palabras sonaron planas, como algo ensayado durante el camino—. Aquello no fue una caída accidental. Y se espera de mí que acepte que lo fue. —Volvió a girar la taza sin beber—. Y se espera que deje de hacer preguntas sobre Lord Beaumont.

—Sigues pensando que fue Beaumont.

—Lo he pensado desde que aparecieron sus abogados. Los hombres no envían abogados a menos que tengan algo que proteger. —El músculo de su mandíbula se tensó—. Y nadie quiere que lo demuestre. Todas las puertas a las que me he acercado se han cerrado antes de que pudiera llamar.

Clara se sentó frente a él. El agua goteaba de los manojos húmedos sobre sus cabezas. Observó las manos de él sobre la taza —apretadas, con los nudillos pálidos— y pensó en lo que estaba a punto de hacerle.

—Graham.

Él levantó la vista.

—¿Y si Beaumont no la mató?

Su expresión cambió. No fue ira, sino confusión. Como si ella hubiera cambiado de idioma a mitad de frase.

—¿Crees que Beaumont es inocente?

—Creo que hay algo que no encaja en la forma de todo esto. Lo pienso desde el recital. —Hizo una pausa. Eligió bien sus palabras—. ¿Y si no está ocultando lo que hizo él? ¿Y si está ocultando lo que hizo otra persona?

—¿Quién?

Clara alargó la mano hacia la tetera. Se sirvió una taza que no necesitaba. Sus manos querían algo a lo que aferrarse.

—He hablado con Dorothea. Tiene una amiga, Margaret Lacey, que se encarga de las pruebas de ropa de Lady Beaumont. Lleva años haciéndolo. En enero, Lady Beaumont encargó tres vestidos para París.

—París —dijo Graham. Se inclinó hacia delante.

—Tres vestidos. Caros. No era su pedido habitual; Lady Beaumont es cuidadosa con el dinero. Pero estaba feliz por ello. Había encontrado los preparativos para un viaje en el despacho de su marido y creyó que era para ella.

—París —repitió Graham, más despacio—. La carta sin firma en el camerino de Giuliana... alguien la iba a llevar a París.

—¿Y si no es una coincidencia? ¿Y si esa carta era de Beaumont?

Graham frunció el ceño. —No lo entiendo. ¿Qué tiene eso que ver con los vestidos?

—Sígueme un momento. Esto es lo que creo que ocurrió. —Clara dejó su taza—. Lady Beaumont encontró papeles sobre París y pensó que el viaje era para ella. Estaba tan complacida que encargó los vestidos. Pero en marzo, semanas antes del asesinato, lo canceló todo. Los tres vestidos. Envió una nota. No fue en persona.

El rostro de Graham estaba transformándose.

—¿Y si descubrió que Lord Beaumont no la iba a llevar a París a ella en absoluto? ¿Y si iba a llevar a Giuliana?

Vio cómo la idea calaba en él.

—La humillación es una cosa, Graham. Una esposa puede soportar eso; Lady Beaumont lo ha soportado durante años. Pero la ruina total —que su marido se fugue con su amante, abandonándola por completo—, eso es algo diferente.

Graham se levantó. Caminó hacia la ventana. Se quedó allí de espaldas a ella, mirando a la calle.

—Y hay más —dijo Clara—. La noche del asesinato. Durante el bis, miré hacia el palco de los Beaumont. El asiento de Lady Beaumont estaba vacío.

Él se dio la vuelta.

—No pensé en ello. No entonces. Ni durante semanas. Porque ella es el tipo de mujer en la que nadie piensa: se sienta al lado de su marido, sonríe, se va y nadie se da cuenta de cuándo se marcha. —Clara le sostuvo la mirada—. Pero su asiento estaba vacío antes de que terminara el bis. No estaba en él. Estaba en algún otro lugar de ese teatro.

La tienda estaba en silencio. El agua goteaba de las vigas. Marmalade observaba desde el alféizar con las orejas hacia delante.

Graham se pasó la mano por el pelo. Ella le había visto hacer eso antes; dos, quizá tres veces en todos los meses que llevaba conociéndole. Significaba que se le había agotado la compostura profesional y que estaba actuando según lo que hubiera debajo.

—No puedes estar hablando en serio.

—Hablo muy en serio.

—Clara. —Volvió a la mesa. No se sentó. Apoyó las manos planas sobre la madera, cargando el peso hacia delante—. Todas las puertas de Londres se me han cerrado en la cara por este caso. Todas. Y ahora me dices que he estado empujando la puerta equivocada. Me estás diciendo que fue su esposa.

—Te estoy diciendo que él la está encubriendo. Por eso los abogados. Por eso los impedimentos. No porque él matara a Giuliana, sino porque sabe quién lo hizo.

Graham la miró fijamente. Ella podía verle dar vueltas al asunto —a todo el caso, a cada pieza— y pudo ver el momento en que cada pieza encajaba en una nueva posición. La carta de París. Los vestidos cancelados. Los abogados que aparecieron no cuando Graham acusó a Beaumont, sino cuando la investigación se dirigió hacia el camerino, hacia la noche misma, hacia cualquiera que pudiera haber estado entre bastidores.

—Marco —dijo Graham—. Marco vio a una mujer en el pasillo.

—Una mujer a la que no reconoció. Ni Lucia. Ni Edith. Ni nadie de la compañía.

—Lady Beaumont.

—Lady Beaumont.

Él apartó la silla. Se sentó. Se tapó la cara con ambas manos y las mantuvo allí durante un largo momento. Cuando las bajó, parecía exhausto.

—Vaya —dijo—. Eso lo ha empeorado todo considerablemente.

—Lo sé.

—No puedo tocarla, Clara. Lo entiendes, ¿verdad? La esposa de un conde. Sus abogados me han sepultado, y eso que estaba apuntando a la persona equivocada. —Sacudió la cabeza—. Está detrás de un muro que ni siquiera alcanzo a ver, y mucho menos a escalar.

Clara no dijo nada. Lo había visto venir. En el probador de Dorothea, en la mesa de las damas, en cada hora desde entonces. La verdad no ayudaba. La verdad lo empeoraba.

—Y Marco. —Se le habían ido las ganas de luchar—. Marco prestó declaración. Me dijo que vio a alguien entre bastidores, a una mujer a la que no reconoció. Está en mis notas. —Su mirada cayó sobre la mesa—. Y luego Marco murió.

Ninguno de los dos habló.

—Nuestro principal sospechoso —el único hombre que afirmaba haber visto a alguien más entre bastidores— se cae de repente por una escalera. Es demasiado conveniente. —Se presionó los ojos con los dedos—. Y tampoco puedo demostrar eso.

—No.

—Así que tengo una soprano asesinada, un testigo muerto, una teoría que no puedo demostrar y una sospechosa a la que no puedo llegar. —Bajó la mano—. ¿Esa es la situación?

—Esa es la situación.

Él se puso en pie. Cogió su sombrero. Se detuvo en la puerta.

—Eres consciente de que acabas de desmontar toda mi investigación.

—De nada.

La comisura de su boca se movió. No llegó a ser una sonrisa. —Eso no era un cumplido, Clara.

—No pretendía serlo.

Él se puso el sombrero y salió a la lluvia.

Clara lavó las tazas. Barrió las migas de la mesa. Volvió a poner la tetera al fuego porque la tienda parecía fría sin él en ella, aunque no lo habría reconocido.

Marmalade se había movido del alféizar al mostrador y la observaba con esa atención paciente y fija que significaba que su cuenco estaba vacío o que el mundo se acababa. Ella llenó el cuenco. Él aceptó el gesto sin comentarios.

Se quedó ante el mostrador con las manos sobre la madera y pensó en muros que no podía escalar y puertas que no se abrían.

La Hoja Dorada estaba en su atril junto a las balanzas, cerrada, con la cubierta de cuero oscurecida por el tiempo y el uso. Clara no la había abierto hoy. No lo había necesitado. Genevieve no se había inquietado en toda la tarde: nada de lavanda, ni ruidos, ni páginas que pasaran por su cuenta.

Pero ahora la cubierta se levantó. Lentamente, como si una mano estuviera retirando una manta. Las hojas se agitaron —no por el viento, pues no había viento— y se posaron.

Clara bajó la vista.

Era la caligrafía de su abuela. Pequeña, precisa, segura.

Atropa belladonna. La bella dama.

Debajo, notas sobre la preparación y la dosis con la letra cuidadosa de Genevieve. Pero Clara no estaba leyendo las notas. Estaba leyendo el nombre.

Bella dama.

Pensó en la belladona: dónde crecía. Su jardín de venenos. La puerta cerrada en los terrenos de la Duquesa, donde la belladona se extendía a la sombra del muro, y de donde Clara guardaba la única llave.

La Duquesa de Thornfield. Que había conocido a su abuela. Que había dado refugio a las plantas más peligrosas de Clara tras sus propios muros. Que se movía por los salones de Londres con el tipo de autoridad que abría cada puerta que Graham había encontrado cerrada.

La Duquesa podía visitar a Lady Beaumont. La Duquesa podía llevar a una invitada.

—Abuela —dijo en voz alta—. Eres una genio.

Entonces llegó el olor a lavanda; tenue, cálido, inconfundible. Y si la vela del mostrador parpadeó, solo una vez, como si alguien se estuviera riendo, Clara prefirió no mencionarlo.

Capítulo Dieciocho

El jardín de los venenos olía a piedra húmeda y a algo más antiguo: a tierra que había sido removida una y otra vez, estación tras estación, hasta conservar el recuerdo de cada raíz que alguna vez la hubiera hendido.

Clara cruzó la verja con la llave de latón que llevaba colgada de una cadena bajo el abrigo. La cerradura estaba rígida por la última lluvia y tuvo que forzarla con ambas manos antes de que el mecanismo cediera. El muro consistía en dos metros y medio de ladrillo, oscurecido por el musgo, más antiguo que la duquesa y que la propia casa que se alzaba tras él. En el interior, el aire cambiaba. Era más fresco. Más verde. Tenía el aroma de un lugar donde crecía aquello que nadie debía tocar.

La duquesa no estaría lista para recibirla hasta pasada otra media hora; una nota la esperaba en la puerta cuando Clara llegó, disculpándose por la demora y pidiéndole que se acomodara. Clara se había acomodado de la única forma que sabía en aquel lugar: con las manos en la tierra y la mente puesta en lo que allí crecía.

El acónito estaba floreciendo antes de tiempo. Lo podó antes de que las semillas pudieran cuajar. La dedalera cerca del muro sur llevaba sufriendo desde marzo, con las hojas manchadas y rizadas por los bordes. El asesinato, el caso, las largas noches en la mesa de trabajo con The Gilded Leaf abierto a su lado... todo había desplazado el trabajo que no tuviera que ver con la muerte.

Excepto que aquel jardín no era más que muerte, tratada con sumo cuidado.

Se acuclilló junto a la dedalera y hundió el pulgar en el suelo. Demasiado húmedo. El drenaje se había vuelto a obstruir con lodo; tendría que cavar el canal antes de que las raíces permanecieran en agua el tiempo suficiente para pudrirse. Sacó los guantes del bolsillo de su abrigo y se puso a trabajar, apartando la grava con los dedos y compactando la tierra alrededor del tallo. La dedalera era hermosa —Digitalis purpurea—, con sus campanas moteadas colgando de una espiga que podía reanimar un corazón o detenerlo, dependiendo de la dosis. Genevieve se lo había enseñado. Genevieve le había enseñado todo sobre aquel jardín.

La belladona estaba contra el muro este, donde le gustaba la sombra. Atropa belladonna. La dama hermosa. Se había extendido desde la última visita de Clara; nuevos brotes asomaban entre la hojarasca, de tallos oscuros y brillantes, ya formando capullos. Se puso en pie y se acercó a ella, acuclillándose de nuevo, girando una hoja entre sus dedos. La planta por la que su abuela había abierto The Gilded Leaf, el nombre que Clara había comprendido.

Una dama hermosa que mataba.

Oyó los pasos sobre el sendero de grava al otro lado del muro antes que la voz.

—Me imaginaba que la encontraría aquí.

La duquesa de Thornfield estaba en la verja abierta, con una mano en el marco y la otra sujetando el cuello de su abrigo contra el frescor de la mañana. Estaba vestida para las visitas —no para el jardín—, pero de todos modos había salido.

—Su dedalera se está ahogando —dijo Clara, sin levantarse—. El canal de drenaje está bloqueado.

—Pues le agradezco que esté aquí para salvarla. —La duquesa entró en el recinto y cerró la verja tras de sí. No avanzó más. Nunca lo hacía; respetaba el jardín del mismo modo que respetaba a Genevieve, con el entendimiento de que cierto conocimiento no estaba destinado a ser manejado por ella. Permaneció a la entrada y observó trabajar a Clara.

—¿Cómo está el acónito?

—Floreciendo temprano. Lo he podado. —Clara se limpió las manos en el delantal y se levantó—. Necesitará otro recorte en quince días.

—Lo anotaré en mi diario. —El tono de la duquesa fue seco. Ella no llevaba diario alguno. Llevaba una casa de cuarenta sirvientes y la agenda social de una mujer que había sobrevivido a tres primeros ministros—. No ha venido por el acónito, Clara.

Clara se quitó los guantes.

—No.

—Ni por la dedalera, sospecho, aunque aprecio el rescate. —La duquesa la estudió. Cabello plateado, ojos oscuros, la mirada de una mujer que había estado evaluando a las personas desde antes de que la madre de Clara naciera—. Tienes esa mirada que solía poner tu abuela. Justo antes de hacer algo que me iba a causar un gran problema.

—Necesito visitar a Lady Beaumont.

Las palabras aterrizaron en el jardín amurallado y allí permanecieron, retenidas por el ladrillo, el musgo y el aire fresco y verde.

La duquesa no habló de inmediato. Miró a Clara y esta vio cómo lo sopesaba todo —la petición, el coste, las consecuencias— antes de que le devolviera una sola palabra.

—Crees que está implicada.

—Creo que necesito hablar con ella. En privado.

—Eso no es lo que he preguntado.

Clara sostuvo su mirada.

—No.

La duquesa miró más allá de Clara, hacia la belladona del muro este. La dama hermosa, extendiéndose en la sombra. La contempló durante un largo momento.

—Tu abuela me pidió una vez que confiara en su criterio sobre un paciente al que todos los demás daban por perdido. Le dije que estaba loca. Ella me dijo que tenía razón. —La duquesa se ciñó más el cuello del abrigo—. Tenía razón.

—Lo sé.

—Si la llevo al salón de esa mujer y se equivoca, las consecuencias recaerán sobre mí tanto como sobre usted. ¿Lo comprende?

—Lo comprendo.

La duquesa asintió una vez. Firme, decidida.

—Entonces iremos esta tarde. Enviaré un recado avisando de que haré una visita y de que llevaré a una invitada. —Se giró hacia la verja, pero se detuvo—. Cierra bien tu jardín, Clara. Tenemos otra clase de visita domiciliaria que hacer.

La casa de los Beaumont estaba en Mayfair, tras una fachada de piedra crema y barandillas negras que decían a la calle exactamente lo que necesitaba saber sobre las personas que habitaban dentro. Un lacayo abrió la puerta antes de que el cochero de la duquesa hubiera bajado el estribo. Las esperaban.

El salón era de un azul pálido y crema, inmaculado, frío. Cada superficie estaba pulida, cada cojín en su sitio, cada adorno alineado. Olía a cera de abejas y a flores de invernadero: lirios blancos, dispuestos en un jarrón de cristal sobre la repisa de la chimenea con la precisión de alguien que deseaba belleza sin desorden. Clara miró la estancia y pensó: «Esta es una mujer que controla lo que puede porque no puede controlar lo que importa».

Lady Beaumont las recibió de pie. Era más pequeña de lo que Clara recordaba de la ópera: más baja, más menuda, el tipo de mujer que parecía mermar cuando no estaba al lado de su marido. Vestido gris paloma, cuello alto, el pelo recogido sin un solo mechón suelto. Su sonrisa era perfecta y no llegaba ni de lejos a sus ojos.

—Su Excelencia. Qué placer. —Se volvió hacia Clara. Su sonrisa se volvió algo más fina; apenas un instante, breve, suavizada antes de que la duquesa pudiera notarlo—. Y señorita Wetherly. Qué amable por su parte venir.

—La señorita Wetherly me ha estado asesorando con mis jardines —dijo la duquesa, instalándose en la silla ofrecida con la autoridad de una mujer que llevaba cincuenta años instalándose en sillas ajenas—. Es absolutamente indispensable. Pensé que le

gustaría conocerla formalmente; ya las presentaron en el recital, creo, pero solo brevemente.

—Por supuesto. —Lady Beaumont llamó al servicio para el té—. Por favor, siéntense.

Se sentaron. Trajeron el té. La duquesa aceptó una taza y se lanzó a la conversación con la soltura de una mujer capaz de mantener una charla sobre cualquier tema durante cualquier tiempo: la temporada de ópera, el tiempo, la dificultad de encontrar personal competente, el precio del carbón. Lady Beaumont respondió de igual modo. Su voz era agradable y serena. Sus manos permanecían firmes sobre el platillo. Reía en los momentos adecuados y hacía las preguntas pertinentes y era, en todo aspecto visible, exactamente la mujer que la habían entrenado para ser desde su infancia.

Clara observaba. Sostenía su taza, decía muy poco y observaba cómo los dedos de Lady Beaumont descansaban sobre el brazo de su silla; con ligereza, con precisión, como si hubiera aprendido hacía mucho tiempo a no aferrarse a nada con demasiada fuerza por si se lo arrebataban.

La duquesa dejó su taza.

—Lady Beaumont, ¿me perdonaría terriblemente si importunara a su ama de llaves un momento? Llevo meses buscando un patrón de encaje concreto y mi propia doncella es un desastre; me han dicho que la suya tiene un gusto excepcional. ¿Le importaría que hablara con ella un segundo? No tardaré nada.

—Por supuesto, Su Excelencia. Haré que Simmons la acompañe.

La duquesa se levantó. Miró a Clara: una sola mirada fija que decía todo lo necesario. Luego siguió al lacayo fuera de la estancia.

La puerta se cerró.

El salón quedó muy silencioso. Los lirios no olían a nada; cultivados en invernadero, hermosos, inodoros. El reloj sobre la repisa marcaba el paso del tiempo. Lady Beaumont levantó su taza, bebió y la volvió a dejar. Su compostura seguía intacta. Sus manos aún estaban firmes.

Clara no habló.

Graham le había enseñado aquello. *La gente no soporta el silencio,* le había dicho una vez. *Lo llenarán ellos. Siempre.*

Esperó.

Lady Beaumont la miró. Miró la puerta por la que se había ido la duquesa. Volvió a mirarla a ella.

—¿Por qué está aquí, señorita Wetherly?

La mano de Lady Beaumont se desplazó por el brazo de la silla. Los dedos presionaron hacia abajo —solo un poco, lo justo para que los nudillos blanquearan— y luego se relajaron.

Clara dejó su taza en la mesa entre ambas. Cruzó las manos sobre el regazo.

—En enero, encargó tres vestidos a su modista. Caros; no era su pedido habitual. Para París.

El reloj seguía su tic-tac. Lady Beaumont no se movió.

—Estaba feliz por ello. Creía que el viaje era para usted; unas vacaciones con su marido. Así se lo dijo a su modista. —Clara mantuvo la voz nivelada. Sin ser acusatoria. Sin ser compasiva. Firme, del modo en que hablaba a un paciente que necesitaba oír algo difícil—. Y luego canceló el pedido. Los tres vestidos. Antes del asesinato.

—No veo qué tiene que ver mi modista con nada de esto.

—Su asiento estaba vacío antes de que terminara el bis. Yo estaba en el teatro. Miré hacia su palco durante el aplauso final y su silla estaba vacía.

Algo se movió tras la mirada de Lady Beaumont. No era miedo, todavía no. Era el reconocimiento de que el suelo que pisaba se había desplazado.

—En el recital, dijo algo sobre Giuliana Rossetti: que no tenía vergüenza, que aceptaba tributos de un caballero y los exhibía ante otro. —Clara hizo una pausa. Dejó que el silencio pesara—. Eso no es un cotilleo, Lady Beaumont. Eso es algo que alguien sabría de haber estado en aquel camerino. De haber visto lo que había allí.

El tic-tac del reloj proseguía. Los lirios mantenían su vigilia inodora sobre la chimenea.

La mano de Lady Beaumont estaba de nuevo sobre el brazo de la silla. Con los nudillos blancos. No habló.

Clara esperó.

El silencio se prolongó. Diez segundos. Veinte. El fuego chasqueó en la rejilla y Lady Beaumont se sobresaltó: un movimiento pequeño y brusco, como si el sonido hubiera venido de un lugar totalmente distinto.

—Usted no sabe de lo que está hablando.

Clara no dijo nada.

—Es usted una tendera. No tiene ni idea de lo que es... —Lady Beaumont se detuvo. Su mandíbula se tensó. Miró hacia la ventana, hacia la calle, hacia la pálida luz de la tarde que atravesaba unos cristales limpiados esa misma mañana por alguien cuyo nombre probablemente ignoraba.

Clara esperó.

—Iba a dejarme.

Las palabras salieron planas. Despojadas de toda actuación, despojadas de compostura, despojadas de todo lo que Lady Beaumont había pasado décadas construyendo. Solo el hecho, desnudo sobre la alfombra del salón.

—Encontré los papeles en su despacho. Un viaje a París. Preparativos para dos; no para el servicio, no con los niños. Para dos. —Su voz era firme, pero la firmeza le costaba cara; Clara podía verlo en los tendones de su cuello, en la forma en que se mantenía erguida como si algo en su columna pudiera ceder si se lo permitiera —. Pensé que era para mí. Estaba tan contenta... no puedo explicarle cuánto. Encargué vestidos. Le dije a mi modista que quería algo hermoso para París.

Se detuvo. Tragó saliva.

—Y luego encontré el resto. Las cartas. Los arreglos para una casa; no un hotel, una casa. En Montmartre. Para ellos. Para él y esa mujer. —Sus dedos se curvaron contra el brazo de la silla—. Yo no iba a ir a París, señorita Wetherly. Iba a ser abandonada. Aquí. Con todo lo que he soportado durante veinte años hecho público y permanente.

—¿Cuándo se enteró?

—En marzo. Tres semanas antes de que ella muriera. —Lady Beaumont cerró los ojos brevemente—. Cancelé los vestidos. No soportaba verlos.

El fuego se asentó en la chimenea. Clara no se movió, ni habló, ni hizo ademán de coger su taza. Dejó que la habitación asimilara lo que Lady Beaumont acababa de entregarle.

—La noche de la función —dijo Clara, después de que el silencio hubiera cumplido su función—, usted no se marchó temprano.

—No.

—Fue a los camerinos.

Lady Beaumont la miró. La compostura había desaparecido por completo; no se había roto, sino que la había dejado a un lado, como una prenda que se hubiera quitado, doblado y depositado en la silla contigua. Lo que había debajo era más pequeño de lo que la ropa la hacía parecer.

—Conozco el teatro. Llevo yendo quince años. Sé dónde están los camerinos. Sé qué pasillos están vacíos durante el bis; todo el mundo está entre cajas o en la sala. —Presionó las palmas de las manos contra su falda—. Fui a hablar con ella. Eso era todo lo que pretendía. Fui a pedirle —a suplicarle— que lo dejara en paz. Que me dejara conservar lo poco que me quedaba.

—¿Y qué ocurrió?

—Se rió. —La voz de Lady Beaumont se quebró en esa palabra y la contuvo, la sujetó, la obligó a nivelarse de nuevo—. No con crueldad... o quizás sí lo fue, ya no lo sé. Me dijo que se iban juntos a París. Que llevaba meses planeado. Que yo me quedaría... que me quedaría atrás y que no había nada que pudiera hacerse al respecto.

Lady Beaumont se puso en pie. Caminó hacia la ventana. Se quedó allí medio de espaldas, con las manos entrelazadas frente a ella.

—Le pregunté: «¿De verdad lo cree? ¿Él sería capaz de hacerme eso?». Yo quedaría arruinada. Todo lo que he construido, todo lo que he aguantado, todo para nada. —Negó con la cabeza lentamente—. A ella no le importó. Lo único que le importaba eran las baratijas. Las flores, las joyas, la atención. Me dijo que ni siquiera lo amaba.

Las últimas cinco palabras cayeron en la sala como piedras en aguas tranquilas.

—Ni siquiera lo amaba. Iba a quitarme todo lo que yo tenía —mi marido, mi posición, mi vida tal como la conozco— y ni siquiera lo amaba. No era nada para ella. Yo no era nada para ella.

Clara permanecía muy quieta.

—Me dio la espalda. Cogió ese fular blanco y se lo ajustó frente al espejo como si yo fuera una criada que hubiera venido a vaciar la jofaina. —La voz de Lady Beaumont se había vuelto queda; no un susurro, sino algo carente de volumen, como si lo contara desde una gran distancia—. Yo solo... agarré el fular. Quería que se diera la vuelta. Quería que me mirara. Quería que viera que yo era una persona y no... no un mueble.

Se detuvo.

El hueco. Clara podía sentirlo: el lugar donde el recuerdo se rompía, donde la secuencia de acontecimientos se disolvía en algo que Lady Beaumont no podía narrar porque no había estado presente allí. Sus manos habían estado allí. Su cuerpo había estado allí. Pero dondequiera que Lady Beaumont se hubiera ido en ese instante, no era al camerino.

—Lo siguiente que supe fue que ella estaba en el suelo. Y oí pasos en el pasillo y yo... solté y corrí.

Lady Beaumont se apartó de la ventana. Tenía la cara mojada. No se había limpiado las lágrimas. Estaba allí, en su propio salón, con su vestido gris paloma, en su perfección de crema y azul, mirando a Clara. Cualquier alivio que debiera traer el confesarlo no había llegado. Parecía más pequeña sin el secreto. No más ligera.

—Ni siquiera lo amaba —repitió. Como si la repetición pudiera darle sentido. Como si decirlo suficientes veces explicara cómo una mujer podía destruir la vida de otra por algo que ni siquiera deseaba.

Clara se quedó allí con aquello. No la consoló. No la condenó. Miró a Lady Beaumont y vio a una mujer que se había quebrado; no por malicia, no por cálculo, sino por el peso acumulado de veinte años de no ser nadie en su propia casa. Una vida entera tragando saliva. Un momento de ser despreciada por la mujer que se lo estaba arrebatando todo. Y luego un fular, y luego el suelo, y luego pasos, y luego correr.

Eso no lo hacía correcto. Nada lo haría correcto. Giuliana Rossetti estaba muerta y Marco Valenti estaba muerto y Lady Beaumont estaba en su salón llorando, y nada de eso podía deshacerse.

Clara alargó la mano hacia la tetera. Sirvió una taza limpia. La dejó en la mesa más cercana a Lady Beaumont. El gesto fue pequeño e inadecuado, y era lo único que Clara tenía: el oficio, la taza, el instinto de la antigua herbolaria de ofrecer algo caliente a alguien que sufre, incluso cuando el dolor es merecido.

Lady Beaumont miró la taza. Se sentó. No bebió.

—¿Irá a la policía?

—Se lo diré a Graham —dijo Clara—. Lo que él haga con ello... no puedo decirlo.

Lady Beaumont asintió. Lentamente. Como si hubiera esperado esa respuesta y se hubiera estado preparando para ella, para descubrir, ahora que el momento estaba aquí, que la preparación no había servido de nada.

—Él no podrá tocarme —dijo. No con desafío, sino con agotamiento—. Los abogados de mi marido se encargarán de eso.

—Lo sé.

Se quedaron sentadas en la habitación silenciosa con los lirios fríos y el reloj marcando los segundos, mientras el té se enfriaba entre ambas. Dos mujeres que comprendían exactamente qué iba a pasar a continuación, y lo poco que todo ello importaría.

Clara se levantó. No ofreció su mano. No se despidió. Caminó hasta la puerta, la abrió y salió al vestíbulo, donde el lacayo la esperaba con su abrigo y la duquesa bajaba las escaleras con el ama de llaves a su lado, sosteniendo un trozo de encaje que nunca llegaría a usar.

El carruaje olía al perfume de la duquesa —agua de rosas— y a algo más penetrante, quizá cedro, de la madera de las paredes de la cabina. Clara se sentó con las manos en el regazo, observó pasar las calles y no habló.

La duquesa no preguntó. Miró a Clara una vez —una mirada larga y atenta— y lo que fuera que viera en el rostro de Clara fue

suficiente. Se acomodó contra el asiento, cruzó las manos y dejó que el silencio reinara.

Estaban a mitad de camino de Bloomsbury antes de que Clara hablara.

—Gracias.

—No me dé las gracias todavía —dijo la duquesa—. Démelas cuando esto termine.

Clara miró por la ventana la tarde gris, los carruajes, los paraguas y el mundo corriente ocupado en sus asuntos corrientes, y pensó en una mujer con un vestido gris paloma sentada sola en una habitación perfecta con una taza de té que no bebería, esperando lo que fuera que viniera después.

Pensó en Graham. En lo que le diría. En lo que eso le costaría a él.

Pensó en un fular blanco y en una mujer que daba la espalda, en el sonido de pasos en un pasillo y en la terrible e irreversible distancia que separa el agarrar del soltar.

El carruaje giró hacia Bellrose Lane. Clara buscó su llave.

Capítulo Diecinueve

Se lo contó en la mesa de su cocina, no en la de ella.

Clara había ido primero a Scotland Yard, pero el sargento de guardia —Mills, el que nunca levantaba la vista de su libro de registro— dijo que el inspector no había ido hoy. Clara no preguntó si se encontraba bien. Cogió un coche de caballos hasta el tercer piso sin ascensor sobre la librería y llamó a la puerta.

Graham abrió la puerta en mangas de camisa. Sin chaleco. Sin cuello. Tenía el pelo echado hacia atrás como si se hubiera estado pasando las manos por él durante bastante tiempo. La miró y se hizo a un lado sin decir palabra.

Sus habitaciones eran austeras, estaban llenas de libros y olían a té frío y tabaco de pipa, aunque ella nunca lo había visto fumar. Una fotografía enmarcada colgaba detrás del pequeño escritorio: una casa entre la bruma matinal, el tipo de casa que venía acompañada de un título nobiliario. Las cortinas estaban a medio correr. El fuego estaba bajo.

—Siéntate —dijo él.

Ella se sentó a la mesa estrecha junto a la ventana. Él se sentó frente a ella. No le ofreció té. Ella no se lo pidió. Había ciertos rituales para ciertas conversaciones, y ambos sabían que esta no era de las que requerían entrar en calor.

Clara le contó lo que Lady Beaumont había dicho. Todo. Los periódicos de París en el despacho. Los vestidos encargados con

deleite y cancelados con furia. El camerino durante el bis. Giuliana despidiéndola —dándole la espalda, ajustándose el fular—. —Quería que me mirara—. El vacío donde se rompía el recuerdo. Los pasos —los pasos de Marco— y la huida.

Le dijo las cinco palabras que Lady Beaumont había pronunciado tres veces, como si la repetición pudiera hacerlas soportables: *Ni siquiera llegué a amarlo.*

Graham escuchó. No interrumpió. No tomó notas. Tenía las manos apoyadas sobre la mesa y observaba el rostro de Clara de la misma forma que observaba a los testigos: no buscando los hechos, sino buscando lo que los hechos le habían hecho a la persona que los relataba.

Cuando terminó, la habitación se quedó muy silenciosa.

—La crees —dijo él.

—Creo que mató a Giuliana Rossetti en un momento que no puede recordar por completo, y que ha estado cargando con ello desde entonces. Sí.

—Eso no es una prueba.

—No.

—Una confesión privada en un salón. Mientras tomaban el té. —Se presionó los ojos con los dedos—. El comisario me echará del edificio entre risas.

—Lo sé.

—Y los abogados...

—Lo sé, Graham.

Él bajó la mano. La miró. Ella podía verlo haciendo cálculos: no sobre si ella tenía razón, sino sobre si importaba que la tuviera. Sobre si la verdad pesaba algo en absoluto cuando las balanzas estaban fabricadas por las personas a las que esta acusaba.

—Iré a ver a Beaumont —dijo él.

Se levantó. Caminó hasta la ventana. Con los hombros firmes y la columna rígida. Clara lo comprendió: el tercer hijo de un conde, yendo a hablar con un par del reino. No con una orden judicial. No con la ley respaldándolo. Con conocimiento y la voluntad de usarlo como una hoja de afeitar.

Fue esa tarde. Clara esperó en la tienda. Marmalade dormía en el mostrador y la luz del final de la tarde entraba por la ventana en largas barras de color ámbar, y las hierbas secas que colgaban del techo olían a manzanilla, melisa y polvo: su mundo, pequeño, constante y suyo.

Barrió el suelo. Midió la manzanilla en los frascos. Limpió el mostrador alrededor de Marmalade, que no se movió. Hizo las pequeñas tareas físicas que la serenaban cuando el mundo estaba fuera de su alcance y sus manos necesitaban ocupación.

La hoja dorada estaba cerrada en su atril. Genevieve no se había movido en todo el día. La lavanda era tenue; no estaba ausente, sino descansando. La vela sobre el mostrador ardía con regularidad, sin parpadeos. Fuera lo que fuese lo que su abuela había puesto en marcha con la página de la belladona, había surtido efecto. El fantasma estaba satisfecho, o lo más parecido a estar satisfecha que podía estar una mujer muerta cuando la justicia era imperfecta y los vivos tenían que cargar con el resto.

Sus pasos llegaron a las seis y media: medidos, deliberados, más pesados de lo habitual. Las manos de Clara se detuvieron sobre el frasco de manzanilla. Sintió un calor bajo las costillas, rápido y certero, antes de poder disiparlo con el pensamiento.

La puerta se abrió.

Graham estaba en el umbral. No se había quitado el sombrero. No se había movido hacia su silla. Con una mano en el marco, la miraba, y lo que fuera que había sucedido en Mayfair estaba escrito en su rostro: la mandíbula demasiado apretada, los ojos inexpresivos con algo peor que la ira.

El calor se volvió frío.

Cruzó la tienda. Le quitó el sombrero de la mano. Lo colgó en el gancho. Colocó la taza frente a su silla y esperó a que se sentara.

Él se sentó.

—No dijo nada. —La voz de Graham era monótona—. Se lo conté todo. Su esposa mató a Giuliana. Él lo sabía. Envió a los abogados para impedir que me acercara, no para protegerse a sí mismo, sino para protegerla a ella.

—¿Y?

—Se sentó detrás de su escritorio, escuchó cada palabra y luego me pidió que me marchara. —Graham cogió la taza. La volvió a dejar sin beber—. No lo negó. No me amenazó. No llamó a sus abogados. Me pidió que me marchara, y me marché.

—Porque no había nada más que hacer.

—Porque no había nada más que hacer.

La tienda estaba en silencio. Marmalade se había movido del mostrador al alféizar de la ventana, donde estaba sentado con las orejas hacia delante, observando la calle. Los últimos restos de la luz de la tarde se desvanecían.

—Hale ha sido condenado por los robos. Seis meses. —Graham hizo girar la taza—. La única persona que verá el interior de una celda es el hombre que robó bisutería porque no tenía dinero para comer. La esposa de un conde mata a una mujer y sale libre. Un compositor con dificultades roba unos broches y va a la cárcel. —Levantó la vista—. Esa es la forma de la justicia inglesa, Clara.

La señora Penfield llegó a las siete con bizcocho de semillas y la señora Turner. Dorothea llegó diez minutos más tarde con un cesto de costura que no tenía intención de tocar. Harriet llegó la última, sin aliento y manchada de tinta, cargando el maletín de cuero que significaba que había estado escribiendo.

Graham se levantó cuando entraron. Echó mano a su sombrero.

—Siéntese, inspector —dijo la señora Penfield—. Usted no se va, y yo no se lo estoy preguntando.

Él se sentó.

Clara les contó lo que pudo, no la confesión en sí ni las palabras de Lady Beaumont, sino la forma general de lo ocurrido. El caso estaba cerrado. Se había culpado al hombre equivocado. Las personas responsables no se enfrentarían a la justicia. No habría juicio, ni arresto, ni rendición de cuentas pública.

La señora Penfield escuchó con las manos entrelazadas en el regazo. Su rostro no revelaba nada. Nunca lo hacía, cuando las noticias eran lo suficientemente malas como para importar.

—La esposa —dijo la señora Penfield.

Clara la miró.

—Fue la esposa. —La señora Penfield no lo formuló como una pregunta—. He vivido lo suficiente para saber que, cuando se han eliminado todas las respuestas obvias, hay que mirar a la persona que nadie se molestó en sospechar. —Se alisó la falda—. Cuando me contó lo que ella dijo en la velada musical —ese comentario sobre los tributos—, lo archivé como amargura. Era conocimiento.

—No podría haberlo sabido.

—No. Pero debería habérmelo preguntado. —Se volvió hacia Graham—. Y usted, inspector. ¿Qué va a hacer?

—Nada —dijo Graham—. No hay nada que hacer.

La palabra aterrizó en la habitación y se quedó allí. La señora Penfield lo contempló durante un largo momento. Impasible. Sin sentimentalismos. Midiendo lo que se podía hacer con lo que quedaba.

—Entonces haremos lo que siempre hemos hecho —dijo ella—. Recordaremos. Sabremos. Y cuando llegue el momento —si llega—, estaremos listas. —Miró alrededor de la habitación—. Para esto servimos. No para la justicia. La justicia pertenece a los hombres con peluca; nos ha fallado antes y nos volverá a fallar. Nosotras servimos para la verdad. La sostenemos cuando nadie más lo hace.

Harriet tenía su cuaderno abierto. No estaba escribiendo; sostenía la pluma sobre la página, muy quieta, como si estuviera escuchando algo que aún no podía expresar con palabras.

—La esposa lo hizo —dijo Harriet en voz baja—. Y nadie la vio.

—Nadie lo hace nunca —dijo Dorothea. Fue lo primero que dijo en toda la noche. Se miraba las manos en el regazo: las manos que medían seda, prendían dobladillos y vestían a mujeres que sonreían en las fiestas y lloraban en los probadores—. Nadie ve jamás a la esposa.

La habitación mantuvo el silencio.

La señora Penfield cortó el bizcocho de semillas.

Se marcharon a las nueve. La señora Penfield besó la mejilla de Clara en la puerta: un beso enérgico, nada sentimental, el tipo de

beso que significaba: *estoy orgullosa de ti y lo negaré si me lo preguntan.* La señora Turner le apretó la mano. Dorothea no dijo nada, pero mantuvo la mirada de Clara un momento más de lo habitual. Harriet ya estaba caminando, con su cuaderno fuera, escribiendo mientras avanzaba.

Graham seguía sentado a la mesa.

Clara cerró la puerta. Echó la llave. Corrió la cortina del cristal.

La tienda estaba en silencio. Las hierbas en el techo olían a melisa y algo más profundo —romero, quizá, o el último rastro de la lavanda que había sido suave toda la noche—. Marmalade dormía en el cajón del tarot; Genevieve debía de habérselo abierto. Clara estuvo a punto de sonreír.

Clara puso el hervidor al fuego. No porque ninguno de los dos necesitara más té, sino porque el hervidor era el objeto que buscaba cuando el mundo era demasiado grande y sus manos estaban demasiado vacías.

Se sentó frente a él.

Graham miraba la mesa. Sus manos rodeaban la taza: la que estaba fría, de la que no había bebido en toda la velada. El músculo de su mandíbula trabajaba de la forma en que lo hacía cuando estaba reprimiendo algo, y Clara supo, con la certeza que empleaba para el diagnóstico, la dosificación y la lectura de las plantas que estaban sufriendo, que lo que fuera que él estaba conteniendo era más antiguo que el caso Beaumont.

—Graham.

Él levantó la vista.

—Esto no es solo por Giuliana.

Él le sostuvo la mirada. Algo se agitó tras su mandíbula; no era el cálculo habitual, sino algo más crudo. Sus dedos se apretaron ante la taza.

—No —dijo él—. No es solo por Giuliana.

El hervidor empezó a sisear en la estufa. Ninguno de los dos se movió para retirarlo.

—He presenciado esto antes. —Su voz era baja. No era un susurro; era algo controlado, mantenido en su sitio por años de

práctica—. Una mujer que murió. Un aristócrata que salió indemne. Y un sistema que decidió que aquello no importaba.

Las palabras aterrizaron en la tienda del mismo modo que la confesión de Lady Beaumont había aterrizado en el salón: con el peso de algo que se ha cargado durante mucho tiempo y que finalmente se deja en el suelo.

Clara no preguntó quién. No preguntó cuándo. Vio la banda de luto que él llevaba bajo el puño —la que había notado en su segundo caso y sobre la que nunca había insistido— y comprendió que, fuera lo que fuese aquello, lo había moldeado. La furia contra los abogados. La amargura hacia el comisario. La forma en que este caso lo había estado hiriendo desde el principio, de forma más profunda de lo que cualquier frustración profesional pudiera justificar.

Esto le había pasado a él. Alguien a quien amaba había muerto, el sistema había mirado hacia otro lado y él lo había arrastrado a cada caso desde entonces.

—No tienes por qué decírmelo —dijo ella.

—Lo sé.

—No esta noche.

—No —él bajó la mirada hacia sus manos—. No esta noche.

El hervidor ya estaba silbando. Clara se levantó, lo retiró del fuego, vertió el agua en la tetera y la llevó a la mesa. Se sentó.

La tienda emitía sus crujidos habituales mientras se asentaba a su alrededor. En algún lugar bajo la melisa, el rastro más tenue de lavanda: Genevieve, escuchando.

Las manos de su padre acudieron a ella, sin llamarlas. Temblorosas. Los médicos que iban y venían y lo dejaban peor. Genevieve discutiendo con ellos, y ellos sin escuchar, y él muriendo de todos modos.

Aparcó el recuerdo. Estaría allí cuando ella estuviera lista.

Clara miró a Graham. Sus manos estaban sobre la mesa, rodeando la taza de la que no bebería. Sus nudillos estaban pálidos. Miraba el espacio entre sus manos como si contuviera algo que hubiera perdido.

Ella cruzó la mesa con el brazo y puso su mano sobre la de él.

Sus nudillos se sentían afilados bajo su palma. Su piel estaba fría. Él no se movió —no respiró, por un momento— y luego bajó la vista hacia la mano de ella sobre la suya, y luego la miró a ella.

La tienda estaba muy silenciosa. La vela. La melisa. El tenue tic-tac del reloj sobre la puerta.

Graham giró la mano bajo la de ella. Sus dedos se cerraron sobre los de ella, con cuidado, como si no estuviera seguro de que ella se lo permitiría.

Se quedaron así sentados. El té se enfrió. La vela se consumió. Marmalade dormía en el cajón del tarot y el fantasma descansaba, y la tienda los sostenía de la forma en que había sostenido cada cosa difícil que había sucedido entre sus paredes: en silencio, con paciencia, con el olor a romero y melisa y el calor constante de un fuego que alguien se había acordado de alimentar.

Ninguno de los dos habló.

Ninguno de los dos lo necesitaba.

Capítulo Veinte

OBSERVACIONES DE MARMALADE — ÚLTIMA ENTRADA

La tienda volvía a oler como debía.

No digo esto a la ligera. Durante semanas —demasiadas—, el aire había transportado las cosas equivocadas: aceite quemado de las velas nocturnas, el agudo mordisco verde de las hierbas que Clara machacaba cuando no podía dormir, y ese olor humano particular que he llegado a reconocer como preocupación. (Huele a lana húmeda y a ácido estomacal. Profundamente desagradable. Lo he catalogado con detalle).

Pero esta mañana la lavanda ha vuelto; no la lavanda punzante y ansiosa que exhalaba la fantasma cuando estaba agitada, sino de la clase tranquila. De la clase que descansa. De la clase que significaba que se había vuelto a asentar en cualquier espacio que ocupara tras las paredes y bajo las tablas del suelo y dentro de las páginas de esa cosa pesada que Clara guardaba en el atril.

La tienda estaba templada. Mi cuenco estaba lleno. El sol había encontrado mi cojín precisamente en el ángulo que prefiero —que es el único ángulo, porque no soy una criatura que acepte compromisos—.

Había humanos nuevos en la tienda.

Esto era, en conjunto, tolerable. Venían portando el aroma de la vieja —la de pelo plateado con las manos excelentes y las migas de pan de mantequilla perpetuamente alojadas en los pliegues de su abrigo. (La Duchess, la llamaba Clara. Yo la llamaba la que entendía la forma adecuada de acercarse a un gato: con ofrendas y respeto). Estos humanos nuevos venían por recomendación suya, al parecer, lo que significaba que llegaban con cierta calidad de galleta y una disposición a admirarme antes de realizar sus gestiones en el mostrador.

Lo aprobé. Provisionalmente.

Clara se movía por la tienda de la forma en que lo hacía cuando las cosas se habían calmado; no con la eficacia frenética de una cacería, ni con el deambular agotado de su desenlace, sino con algo más firme. Medía. Etiquetaba. Barría a mi alrededor sin pedirme que me moviera. (Ha aprendido, tras tres inviernos, que pedir no sirve de nada. La respeto por ello).

El alto llegó a las cuatro.

Lo oí antes de que se abriera la puerta: pausado, deliberado, cargando un poco más el peso en el talón izquierdo, con esas cosas oscuras y olorosas de sus pies anunciándolo antes de que la puerta pudiera hacerlo. Colgó la cosa cálida y áspera en el gancho de Clara. (Últimamente colgaba allí con más frecuencia. Me había dado cuenta. Me doy cuenta de todo). Se sentó en su sitio habitual, y Clara le puso una taza delante sin que él se la pidiera, y ninguno de los dos habló durante un momento de esa forma en que habían empezado a no-hablar recientemente, que era distinta de cómo solían no-hablar antes.

Antes, el silencio entre ambos olía a incertidumbre. Ahora olía a algo más cálido. No exactamente al aroma de lavanda y escaramujo que exhalaba la fantasma cuando hacía de casamentera. Algo nuevo. Algo que les pertenecía a ellos en lugar de a la fantasma.

(Observé todo esto desde mi posición en el mostrador, donde me había dispuesto con esa clase de elegancia natural a la que los humanos solo pueden aspirar y que jamás logran alcanzar).

Había dos tazas en el mostrador —las buenas, las de las florecitas que las manos de Clara tocaban con cuidado—.

Aparecieron antes de que él llegara, siempre, colocadas una junto a la otra aunque Clara no las hubiera puesto. Obra de la fantasma. Llevaba colocando esas tazas desde la segunda cacería, y ninguno de los humanos lo había reconocido nunca en voz alta, y yo hacía tiempo que había dejado de esperar que demostraran siquiera una competencia observacional básica.

Ahora se quedaba más tiempo. Esto era nuevo. Solía marcharse cuando la luz cambiaba —algún reloj interno con demasiada cuerda, tirando de él de vuelta al edificio frío por el que Clara se preocupaba —. Pero últimamente se quedaba más allá de las sombras alargadas. Bebía su té. Hablaba de casos que yo no entendía y de personas que yo no había olido. Clara escuchaba con todo su cuerpo: los dedos quietos sobre el mostrador, el peso inclinado hacia delante, el agudo olor a preocupación desaparecido de su piel. No la había olido tan sosegada desde antes de la mujer muerta.

Ahora sonreía de forma diferente cuando estaba con él. No más ampliamente —los humanos siempre eran imprecisos con la mecánica de sus propios rostros—, sino desde algún lugar más profundo. Como si la sonrisa se hubiera mudado a un lugar que él podía oler pero no ver.

Él se daba cuenta. Lo sabía porque su aroma cambiaba cuando ella lo hacía: una ligera calidez, un suavizamiento de la bergamota y la lana hacia algo menos cauteloso. Había llegado a la conclusión, tras cinco casos y un estudio considerable, de que era profundamente estúpido respecto a sus propios sentimientos, pero no totalmente irremediable. Se estaban haciendo progresos. A un ritmo que avergonzaría a un caracol de jardín, pero progresos al fin y al cabo.

Salté del mostrador y crucé la tienda. Esto no fue, quiero dejarlo claro, un acto de afecto. Fue un acto de evaluación territorial. Rodeé su tobillo una vez —presión firme, estableciendo mi propiedad— y me retiré al alféizar. Una vuelta. Nada más. Hay que mantener las formas.

(Puede que roncara. Brevemente. Fue involuntario y no pienso hablar más del tema).

La lavanda se intensificó un momento, y entonces la cosa pesada del atril se abrió. No por una página de las marcas garabateadas que Clara leía con tanta seriedad. Por una carta.

Había sido colocada allí —o se había colocado sola, que en esta tienda venía a ser lo mismo— en ángulo. Ni derecha, ni invertida. Inclinada, como si la mano que la dejó no acabara de decidirse. Clara la cogió y se quedó mirándola largo tiempo. La dejó sobre el mostrador y no se la explicó al alto, y él no preguntó.

(He observado, tras tres inviernos de cuidadoso estudio, que las cosas planas y coloridas de mi cajón de dormir conllevan significados que los humanos se toman muy en serio. Yo también me las tomo en serio, pero por razones diferentes. Tienen el tamaño y el peso perfectos para ser lanzadas de un zarpazo fuera del mostrador, y los bordes dorados captan la luz de la tarde de una forma que es, francamente, irresistible).

El alto se marchó al anochecer. Sus pasos se desvanecieron por el callejón: pausados, deliberados, cargando un poco más el peso en el talón izquierdo. Clara se quedó en la puerta y lo vio alejarse. No lo llamó. No le hacía falta. Volvería. Ahora siempre volvía.

Cerró la puerta, echó la llave y se quedó un momento con la mano apoyada en el marco.

—Buenas noches, abuela —dijo a la tienda vacía.

La lavanda respondió. Tenue. Cálida. Contenta, por ahora, de descansar.

Esperé a que Clara hubiera subido a la planta de arriba. Esperé a que la vela se apagara y el fuego estuviera bajo y la tienda estuviera a oscuras salvo por el resplandor amarillento que el farolero dejaba atrás, entrando por la ventana en largas barras de ámbar.

Entonces la cosa pesada se movió.

No mucho —un movimiento, un reajuste, como hacen las cosas viejas cuando baja la temperatura—. Pero la lavanda de la fantasma se agudizó durante el espacio de un suspiro, y una página pasó sin que ninguna mano la moviera, y una de las cosas planas y coloridas se deslizó de entre las páginas y cayó al suelo.

Salté abajo. La olisqueé. Olía a la fantasma y a tinta y a flores prensadas y a algo para lo que yo no tenía nombre; algo más viejo

que la tienda, más viejo que Clara, más viejo que la propia cosa pesada.

Estaba tibia. Tenía exactamente el tamaño adecuado. Lo que fuera que significara para los humanos —y significaría algo, siempre lo hacía— podía esperar hasta la mañana.

Me acomodé sobre ella.

Luego ocupé mi puesto.

El alféizar estaba frío bajo mi cuerpo —esa superficie lisa que guardaba el frío de la noche y el último calor del día a partes iguales —. Apreté la barriga contra él y vigilé.

La calle estaba tranquila. Los sonidos habituales: cascos sobre el suelo duro y áspero desvaneciéndose, una puerta cerrándose tres casas más allá, ese silencio particular que caía sobre el callejón cuando el farolero ya había pasado y los humanos se habían retirado a sus cajas calientes para pasar la noche.

Pero había alguien.

El mismo de siempre. Llevaba captando su rastro desde el tiempo del frío —antes de que Clara fuera al lugar ruidoso donde los humanos se sientan a oscuras a escuchar, antes de la mujer muerta, antes de que todo aquello devorara el sueño de Clara y la compostura del alto—. Estaba en el sitio de siempre: el portal frente al callejón, dos edificios al sur de la casa de la pescadera. No se movía. Esta noche no fumaba, lo cual era inusual. Simplemente vigilaba.

No a Clara. Nunca a Clara. Vigilaba el callejón por el que se había ido el alto. Esperó hasta que los pasos del alto se desvanecieron por completo, y luego esperó más tiempo, y después se subió la cosa cálida alrededor del cuello y caminó en la misma dirección.

Siguiéndolo.

Clara nunca lo vio. El alto, que se daba cuenta de más cosas que la mayoría de los humanos y de menos que cualquier gato, nunca lo vio.

Yo sí lo vi.

Su olor era el mismo cada vez: las cosas duras y lisas de sus pies (caras, no como las del alto; más ligeras, más silenciosas), una hierba picante que no me gustaba y que los humanos encienden y

respiran (tabaco, lo llamaba Clara, arrugando la nariz) y, bajo todo ello, paciencia. Una paciencia fría y asentada. Esperando a que algo madurara.

Fuera lo que fuese lo que estaba esperando, aún no había madurado. Pero lo haría.

Eché las orejas hacia delante. El cuenco estaba lleno. La tienda estaba templada. La fantasma estaba callada. Clara estaba a salvo… por ahora.

Mañana habría clientes y té y la infinita indignidad de que me rascaran las orejas extraños que olían a polvo de carbón y a jabón de lavanda y cuyas galletas eran, en el mejor de los casos, aceptables.

Esta noche solo estaban la ventana y la calle y la oscuridad.

Alguien en esta casa debe mantener las formas.

Los remedios de Clara

INFUSIÓN PARA LA GARGANTA DEL CANTANTE

Del cuaderno de trabajo de Clara Wetherly, Botica Hawthorne & Wetherly, Bellrose Lane, Bloomsbury

Esta es la infusión que Clara prepara para la tensión vocal de Giuliana Rossetti en el capítulo siete; una mezcla diseñada para calmar una garganta fatigada, reducir la inflamación y recubrir el tejido irritado. Es lo bastante suave para un uso diario durante la temporada de actuaciones y lo bastante fuerte para aliviar la aspereza provocada por horas de ensayo en teatros fríos y con corrientes de aire.

Cada ingrediente de esta mezcla habría estado disponible en una botica londinense bien surtida en la década de 1850. Clara habría guardado la mayoría de ellos en los cajones etiquetados tras su mostrador.

La Mezcla

- **1 cucharada de raíz de malvavisco seca** (*Althaea officinalis*)
- **1 cucharadita de raíz de regaliz seca** (*Glycyrrhiza glabra*), picada o laminada
- **1 cucharadita de salvia seca** (*Salvia officinalis*)

- **1 cucharadita de tomillo fresco** (*Thymus vulgaris*), o ½ cucharadita de tomillo seco
- **Un trozo de raíz de jengibre fresco** del tamaño de un pulgar, pelado y cortado en láminas finas
- **1 cucharada de miel** (cruda, si es posible)
- **Zumo de medio limón**

Preparación

Combinad la raíz de malvavisco, la raíz de regaliz y el jengibre en un cazo pequeño con dos tazas de agua fría. Llevadlo a un hervor suave —no a borbotones— y dejad que burbujee tranquilamente de diez a quince minutos. Esta cocción lenta es importante: el malvavisco y el regaliz son raíces, y necesitan tiempo y calor para liberar sus propiedades calmantes. Una infusión rápida no surtirá efecto.

Retirad el cazo del fuego. Añadid la salvia y el tomillo, tapadlo y dejad que la mezcla repose otros diez minutos. Tapar el recipiente evita que los aceites volátiles —los compuestos que otorgan al tomillo su poder antiséptico— se escapen con el vapor.

Colad la infusión con una tela fina o un tamiz en vuestra taza favorita. Añadid la miel mientras el té esté caliente (pero no hirviendo; el calor excesivo descompone las enzimas beneficiosas de la miel). Añadid el zumo de limón al final.

Bebedlo a sorbos lentos. Clara os diría: dejad que la infusión bañe vuestra garganta al bajar. No lo bebáis de golpe.

Función de cada planta

La **raíz de malvavisco** es el corazón de esta mezcla. Es excepcionalmente rica en mucílago, una sustancia espesa y gelatinosa que recubre y protege las membranas mucosas inflamadas. Cuando la garganta de un cantante está en carne viva por el uso excesivo, la raíz de malvavisco establece una barrera calmante sobre el tejido irritado. La planta es, casualmente, la fuente original de la golosina de malvavisco, aunque el dulce moderno guarda poco parecido con la raíz medicinal. La abuela de

Clara, Genevieve, la cultivaba en el jardín trasero de la tienda y la consideraba indispensable.

La **raíz de regaliz** actúa junto al malvavisco como demulcente —calma y recubre—, pero también aporta sus propias propiedades antiinflamatorias. Su compuesto activo, la glicirricina, ayuda a reducir el exceso de inflamación en el tejido irritado de la garganta. El regaliz se ha utilizado medicinalmente durante miles de años y era una de las hierbas que se encontraban con más frecuencia en las boticas victorianas, vendiéndose en forma de pastillas, palos y raíz seca. Un poco rinde mucho; su sabor es naturalmente dulce y redondea el toque terroso del malvavisco.

La **salvia** ha sido la primera respuesta del herborista para el dolor de garganta desde la antigüedad. Contiene taninos —compuestos astringentes naturales que tensan y tonifican el tejido inflamado— junto con aceites antisépticos que ayudan a combatir las bacterias responsables de las infecciones de garganta. En la década de 1850, las gárgaras de salvia eran el remedio herbal más recomendado para la ronquera y los dolores de garganta. Clara la utiliza aquí en infusión en lugar de para gárgaras, pero funciona de ambas maneras.

El **tomillo** es una potencia discreta. Su aceite esencial contiene timol, un compuesto antimicrobiano de eficacia probada contra las bacterias que suelen causar infecciones de garganta. El tomillo también actúa como expectorante, ayudando a aliviar la congestión. Los hogares victorianos cultivaban tomillo en huertos y jardineras; era tan común como el perejil y el doble de útil medicinalmente.

El **jengibre** aporta calor. Sus compuestos activos —gingeroles y shogaoles— tienen propiedades antiinflamatorias y analgésicas documentadas. La sensación de calor que produce fomenta la circulación en la garganta, lo que ayuda a reducir la hinchazón y favorece la curación. Clara lo corta en láminas finas para liberar los aceites rápidamente durante la cocción lenta.

La **miel** es tanto medicina como consuelo. Posee auténticas propiedades antibacterianas y recubre la garganta con una capa protectora que alivia la necesidad de toser. La miel cruda, que habría sido el único tipo disponible para Clara, conserva enzimas y

compuestos que la miel procesada pierde. También hace que la infusión sepa a algo que uno desearía beber, lo cual —como Clara señalaría— importa más de lo que la mayoría de los boticarios admiten.

El **limón** aporta una nota astringente brillante que atraviesa la mucosidad y crea un entorno ácido hostil para muchos patógenos. La vitamina C refuerza la respuesta inmunitaria del cuerpo. Se añade al final para que el calor no destruya sus propiedades más delicadas.

Nota sobre su uso

Esta infusión es segura para la mayoría de los adultos y puede tomarse dos o tres veces al día durante periodos de tensión vocal o ante el primer signo de dolor de garganta. No sustituye al consejo médico; la propia Clara sería la primera en decir que algunas dolencias requieren un médico, por mucho que ella pudiera cuestionar sus métodos.

Una advertencia: Deben evitar la raíz de regaliz quienes padezcan hipertensión arterial, afecciones cardíacas o enfermedades renales, y tampoco debe consumirse en grandes cantidades durante el embarazo. Si el regaliz supone un problema, la mezcla funciona bien sin él; simplemente aumentad la cantidad de raíz de malvavisco para compensar.

—La mitad de la curación consiste en saber qué planta elegir. La otra mitad, en saber cuándo poner el hervidor al fuego. —Genevieve Hawthorne, según consta en La Hoja Dorada.

Nota histórica de la autora

Queridos lectores:

Uno de los placeres de escribir esta serie es la investigación: caer por la madriguera del conejo del Londres victoriano y descubrir que la historia real es más extraña, más indignante y más desgarradora que cualquier cosa que yo pudiera inventar. *Muerte en el Her Majesty's* me sumergió en tres rincones de la década de 1850 que quiero compartir con vosotros, porque dieron forma a cada página de este libro.

La obsesión con la ópera italiana

El Her Majesty's Theatre en el Haymarket no era simplemente un lugar para escuchar música. Era el motor social de la élite londinense: un lugar para ver y ser visto, para dirigir asuntos del corazón y de negocios, y para adorar en el altar de la prima donna.

Benjamin Lumley, el abogado convertido en empresario que dirigió el teatro desde 1842, lo entendió perfectamente. Gestionaba la casa tanto como una institución social como musical, y las estrellas que trajo a su escenario se convirtieron en lo más parecido que el Londres victoriano tuvo a las celebridades modernas. Cuando Maria Piccolomini causó sensación en Londres en el estreno de *La traviata* de Verdi el 24 de mayo de 1856, la ciudad perdió colectivamente la cabeza. Cuando la gran Giulia Grisi y su amante, el tenor Mario, desertaron a la rival Royal Italian Opera en Covent Garden en 1846 —llevándose consigo al director de orquesta Michael

Costa—, la ruptura dividió a la sociedad londinense en facciones enfrentadas que perduraron durante años.

El culto a la prima donna era embriagador y peligroso. Los aristócratas competían abiertamente por el favor de las cantantes principales. Todo el mundo entendía la línea entre el mecenazgo y el idilio, y nadie respetable la reconocía. Se gastaban fortunas en flores, joyas y cenas privadas. Los matrimonios se destruían discretamente. Las propias cantantes ocupaban una posición imposible: celebradas, deseadas y, sin embargo, nunca del todo respetables. Eran adoradas en el teatro y comentadas entre susurros en cualquier otro lugar.

Giuliana Rossetti es un personaje de ficción, pero el mundo que habita no lo es. Las flores en su camerino, los tributos de los caballeros, la esposa que lo sabía y no podía hacer nada al respecto: todo eso ocurrió, repetidamente, en los camerinos y salones del Londres de 1850.

El dilema de la esposa

Cuando Lady Beaumont descubre los arreglos de su marido en París, casi no tiene recursos legales. Esto no es licencia dramática. Es la ley.

En 1858, una mujer casada en Inglaterra existía bajo la doctrina de la coverture, un principio legal tan absoluto que resulta difícil de comprender para los lectores modernos. Al casarse, la identidad legal de la mujer era absorbida por la de su marido. Ella no podía poseer propiedades; cualquier cosa que aportara al matrimonio pasaba a ser de él. No podía firmar contratos, conservar su propio salario ni litigar en su propio nombre. A ojos de la ley, no era una persona independiente.

Se suponía que la Ley de Causas Matrimoniales de 1857, que entró en vigor el 1 de enero de 1858 —el mismo año de esta novela —, iba a cambiar las cosas. Trasladó el divorcio desde el gasto imposible de una ley privada del Parlamento a un nuevo tribunal civil. Pero el doble rasero quedó redactado en el propio estatuto: un marido podía divorciarse de su esposa solo por adulterio, mientras que una esposa solo podía divorciarse de su marido si su adulterio iba acompañado de crueldad, abandono de dos o más años, bigamia

o incesto. El adulterio por sí solo —un marido que mantuviera abiertamente a una amante, incluso planeando abandonar a su esposa por ella— no era motivo suficiente para que una mujer solicitara el divorcio.

Si Lord Beaumont se hubiera marchado a París con Giuliana, Lady Beaumont se habría quedado atrás con su reputación en ruinas, sus propiedades a nombre de él y sin ningún mecanismo para obligarle a volver o reclamar lo que era suyo. Las mujeres de este libro —Clara, la duquesa, la señora Penfield, Dorothea, Harriet— navegan por un mundo construido para hacerlas invisibles. El hecho de que encuentren formas de importar a pesar de todo es la parte de la historia que más me interesa.

La justicia y la aristocracia

Cuando Graham Redgrave se enfrenta a Lord Beaumont y este le pide que se marche, no se trata de una falta de valor. Es un enfrentamiento con un sistema diseñado para proteger a hombres exactamente como Beaumont.

En 1858, un noble del reino acusado de un delito grave tenía derecho a ser juzgado no por un jurado de ciudadanos corrientes, sino por la Cámara de los Lores en pleno, con el Gran Steward de Inglaterra presidiendo. Esto no era un tecnicismo. Significaba que procesar a un lord requería maquinaria parlamentaria, voluntad política y la cooperación de otros nobles dispuestos a condenar a uno de los suyos. El último noble ejecutado realmente en Inglaterra fue el conde Ferrers, ahorcado en 1760 por asesinar a su administrador, casi un siglo antes de que transcurra esta novela. Para la década de 1850, la realidad práctica era que acusar a un aristócrata de cualquier cosa que no fuera el crimen público más sensacionalista resultaba políticamente imposible.

Los inspectores de policía no tenían autoridad independiente para arrestar a un noble sin una orden obtenida a través de procesos que involucraban al Ministerio del Interior. Los abogados de las familias aristocráticas entendían perfectamente la complejidad procesal y la esgrimían como un arma. Los retrasos, las mociones y el simple hecho social de que los magistrados y jueces se movieran en los mismos círculos que las personas a las que se les podría pedir que

acusaran... todo ello creaba una inmunidad estructural que no necesitaba conspiración alguna para mantenerse. Simplemente existía.

Graham es el tercer hijo de un conde que eligió trabajar como inspector de policía. Entiende ambos mundos —el salón y la comisaría— y sabe que la distancia entre el conocimiento y la justicia no se mide en pruebas, sino en privilegios. Es la herida central de su personaje, y no es ficticia.

La señora Penfield lo dice mejor: *Nosotras no estamos para la justicia. Estamos para la verdad. La sostenemos cuando nadie más lo hace.*

Eso es lo que hacen las Damas de Bloomsbury. Es, a su manera, lo que también hacen los lectores de novelas de misterio. Recordamos. Nos fijamos. Nos negamos a apartar la mirada.

Gracias por leer.

Si queréis estar al tanto del próximo libro de la serie —y creedme, Marmalade tiene mucho más que decir—, me encantaría que os unierais a mi grupo privado de lectores, donde comparto novedades, notas entre bastidores y alguna que otra receta de hierbas antes de que nadie las vea. Podéis hacer clic en el enlace AQUÍ. (Hay un regalo especial esperándoos allí).

o id a: subscribepage.io/Clara-Wetherly-FREE-Novella-Spanish

Siempre espero con ganas noticias de mis lectores. Vuestros mensajes, vuestras teorías sobre quién fue el culpable (y quién debería haberlo sido) y vuestra inquebrantable lealtad a un gato naranja de siete kilos significan para mí más de lo que puedo expresar.

Hasta la próxima... mantened la tetera caliente.

—Zia Bellamy

Un caso exclusivo para Clara Wetherly

Bloomsbury, Londres, Inglaterra, 1857

Londres se había aficionado a los fantasmas aquel otoño. No a los del tipo honrado que rondaban los cementerios, sino a esa clase de moda que respondía a través de la mano temblorosa de un médium. Era, al fin y al cabo, la víspera de Todos los Santos: la noche en la que incluso los más sensatos dejaban una vela encendida para sentirse acompañados.

Clara Wetherly se encontraba en la trastienda de Hawthorne & Wetherly, midiendo con cuidado flores secas de manzanilla en pequeñas bolsas de muselina. Mañana era el día de Todos los Santos, y medio Bloomsbury querría infusiones calmantes para sus nervios tras la noche de Halloween. El trabajo metódico solía tranquilizarla, pero hoy cada medición se sentía como una forma de marcar el tiempo hasta la noche, una noche que preferiría evitar por completo.

La campana de la tienda repicó con excesivo entusiasmo.

—¡Clara! ¡Mi querida niña! ¿Dónde te escondes?

La voz de la señora Agatha Penfield portaba ese tono particular de emoción que significaba que la tarde tranquila de Clara estaba a punto de ser interrumpida de forma estrepitosa. Clara dejó las balanzas, se sacudió las flores secas del delantal y asomó por la cortina.

La señora Penfield estaba de pie en el centro de la tienda como un general revistando el campo de batalla, con sus rizos de color gris acero temblando de entusiasmo bajo un sombrero adornado con cintas moradas. Sus ojos brillaban con esa clase de deleite que solía preceder a que Clara fuera presentada voluntaria para algo.

—¡Ahí estás! ¡Oh, Clara, tengo noticias maravillosas! —La señora Penfield se dirigió hacia el mostrador, prácticamente vibrando—. ¡Lo he logrado! ¡Por fin la he conseguido!

—¿A quién ha conseguido? —preguntó Clara, aunque sospechaba que no quería saberlo.

—¡A Madame Seraphina Vale! ¡LA mismísima Madame Seraphina Vale! Ha aceptado dirigir una sesión de espiritismo en mi casa esta misma noche. Ni siquiera lady Rothschild pudo contratarla, pero yo lo logré a través de mi primo, el coronel Blackwood; al parecer, ella le debía un favor de su etapa en Brighton. —La señora Penfield resplandecía de triunfo—. ¡Diez invitados, un círculo adecuado, en la mismísima víspera de Todos los Santos!

Clara volvió a sus mediciones.

—Qué emocionante para usted.

—Oh, no, no solo para mí. Tú vas a venir.

—Me temo que tengo...

—Clara Wetherly. —El tono de la señora Penfield pasó de la emoción al mando—. ¿Cuándo fue la última vez que asististe a una reunión social en la que no hubiera un cadáver de por medio?

Clara se detuvo a mitad de una medición.

—Eso no tiene nada que ver con...

—Tienes veintisiete años, no setenta. Te pasas todas las noches en esta tienda con tu gato y tus tinturas. —La señora Penfield se inclinó sobre el mostrador—. Tu abuela, que Dios la tenga en su gloria, se horrorizaría de verte vivir como una ermitaña.

—La abuela apreciaba la soledad.

—Genevieve apreciaba el equilibrio. También asistía a sesiones de espiritismo, si mal no recuerdo. Pensaba que eran una soplapollez, pero iba por la vida social. —La expresión de la señora Penfield se suavizó ligeramente—. Además, te necesito. La señora Turner ha caído enferma —algo relacionado con unas ostras en mal estado— y

necesito a una décima persona para el círculo. Nueve es un número totalmente erróneo para las energías, según Madame Seraphina.

Clara suspiró.

—Señora Penfield...

—Y antes de que digas que no tienes nada que ponerte, esa seda gris que llevaste a la cena de los Thornfield es perfectamente adecuada. Y trae algo de ese incienso tan agradable, la mezcla de sándalo que no me hace estornudar. Madame Seraphina ha solicitado específicamente un «refuerzo atmosférico».

—Es que no...

—Además —los ojos de la señora Penfield brillaron con astucia estratégica—, la señora Evangeline Pettigrew estará allí. Se ha quedado viuda hace poco, es inmensamente rica y necesita desesperadamente remedios herbales de calidad para sus nervios. Podría convertirse en tu mejor clienta si se la presenta adecuadamente.

Clara sintió que su resistencia se debilitaba. El negocio había estado más flojo de lo habitual este mes.

—¡Es como en *El secreto de la espiritualista*! —continuó la señora Penfield, animándose con su tema—. Ya sabes, donde la heroína asiste a la sesión y conoce a su futuro... bueno, no importa esa parte. ¡El caso es que pensaba que sería espantoso pero le cambió la vida por completo!

—Eso era ficción, señora Penfield.

—¡Ficción basada en la realidad! Además, ¿qué otra cosa pensabas hacer? ¿Quedarte aquí picando hierbas mientras todo Londres celebra la víspera de Todos los Santos? —Se enderezó, ajustándose los guantes con determinación—. A las nueve en punto. La sesión empieza a las nueve y media; al parecer, el velo es más fino a medida que nos acercamos a la medianoche.

Clara se reconoció derrotada.

—¿Quién más asistirá?

—¡Oh, una mezcla fascinante! Mi primo el coronel Blackwood; es un poco pesado, pero aporta dignidad militar. La señora Winters y la señorita Collins, por supuesto. Esa joven señorita Harwick de la que todo el mundo habla... algún escándalo con un compromiso,

tremendamente emocionante. El doctor Waverly, que está escribiendo un artículo sobre espiritismo y ciencia médica. El señor Crane, que gestiona los asuntos de la señora Pettigrew. Y algunos otros. Todos muy respetables, te lo aseguro.

Se dirigió hacia la puerta, con su misión cumplida.

—A las nueve, Clara. ¡No llegues tarde! Y trata de parecer menos escéptica, que eso envejece terriblemente.

La campana volvió a sonar cuando se marchó, dejando a Clara a solas con el aroma persistente del agua de lavanda de la señora Penfield.

Clara se acercó a la ventana y observó a su vecina sortear los adoquines con notable agilidad. Al volverse hacia su trabajo, algo le llamó la atención: una figura al otro lado de la calle, de pie entre la encuadernación y la sombrerería.

Una mujer con una capa de viaje, demasiado formal para ir de compras por la tarde, permanecía completamente inmóvil. Parecía estar estudiando la fachada de la tienda con una intensidad peculiar. Clara la había notado antes —ayer, y tal vez el día anterior—, siempre pasando de largo, aminorando la marcha cerca de la puerta, pero sin entrar nunca.

Hoy, simplemente se limitaba a mirar quieta.

Clara se acercó más a la ventana, pero la mujer se dio la vuelta bruscamente y se marchó, a paso rápido y teatral, como si saliera de un escenario.

—Qué extraño —murmuró Clara.

Desde su cojín junto a la ventana, Marmalade abrió un ojo dorado y luego volvió a cerrarlo con desdén felino. Fuera lo que fuese lo que la mujer quería, estaba claro que no le concernía a él.

Observaciones de Marmalade

En las que los humanos no notan lo obvio y me veo obligado a intervenir

La merodeadora había vuelto. Tercera vez esta semana.

Clara, como es natural, acababa de fijarse en ella. Humanos. Sus capacidades de observación eran espantosas: con toda esa altura y aun así se les escapaba lo que tenían delante de sus narices.

Yo ya había catalogado a la mujer debidamente, como haría cualquier gato respetable. Martes: se detuvo ante nuestra puerta, con la mano puesta de verdad en el picaporte, y luego huyó cuando la señora Winters salió de la sombrerería. Miércoles: rodeó la manzana dos veces, ralentizando el paso cada vez que pasaba por nuestra ventana. Hoy: lo bastante audaz como para quedarse mirando, al menos hasta que el asalto de la mujer Penfield la ahuyentó.

Lo interesante no era que estuviera vigilando. Eran sus zapatos.

Zapatos de escenario: de los que no hacen ruido cuando quería estar en silencio, pero que podían producir clics dramáticos cuando era necesario. Los había visto en la gente del teatro que a veces compraba los remedios de Clara para el dolor de cabeza. Esta estaba actuando incluso cuando pensaba que nadie la miraba.

La invasión social de la mujer Penfield había distraído a Clara de las preguntas obvias: ¿por qué alguien estudiaría nuestra tienda como un guion que hay que memorizar? ¿Qué clase de persona necesitaba ensayar cómo entrar en una botica?

La respuesta estaría en la sesión de espiritismo de esta noche. Estaba seguro de ello.

Por eso, cuando Clara regresó vestida con esa seda gris que la hacía parecer una institutriz, yo ya estaba listo.

Alargó la mano para coger su chal. Yo me senté encima.

—Marmalade, quita.

Permanecí inmóvil. Digno. Inamovible.

—Necesito el chal.

Bostecé, mostrando mis colmillos superiores. Luego caminé hacia la puerta y me senté ante ella, agitando la cola con clara intención.

—Ni hablar. No puedes venir a la sesión de la señora Penfield.

Había anticipado esta resistencia. Los humanos siempre asumen que sus reuniones sociales son demasiado sofisticadas para los gatos. Como si no fuéramos nosotros quienes inventamos la atmósfera adecuada para el espiritismo: sonidos misteriosos, objetos que se mueven sin explicación, repentinas zonas frías... Por favor. Los gatos llevamos siglos haciendo esto.

Simplemente me acerqué a sus pies y me enrosqué entre sus tobillos, ronroneando. Luego volví a la puerta. El mensaje era claro: o iba yo, o se pasaría la siguiente hora intentando despegarme de sus faldas.

—¿De verdad quieres venir? —preguntó Clara, y noté la ternura en su voz. Nunca podía resistirse cuando yo dejaba claras mis intenciones—. Será espantosamente aburrido. No serán más que humanos haciendo el paripé de hablar con espíritus.

Me froté contra su tobillo de nuevo, ronroneando más fuerte. Alguien tenía que vigilar. La merodeadora estaría allí, podía sentirlo en mis bigotes. Y Clara, brillante con las hierbas pero un desastre ante el engaño humano, necesitaría mis capacidades de observación superiores.

Además, la mujer Penfield estaría encantada. Probablemente insistiría en que me dieran mi propio cojín en la mesa de la sesión.

Clara recogió su paquete de incienso y el chal de lana negra de su abuela. Miró a Marmalade, que estaba sentado junto a la puerta con aire de paciente expectativa.

—Pues bien —dijo con una pequeña sonrisa asomando a sus labios—. Si estás decidido a sufrir conmigo una velada de tonterías teatrales, ¿quién soy yo para negarme? Aunque te advierto que no habrá salmón. Solo suspiros dramáticos y probablemente un té muy malo.

Marmalade salió con paso arrogante por la puerta delante de ella, con la cola en alto, la viva imagen de la dignidad felina. Como si le importara el salmón cuando había un misterio en marcha.

Afuera, la niebla empezaba a subir desde el Támesis, transformando el familiar Bloomsbury en algo completamente distinto. Las farolas de gas creaban charcos de luz amarillenta que parecían flotar en la bruma gris.

Cerró la tienda con cuidado, con Marmalade a sus talones como una pequeña sombra anaranjada. Las campanas de la iglesia de St. Giles empezaron a tañer: ocho largas campanadas que resonaron a través de la niebla.

—Al menos hoy tendré un compañero sensato —murmuró Clara, mirándolo con auténtico afecto—. Aunque la señora Penfield probablemente insistirá en que eres mi espíritu familiar. Ha estado leyendo otra vez esas espantosas novelas góticas.

Marmalade hizo un pequeño gorjeo de asentimiento. Los gustos literarios de la mujer Penfield eran, en efecto, cuestionables, pero al menos tenía el buen juicio de apreciar a un gato superior cuando lo veía.

Se pusieron en marcha hacia la residencia de la señora Penfield, justo al otro lado de la calle. Clara podía ver las ventanas resplandeciendo ya con luz de lámparas extra; era evidente que la señora Penfield llevaba todo el día preparándose para su gran sesión.

—La ventaja —le murmuró Clara a Marmalade— es que no tendremos que ir muy lejos para retirarnos cuando esto se vuelva insoportable.

Detrás de ellos, desde algún punto de la calle envuelta en niebla, el eco de unos pasos resonó brevemente antes de desvanecerse hacia la plaza.

Las orejas de Marmalade giraron hacia atrás y el pelo de su lomo se erizó ligeramente. Clara notó su repentina alerta y se detuvo.

—¿Qué pasa? —Confiaba plenamente en sus instintos; ya le habían servido de mucho anteriormente.

Pero los pasos ya se habían desvanecido en la niebla. Marmalade relajó un poco la postura y siguió caminando, aunque mantuvo una oreja girada hacia atrás.

—Tal vez sea alguien más que va a la sesión —dijo Clara en voz baja—. Dando un rodeo para evitar llegar a la vez que nosotros. Qué curioso.

Juntos cruzaron la calle empedrada y se acercaron a la puerta de la señora Penfield: una mujer escéptica y un gato sumamente observador, caminando hacia una sesión de espiritismo que resultaría mucho más dramática de lo que cualquiera de los dos preveía.

Después de todo, en la víspera de Todos los Santos, incluso a los muertos les gusta hacer una entrada triunfal.

Un último caso aguarda...

Solo has visto parte del misterio.
Ahora descubre cómo termina.
Consigue la novela corta completa GRATIS:
Léela ahora

Contenidos

1. Portada

1. Un caso privado para los lectores
2. Contenidos

CAPÍTULO 21

Prólogo

1. Los remedios de Clara
2. Nota histórica de la autora
3. Un caso exclusivo para Clara Wetherly
4. Portada

1. Contenidos
2. Comienzo